# Mary Poppins

**P. L. Travers**

## 1. El viento del este

Si queréis encontrar la calle del Cerezo, lo único que tenéis que hacer es preguntar al guardia que hay en el cruce. Cuando lo hagáis, se ladeará un poco el casco, se rascará pensativamente la cabeza y, señalando con un enorme dedo, enfundado en un guante blanco, os dirá:

—La primera a la derecha, luego la segunda a la izquierda, después otra vez a la derecha, y ahí está. Buenos días.

Y podéis estar seguros de que si seguís al pie de la letra sus instrucciones, ahí estaréis: en plena calle del Cerezo, con su hilera de casas a un lado, el parque al otro y, en medio, los cerezos que bailan mecidos por la brisa.

Si andáis buscando el número diecisiete —y lo más probable es que así sea, pues todo este libro trata precisamente de esa casa—, bien pronto lo encontraréis. En primer lugar, porque es la casa más pequeña de toda la calle. Y, además, porque es la única que está un tanto destartalada y a la que no le vendría nada mal una buena mano de pintura. Ocurre que el señor Banks, su dueño, le dijo un día a la señora Banks que podía tener una casa bonita, limpia y cómoda o cuatro hijos. Pero no las dos cosas, porque no se lo podían permitir.

Y la señora Banks, tras pensárselo un poco, llegó a la conclusión de que prefería tener a Jane, que era la mayor, a Michael, que era el siguiente, y a John y a Barbara, que eran gemelos y fueron los últimos en llegar. Así quedaron las cosas, y, por eso, los Banks se mudaron al número diecisiete, junto con la señora Brill, para que se ocupara de hacerles las comidas; Ellen, para que pusiera la mesa, y Robertson Ay, para que cortara el césped, limpiara los cuchillos, sacara brillo a los zapatos y, como solía decir el señor Banks, «malgastara su tiempo y mi dinero».

Y además, por supuesto, estaba tata Katie, aunque la verdad es que no se merece salir en este libro, porque en la época de la que estoy hablando acababa de irse del número diecisiete.

—Sin pedir permiso ni avisar. ¿Qué voy a hacer ahora? —dijo la señora Banks.

—Poner un anuncio, cariño —dijo el señor Banks, mientras se calzaba—. Y, por cierto, ya podía Robertson Ay irse también sin avisar, porque ha vuelto a limpiar una bota y la otra ni la ha tocado. Va a parecer que ando desnivelado.

—Eso no tiene ni la más mínima importancia —dijo la señora Banks—. Aún no me has dicho qué voy a hacer con tata Katie.

—No veo que puedas hacer gran cosa, dado que ha desaparecido —replicó el señor Banks—. Pero, de ser yo quien… bueno, quiero decir que lo que yo haría sería mandar a alguien a que pusiera un anuncio en el Morning Star, diciendo que Jane y Michael, y John y Barbara Banks, por no decir nada de su madre, necesitan la mejor niñera posible por el salario más bajo posible, y que la necesitan ya. Luego me sentaría a esperar a que las niñeras fueran haciendo cola frente a la puerta de entrada y me enfadaría mucho con ellas por haber interrumpido el tráfico y haberme obligado a darle al guardia un chelín de propina por todas las molestias que le habían causado. Bueno, yo me tengo que ir. ¡Caray, si hace más frío que en el Polo! ¿De dónde sopla el viento?

Y mientras lo decía, el señor Banks asomó la cabeza por la ventana y miró calle abajo en dirección a la esquina donde se encontraba la casa del almirante Boom. Era la casa más imponente de la calle, y la calle entera se sentía muy orgullosa de ella, porque estaba construida igual que si fuera un barco. Tenía un mástil en el jardín y una veleta dorada en forma de catalejo en el tejado.

—¡Ajá! —dijo el señor Banks, volviendo a meter rápidamente la cabeza—. El catalejo del almirante señala viento del este. Justo lo que yo pensaba. Tengo el frío metido en los huesos. Me pondré dos abrigos.

Y tras besar distraídamente a la señora Banks en un lado de la nariz y decir adiós a los niños con la mano, se marchó a la City.

La City era un lugar al que el señor Banks iba todos los días —excepto los domingos y los días de fiesta, por supuesto— y el tiempo que estaba ahí lo pasaba sentado en una gran silla, delante de una gran mesa de despacho, haciendo dinero. Se pasaba el día entero recortando peniques y chelines, medias coronas y monedas de tres peniques. Y cuando acababa, se los traía a casa en una cartera negra. A veces les daba a Jane y a Michael algunas monedas para sus huchas, pero cuando no podía desprenderse de ninguna, les decía, «el banco ha quebrado», y así se enteraban de que aquel día no había hecho mucho dinero.

Así pues, el señor Banks se fue con su cartera negra, mientras que la señora Banks se metió en el salón y se pasó el resto del día escribiendo cartas a los periódicos, rogándoles que le enviaran cuanto antes algunas niñeras, porque ella ya las estaba esperando. Entretanto, en el piso de arriba, Jane y Michael, asomados a la ventana del cuarto de los niños, se preguntaban quién vendría. Se alegraban de que tata Katie se hubiera marchado, porque nunca les había caído bien. Era vieja y gorda y siempre olía a agua de cebada. Cualquier cosa, pensaban, sería mejor que tata Katie, e incluso mucho mejor.

Cuando el sol comenzó a ponerse por detrás del Parque, la señora Brill y Ellen subieron a darles la cena y a bañar a los gemelos. Después de cenar, Jane y Michael se quedaron sentados junto a la ventana para ver venir al señor

Banks, mientras escuchaban el sonido que hacía el viento del este al soplar entre las ramas desnudas de los cerezos de la calle. Envueltos en penumbra, los árboles se retorcían y se doblaban, como si se hubieran vuelto locos y fueran a arrancarse de raíz de tanto bailar.

—¡Ahí viene! —dijo Michael, señalando de pronto hacia una figura que había chocado contra la verja. Jane trató de distinguir algo en medio de la creciente oscuridad.

—Ése no es papá —dijo—. Es otra persona.

Zarandeada y doblada por la fuerza del viento, la figura levantó el pasador de la verja, y entonces los niños vieron que se trataba de una mujer, que iba sujetándose el sombrero con una mano y agarrando una bolsa con la otra. Mientras la observaban, Jane y Michael vieron ocurrir algo verdaderamente chocante. En cuanto aquella figura estuvo dentro del jardín, el viento pareció levantarla por el aire y lanzarla contra la puerta de la casa. Era como si después de haberla arrojado contra la verja, hubiera esperado a que la abriera para cogerla de nuevo en volandas y lanzarla, bolsa incluida, contra la puerta. Los niños, que no perdían detalle, oyeron un tremendo estruendo y, mientras la mujer aterrizaba, la casa entera se estremeció.

—¡Qué cosa más rara! ¡Nunca había visto nada igual! —dijo Michael.

—¡Vamos a ver quién es! —dijo Jane, y cogiendo a Michael del brazo, le apartó de la ventana de un tirón y le arrastró por las habitaciones de los niños hasta llegar al descansillo. Desde allí siempre tenían una buena vista de todo lo que ocurría en el recibidor.

Iba sujetándose el sombrero con una mano y agarrando una bolsa con la otra.

Al cabo de un rato, vieron salir a su madre del salón, seguida de una visita. Jane y Michael alcanzaron a ver que la visita tenía el pelo negro y brillante («igualito que el de una muñeca holandesa de madera», dijo Jane en un susurro). Y que era delgada, de manos y pies grandes, y con unos ojos azules que parecían escrutarlo todo.

—Ya verá que son unos niños encantadores —estaba diciendo la señora Banks.

Michael le dio un fuerte codazo a Jane en las costillas.

—Y que no dan ninguna guerra —prosiguió la señora Banks con un tono dubitativo, como si ella misma no se creyera lo que estaba diciendo.

Oyeron cómo la visita daba un resoplido, dando a entender que ella tampoco se lo creía.

—En cuanto a sus referencias… —continuó la señora Banks.

—Tengo por principio no dar nunca referencias —dijo la otra mujer con tono firme. La señora Banks la miró fijamente.

—Creía que era lo habitual en estos casos —dijo—. Quiero decir que… tenía entendido que siempre se hacía.

—En mi opinión se trata de una idea anticuada. Muy anticuada. Completamente desfasada, por así decirlo —la oyeron decir con voz severa.

Pues bien, si había algo que a la señora Banks no le hacía ni pizca de gracia era que la tuvieran por anticuada. Simplemente, no lo podía soportar. Así es que se apresuró a decir:

—Está bien. No tiene ninguna importancia. Si se lo pregunté fue por si acaso usted, ejem, lo prefería. Las habitaciones de los niños están en el piso de arriba… —Y abrió la marcha hacia las escaleras, sin parar de hablar ni un solo instante. Y fue precisamente por eso por lo que la señora Banks no se dio cuenta de lo que ocurría a sus espaldas, pero Jane y Michael, que lo observaban todo desde el descansillo, pudieron ver con toda claridad una cosa increíble que hizo entonces la visita.

Como es natural, siguió a la señora Banks escaleras arriba, pero no lo hizo de la forma acostumbrada. Agarrando su enorme bolsa con ambas manos, se sentó en la barandilla y, con mucho garbo, se deslizó hacia arriba y llegó al descansillo al mismo tiempo que la señora Banks. Eso era algo, Jane y Michael estaban seguros de ello, que no se había visto nunca. Hacia abajo sí, ellos mismos lo habían hecho miles de veces, pero… ¿hacia arriba? Jamás. Se quedaron mirando con curiosidad a tan extraño visitante.

—Bien, entonces todo está arreglado —dijo la madre de los niños, dando un suspiro de alivio.

—Completamente. Siempre y cuando, claro está, yo esté contenta —repuso la otra mujer, secándose a continuación la nariz con un gran pañuelo blanco y rojo.

—Pero niños, ¿qué hacéis ahí? —dijo la señora Banks, al advertir de pronto su presencia—. Ésta es Mary Poppins, vuestra nueva niñera. Jane, Michael, decid hola. Y éstos… —dijo, lanzando un saludo con la mano a la cuna donde estaban los bebés— son los gemelos.

Mary Poppins los fue observando a todos de uno en uno, como si tratara de decidir si le gustaban o no.

—¿Le valemos? —dijo Michael.

—Michael, no seas maleducado —dijo su madre.

Mary Poppins siguió observando atentamente a los cuatro niños. Luego, con un sonoro y prolongado resoplido, que parecía indicar que había tomado una decisión, dijo:

—Me quedo con el puesto.

—Cualquiera hubiera dicho que nos estaba haciendo un gran honor —le dijo más tarde la señora Banks a su marido.

—Bueno, puede que sí —dijo el señor Banks, asomando un instante la nariz por detrás del periódico, para luego volver a retirarla de inmediato.

En cuanto se fue su madre, Jane y Michael empezaron a arrimarse poco a poco a Mary Poppins, que permanecía quieta como una estatua y con los brazos cruzados.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Jane—. Parecía como si el viento te hubiera traído en volandas.

—Y así es —respondió escuetamente Mary Poppins. Acto seguido se desenrolló la bufanda y se quitó del sombrero, dejando este último colgado de uno de los postes de la cama.

En vista de que Mary Poppins no parecía dispuesta a decir nada más al respecto —aunque no paraba de dar resoplidos—, Jane decidió permanecer también en silencio. Pero cuando Mary Poppins se inclinó para deshacer su bolsa, Michael ya no pudo contenerse más.

—¡Vaya bolsa más rara! —dijo; y acercándose a la bolsa, le dio un pellizco.

—Es de alfombras —dijo Mary Poppins, mientras metía la llave en la cerradura.

—¿Quieres decir que es para llevar alfombras?

—No. Que está hecha de alfombras.

—Ah, ya entiendo —dijo Michael; pero la verdad es que no entendía nada.

Cuando abrió la bolsa, Jane y Michael se quedaron sorprendidísimos al comprobar que estaba completamente vacía.

—Pero ¡si no hay nada dentro! —dijo Jane.

—¿Cómo que nada? —repuso Mary Poppins, incorporándose y mirándola como si se sintiera muy ofendida—. ¿Qué no hay nada dentro, dices?

Y al momento sacó de la bolsa vacía un delantal blanco, todo almidonado, y se lo ató a la cintura. A continuación, extrajo una gran pastilla de jabón, un cepillo de dientes, un paquete de horquillas, un frasco de perfume, una

pequeña butaca plegable y una caja de pastillas para la garganta.

Jane y Michael lo miraban todo como hipnotizados.

—Pero, si yo lo vi —susurró Michael—. Estoy seguro de que estaba vacía.

—¡Calla! —dijo Jane, mientras Mary Poppins sacaba un frasco bien grande, con una etiqueta en la que ponía: «Una cucharadita antes de acostarse».

El frasco llevaba una cuchara atada al cuello, y Mary Poppins vertió en ella un líquido de color carmesí oscuro.

—¿Es tu medicina? —preguntó Michael, muy interesado.

—No, la vuestra —dijo Mary Poppins, alargando la cuchara hacia él. Michael la miró un momento y, luego, arrugó la nariz y empezó a protestar.

—No la quiero. No la necesito. ¡No me la voy a tomar!

Pero Mary Poppins tenía los ojos clavados en él y, en ese preciso instante, Michael se dio cuenta de que era imposible mirar a Mary Poppins y desobedecerla. Había en ella algo extraño y asombroso, algo que daba miedo y, a la vez, resultaba la mar de emocionante. La cuchara se le acercó un poco más. Contuvo el aliento, cerró los ojos y tragó. Un sabor delicioso le inundó la boca. Rebañó con la lengua por dentro y, al tragárselo del todo, se le iluminó el rostro con una sonrisa de felicidad.

—Helado de fresa —dijo, extasiado—. ¡Más, más, más!

Pero Mary Poppins, cuyo rostro había vuelto a adquirir la expresión severa de antes, ya estaba vertiendo una dosis para Jane. Un hilillo de tonos plateados, amarillos y verdosos cayó en la cuchara. Jane lo probó.

—Refresco de zumo de lima —dijo, relamiéndose de gusto. Pero al ver que Mary Poppins se dirigía hacia los gemelos con el frasco, salió corriendo detrás de ella.

—No, por favor. Son demasiado pequeños. No les sentará bien. ¡Por favor!

Mary Poppins, sin embargo, no la hizo ni caso y, mientras fulminaba a Jane con una mirada de advertencia, inclinó la cucharilla hacia la boca de John. El bebé la chupó con ansia y, por las pocas gotas que cayeron en el babero, Jane y Michael adivinaron que, esta vez, la sustancia que había en la cuchara era leche. Le dio luego una ración a Barbara, que se la tragó con un gorgoteo y rebañó dos veces la cuchara.

A continuación, Mary Poppins vertió otra dosis y, con mucha solemnidad, se la tomó ella misma.

—Ponche de ron —dijo relamiéndose, mientras ponía el tapón al frasco.

Los ojos de Jane y de Michael estaban a punto de salírseles de las órbitas de asombrados que estaban, pero no tuvieron tiempo de seguir maravillándose, porque Mary Poppins, tras dejar aquel frasco milagroso en la repisa de la chimenea, se volvió hacia ellos, y dijo:

—Y ahora, corriendo a la cama.

E inmediatamente empezó a desvestirlos. Les llamó mucho la atención que los mismos botones y corchetes que tanto se le resistían a tata Katie, Mary Poppins conseguía que se desabrocharan casi sólo con mirarlos. En menos de un minuto ya estaban metidos en la cama, observando a Mary Poppins a la tenue luz de la lamparilla mientras deshacía el resto de su equipaje.

De la bolsa salieron siete camisones de franela y cuatro de algodón, un par de botas, un juego del dominó, dos gorros de baño y un álbum de postales. Lo último en salir fue una cama plegable —mantas y edredón incluidos— que Mary Poppins desplegó entre las cunas de John y de Barbara.

Jane y Michael, acurrucados en la cama, no le quitaban ojo. Todo aquello era tan sorprendente que no se les ocurría qué decir. Pero los dos sabían que algo extraño y maravilloso había sucedido en el número diecisiete de la calle del Cerezo.

Mary Poppins se metió por la cabeza uno de los camisones de franela y empezó a desvestirse por debajo, como si estuviera metida dentro de una tienda. Michael, fascinado con la llegada de tan extraña novedad, no pudo seguir callado, y la llamó:

—Mary Poppins, ¿verdad que no nos dejarás nunca?

Ninguna respuesta surgió de debajo del camisón. Michael no lo pudo soportar e insistió con ansia:

—¿Verdad que no nos dejarás?

La cabeza de Mary Poppins emergió por la parte de arriba del camisón. Su cara tenía una expresión feroz.

—Si me llega de ahí una sola palabra más, llamo al guardia —dijo con tono amenazador.

—Yo sólo quería decirte —empezó a decir Michael mansamente— que nos gustaría que te quedaras mucho tiempo con nosotros y… —Se sonrojó y, de confundido que estaba, fue incapaz de seguir.

Mary Poppins, sin decir ni una palabra, miró primero a Michael y luego a Jane y, finalmente, dio un resoplido.

—Me quedaré hasta que cambie la dirección del viento —se limitó a decir y, acto seguido, sopló la vela y se metió en la cama.

—Bueno, está bien —dijo Michael, hablando en parte para sí y en parte para Jane. Pero Jane no le escuchaba. Estaba pensando en todo lo que había ocurrido y haciéndose un montón de preguntas.

Así fue como Mary Poppins se quedó a vivir en el número diecisiete de la calle del Cerezo. Y aunque a veces se echaban de menos los tiempos más tranquilos y corrientes, cuando era tata Katie quien llevaba la casa, en conjunto, todo el mundo quedó contento con la llegada de Mary Poppins. El señor Banks estaba contento, porque, al venir por sus propios medios, no había creado problemas de tráfico, y así él no se había visto obligado a darle una propina al guardia. La señora Banks estaba contenta, porque pudo contarles a todas sus amigas que su niñera estaba tan a la última que no creía que hubiera que dar referencias. La señora Brill y Ellen estaban contenías, porque podían pasarse el día entero tomando té bien cargado en la cocina y no tenían que presidir las comidas de los niños. Y Robertson Ay también estalla contento, porque Mary Poppins sólo tenía un par de zapatos y, además, ella misma se los limpiaba.

Pero nunca nadie supo qué era lo que Mary Poppins sentía, porque Mary Poppins nunca le contaba nada a nadie.

## 2. El día libre

—Un jueves de cada tres y dos de ellos hasta las cinco —dijo la señora Banks.

Los ojos de Mary Poppins le dirigieron una mirada severa.

—La gente más distinguida da uno de cada dos jueves, y uno de ellos hasta las seis. No pienso aceptar otra cosa, y si no… —Mary Poppins hizo una pausa, y la señora Banks se dio perfecta cuenta de lo que esa pausa significaba. Quería decir que si no lograba lo que quería, Mary Poppins se marcharía.

—Está bien, está bien —se apresuró a decir la señora Banks, aunque pensaba que era un fastidio que Mary Poppins estuviera mucho más al tanto que ella de cuáles eran las costumbres de la gente distinguida.

De modo que Mary Poppins se puso sus guantes blancos y se metió el paraguas bajo el brazo; no porque estuviera lloviendo, que no lo estaba, lo que ocurría era que el paraguas tenía un mango tan bonito que daba pena dejárselo en casa. ¿A ver quién se deja en casa un paraguas que tiene por mango una cabeza de loro? Por otra parte, Mary Poppins era muy presumida, y le gustaba ir siempre impecable. De hecho, estaba convencida de que siempre lo iba.

Jane la saludó con la mano desde la ventana del cuarto de los niños.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—Quieres hacer el favor de cerrar esa ventana —replicó Mary Poppins, y la cabeza de Jane volvió a meterse rápidamente para dentro.

Mary Poppins bajó por el sendero del jardín y abrió la verja. Una vez en la calle, comenzó a andar muy deprisa, como si tuviera miedo de que fuera a escapársele la tarde si no conseguía seguirla el paso. Al llegar a la esquina, dobló primero a la derecha y luego a la izquierda, dedicó un altivo saludo con la cabeza al guardia, que le dijo que hacía un día muy bueno, y fue entonces cuando tuvo por fin la sensación de que su día libre había comenzado.

Se detuvo junto a un coche aparcado, y ayudándose con el reflejo del parabrisas, se enderezó el sombrero, se alisó el vestido y apretó con firmeza el paraguas bajo el brazo para que el mango o, mejor dicho, el loro, quedara bien a la vista. Tras estos preparativos marchó al encuentro del cerillero.

El cerillero en cuestión tenía en realidad dos profesiones. A diferencia de lo que suele hacer un cerillero corriente, él no se limitaba a vender cerillas, sino que además pintaba cuadros en la acera. Alternaba entre uno y otro oficio, dependiendo del tiempo que hiciera. Si el día era lluvioso, vendía cerillas, pues si se hubiera dedicado a pintar, la lluvia le habría borrado los cuadros. En cambio, si hacía bueno, se pasaba todo el día de rodillas, pintando cuadros en las aceras con tizas de colores. Y tardaba tan poco en hacerlos que, antes de que a uno le hubiera dado tiempo a doblar la esquina, ya había pintado una acera entera y buena parte de la otra.

Aquel día en concreto —un día muy bueno, aunque algo frío— se encontraba pintando. Estaba a punto de añadir un cuadro con dos plátanos, una manzana y una cabeza de la reina Isabel a la larga hilera de cuadros que ya había pintado, cuando se le acercó Mary Poppins de puntillas para darle una sorpresa.

—¡Eh! —le llamó en voz baja Mary Poppins.

Pero él siguió añadiendo vetas marrones a uno de los plátanos y rizos marrones a la cabeza de la reina Isabel.

—¡Ejem! —dijo Mary Poppins con una tosecilla muy refinada.

Sobresaltado, el cerillero se dio la vuelta y, entonces, la vio.

—¡Mary! —exclamó, y por la forma en que lo dijo era fácil deducir que Mary Poppins era una persona muy importante en su vida.

Mary Poppins bajó la mirada y frotó dos o tres veces la punta de uno de los zapatos contra la acera. Le dirigió luego una sonrisa al zapato, pero lo hizo de

tal manera que éste no pudo por menos que darse cuenta de que aquella sonrisa, en realidad, no iba dirigida a él.

—Es mi día libre, Bert —dijo ella—. ¿Es que ya no te acuerdas? —Bert era el nombre del cerillero, aunque su nombre de los domingos era Herbert Alfred.

—Claro que me acuerdo, Mary —dijo—, pero… —se calló y miró apenado a su gorra. Estaba tirada en el suelo junto al último cuadro que había pintado y dentro había dos peniques. La recogió e hizo tintinear las monedas.

—¿Eso es todo lo que has sacado, Bert? —dijo Mary Poppins, y su voz expresaba tanta alegría que nadie diría que estaba decepcionada.

—Absolutamente todo —dijo—. Hoy no se ha dado bien el negocio. Quién iba a decir que la gente no estaría dispuesta a pagar por ver unos cuadros como éstos —dijo, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al retrato de la reina Isabel—. Pero así están las cosas, Mary —añadió, con un suspiro—. Me temo que hoy no voy a poder llevarte a merendar.

Mary Poppins pensó en los pasteles de mermelada de frambuesa que solían tomar en su día libre, y estaba a punto de escapársele un suspiro, cuando se fijó en la cara del cerillero. Con gran habilidad, se las ingenió para convertir el suspiro en una de sus mejores sonrisas, con ambas comisuras bien vueltas hacia arriba, y dijo:

—Da igual, Bert. No te preocupes. Prefiero no ir a merendar. La verdad es que la merienda siempre me ha parecido una comida demasiado pesada.

Y eso, si se piensa en lo mucho que le gustaban a Mary Poppins los pasteles de frambuesa, fue un gesto muy bonito por su parte.

Lo mismo debió pensar el cerillero, porque cogió a Mary Poppins de las manos, que llevaba enfundadas en unos guantes blancos, y se las apretó con fuerza. A continuación, se pusieron a caminar agarrados por delante de la hilera de cuadros.

—¡Mira, ése no lo has visto nunca! —dijo el cerillero, señalando con orgullo una pintura que representaba una montaña nevada, toda ella cubierta de saltamontes posados sobre unas rosas gigantescas.

Esta vez Mary pudo soltar un suspiro sin herir los sentimientos de Bert.

—¡Oh, Bert, es una auténtica maravilla! —Y por la forma en que lo dijo le hizo sentir que el cuadro podía figurar con todo derecho en la Real Academia de Bellas Artes, que es una sala muy grande donde la gente cuelga los cuadros que ha pintado. Todo el mundo acude allí para verlos y, tras quedarse mirándolos durante un buen rato, se dicen los unos a los otros:

—¡Lo que cuenta es el concepto, amigo mío, el concepto!

El siguiente cuadro al que llegaron era todavía mejor: se trataba de un paisaje campestre, todo lleno de árboles y de hierba, en el que se veía un trocito de mar a lo lejos y, aún más al fondo, algo que guardaba cierta semejanza con el pueblo de Margate.

—¡Caray! —dijo Mary Poppins en tono admirativo, mientras se inclinaba para verlo mejor—. ¡Pero, qué haces Bert!

Y es que el cerillero le había cogido la otra mano y parecía estar muy emocionado.

—¡Mary, tengo una idea! Una idea estupenda. ¿Por qué no vamos ahí? ¡Hoy, ahora mismo! Vamos a meternos en el cuadro, ¿eh, Mary? —Y como la tenía aún agarrada de ambas manos, la sacó de un tirón de la calle, apartándola de las rejas de hierro y de las farolas, y la metió en pleno centro del cuadro. ¡Guau, allí estaban ahora los dos, metidos dentro del cuadro!

¡Qué verde y qué tranquilo era todo aquello, y qué blanda y qué fresca era la hierba que pisaban! Les costaba trabajo creer que aquello fuera cierto, pero ahí estaban las ramas de los árboles, vibrando con voz ronca al doblarse sobre ellos y rozar sus sombreros; y también las florecillas de colores, que se les enroscaban en los zapatos. Se miraron el uno al otro y se dieron cuenta de que los dos estaban muy cambiados. A Mary Poppins le pareció que el cerillero se había comprado un terno completo de ropa nueva, pues ahora llevaba puesta una chaqueta de rayas verdes y rojas muy brillantes, pantalones de franela blancos y, lo que era aún mejor, un flamante sombrero de paja. Estaba sorprendentemente limpio, como si le hubieran pulido de arriba abajo.

—¡Caramba, Bert, estás estupendo! —exclamó llena de admiración.

Pero Bert parecía haberse quedado mudo; tenía la boca abierta y la miraba con los ojos como platos. Finalmente, tragó saliva y dijo:

—¡Canastos!

Eso fue todo. Pero lo dijo de tal forma, y la miraba tan fijamente y con tal embeleso que Mary sacó un espejito del bolso y se miró en él.

Entonces se dio cuenta de que también ella había cambiado. De sus hombros colgaba una preciosa capa de seda artificial con un estampado ondulado y, según le informó el espejo, las cosquillas que sentía en la parte de atrás del cuello las causaba una larga pluma en forma de rosca que pendía del ala del sombrero. Sus mejores zapatos habían desaparecido y, en su lugar, había otros mucho más bonitos, con unas hebillas de diamante, muy grandes y resplandecientes. Sus guantes blancos y su paraguas, sin embargo, aún seguían ahí.

—¡Dios mío, esto sí que es un día libre en toda regla! —dijo Mary Poppins.

Dirigiéndose miradas admirativas el uno al otro y a sí mismos, emprendieron la marcha por aquel bosquecillo y, al cabo de un rato, llegaron a un pequeño claro inundado de sol. Allí, sobre una mesa verde, había… ¡una merienda preparada!

Una torre de pasteles de mermelada de frambuesa, que le llegaba a Mary Poppins por la cintura, se levantaba en su centro y, a su lado, en un gran recipiente de latón, hervía el té. Pero lo mejor de todo era que también había dos platos llenos de caracolillos y dos alfileres para sacarlos de las conchas.

—¡Carámbanos! —dijo Mary Poppins, que cuando estaba contenta siempre decía eso.

—¡Canastos! —dijo el cerillero, utilizando la expresión que solía usar en idénticas circunstancias.

—Siéntese señora, por favor —dijo una voz, y, al darse la vuelta, vieron salir del bosque a un hombre muy alto, que vestía chaqueta negra y llevaba una servilleta cruzada sobre un brazo.

Mary Poppins, sorprendidísima, se sentó con un ruido sordo en una de las pequeñas sillas verdes que había alrededor de la mesa. El cerillero, que estaba como hipnotizado, se dejó caer en otra.

—Verán, yo soy el camarero —les explicó el hombre de la chaqueta negra.

—¡Ah, ya! Pero, oiga, no le vi en el cuadro —dijo Mary Poppins.

—Verá, es que estaba detrás de un árbol —se explicó el camarero.

—¿Por qué no se sienta con nosotros? —le invitó Mary Poppins muy educadamente.

—Los camareros nunca se sientan, señora —repuso el hombre, aunque parecía muy complacido de que se lo hubiera pedido.

—¡Sus caracoles, señor! —dijo, empujando uno de los dos platos hacia el cerillero—. Y… ¡su alfiler! —Le quitó al alfiler el polvo con la servilleta y se lo pasó al cerillero.

Se pusieron a merendar, mientras el camarero permanecía de pie junto a la mesa para ocuparse de que no les faltara de nada.

—Al final sí que los vamos a comer —susurró Mary Poppins en voz alta, mientras comenzaba a dar cuenta de la pila de pasteles de mermelada de frambuesa.

—¡Canastos! —asintió el cerillero, sirviéndose dos de los pasteles más

grandes.

—¿Té? —dijo el camarero, mientras les llenaba las tazas con la tetera.

Se bebieron sus respectivas tazas y tomaron dos más cada uno. Luego, para que les diera suerte, se terminaron la torre de pasteles de mermelada de frambuesa. Una vez acabada, se levantaron y se sacudieron las migas.

—No tienen que pagar nada —dijo el camarero, antes de que les diera tiempo a pedir la cuenta—. Ha sido un placer. El tiovivo lo tienen ahí detrás —añadió, señalando con la mano una pequeña abertura entre los árboles, tras la cual se veían unos cuantos caballitos de madera dando vueltas en una caseta.

—Es curioso —dijo ella—. Tampoco recuerdo haberlo visto en el cuadro.

—Ah, es que estaba muy al fondo, ¿sabes? —dijo el cerillero, aunque él tampoco lo recordaba.

Llegaron a su altura cuando el tiovivo comenzaba a aminorar la marcha. De modo que, pegando un salto, se subieron a él: Mary Poppins se montó en un caballo negro y el cerillero en uno gris. Y cuando la música sonó de nuevo y empezaron a moverse, se hicieron a caballo todo el trayecto de ida y vuelta a Yarmouth, pues ése era el lugar que más les apetecía visitar a los dos.

Cuando regresaron ya era casi de noche, y el camarero estaba esperándoles.

—Señora, señor —dijo—, lo siento mucho pero cerramos a las siete. Las normas, ya saben. Permítanme que les acompañe a la salida.

Asintieron con la cabeza, y el camarero, blandiendo su servilleta, comenzó a abrir la marcha por el bosque.

—Esta vez, Bert, has pintado un cuadro verdaderamente maravilloso —dijo Mary Poppins, enlazando su brazo con el del cerillero, mientras se subía un poco la capa.

—Bueno, lo hice lo mejor que pude —dijo el cerillero con modestia, aunque no era difícil darse cuenta de que, en realidad, se sentía orgullosísimo.

En ese preciso momento, el camarero se detuvo delante de ellos junto a una puerta blanca que parecía estar toda ella construida con gruesas hiladas de tiza.

—¡Ya hemos llegado! —afirmó—. Ésta es la salida.

—Adiós, y gracias por todo —dijo Mary Poppins, estrechándole la mano.

—Adiós, señora —respondió el camarero, haciendo una reverencia tan pronunciada que se dio con la cabeza en las rodillas.

Se despidió luego del cerillero, inclinando levemente la cabeza, y éste le respondió ladeando la suya y guiñándole un ojo, pues ésa era su forma de decir adiós. Mary Poppins avanzó hacia la puerta blanca, y el cerillero la siguió.

Y mientras la cruzaban, a Mary Poppins se le cayeron la pluma del sombrero, la capa de seda de los hombros y los diamantes de los zapatos; y las resplandecientes ropas del cerillero perdieron todo su brillo, mientras que su sombrero de paja volvía a convertirse en una vieja y andrajosa gorra. Mary Poppins se dio la vuelta, le miró y enseguida comprendió lo que había ocurrido. Durante un minuto eterno permaneció de pie sobre la acera sin dejar de mirarle y, luego, su vista recorrió el bosque que había detrás de él, tratando de localizar al camarero. Pero del camarero no había ni rastro. En el cuadro no se veía a nadie. Nada se movía. Incluso el tiovivo había desaparecido. Allí sólo quedaban los árboles y la hierba inmóviles y, al fondo, aquel estático trozo de mar.

Pero, a pesar de todo, Mary Poppins y el cerillero se miraron sonrientes. ¿Y sabéis por qué? Porque sabían lo que había detrás de los árboles…

Cuando regresó de su día libre, Jane y Michael salieron corriendo a su encuentro.

—¿Dónde has estado? —le preguntaron.

—En el país de las hadas —dijo Mary Poppins.

—¿Y viste a Cenicienta? —quiso saber Jane.

—¿Cenicienta? ¡Bah, qué voy a verla! —dijo Mary Poppins en tono despectivo—. ¡Cenicienta, a quién se le ocurre!

—¿O a Robinson Crusoe? —preguntó Michael.

—¡Robinson Crusoe… pufff! —dijo groseramente Mary Poppins.

—Entonces es que no has estado. ¡Ése no puede ser nuestro país de las hadas!

Mary Poppins puso cara de superioridad y dio un resoplido.

—¿Acaso no sabíais que todo el mundo tiene su propio país de las hadas? —dijo, como si se compadeciera de ellos.

Y, tras dar un nuevo resoplido, subió las escaleras y fue a quitarse los guantes y a dejar el paraguas.

## 3. El gas de la risa

—¿Estás totalmente segura de que estará en casa? —dijo Jane, en cuanto ella, Michael y Mary Poppins bajaron del autobús.

—¿Acaso crees que mi tío me pediría que os llevara a merendar a su casa si tuviera la intención de salir? —dijo Mary Poppins, a la que, evidentemente, aquella pregunta le había ofendido mucho. Llevaba puesto su abrigo azul de botones plateados con su sombrero a juego, y cuando se ponía esa ropa ofenderla era la cosa más fácil del mundo.

Los tres iban a hacer una visita al señor Peluca, el tío de Mary Poppins, y hacía tanto que Jane y Michael aguardaban ese momento que ahora tenían miedo de que finalmente el señor Peluca no estuviera en casa.

—¿Por qué se llama así, es que lleva peluca? —preguntó Michael, mientras aceleraba la marcha para no descolgarse de Mary Poppins.

—Se llama Peluca porque ése es su nombre. Y no, no lleva peluca. Es calvo —dijo Mary Poppins—. Una pregunta más y nos volvemos a casa —añadió, lanzando a continuación uno de esos resoplidos que solía dar cuando estaba de mal humor.

Jane y Michael se miraron y fruncieron el ceño. Y lo que ese gesto quería decir era lo siguiente: «Será mejor no hacerle más preguntas, no vaya a ser que nos quedemos sin ir».

Al llegar a la última esquina que había antes de la casa del señor Peluca, Mary Poppins se detuvo frente al escaparate de un estanco para enderezarse el sombrero. Era uno de esos escaparates tan curiosos que devuelven tres reflejos en lugar de uno, de tal modo que, quien se mira durante un buen rato, acaba por tener la sensación de no ser él mismo sino varias personas distintas. Pero Mary Poppins, al ver tres reflejos suyos, cada uno con su abrigo azul de botones plateados y su sombrero azul a juego, suspiró satisfecha. Le parecía una imagen tan encantadora que le hubiera gustado que fueran doce, treinta incluso. Cuantas más Mary Poppins mejor.

—Venga —dijo con voz severa, como si ellos hubieran sido quienes la habían hecho esperar. Doblaron la esquina y tiraron de la campana del número tres de la calle Robertson. Jane y Michael la oyeron resonar débilmente a lo lejos y se dieron cuenta de que, dentro de uno o dos minutos a lo sumo, estarían merendando por primera vez en su vida con el señor Peluca, el tío de Mary Poppins.

—Eso si es que está en casa —le dijo Jane a Michael en un susurro.

En ese momento se abrió la puerta y una mujer muy menuda y de ojos llorosos apareció en el umbral.

—¿Está el señor en casa? —se apresuró a preguntar Michael.

—Te agradecería mucho que dejaras que fuera yo quien hablara —dijo Mary Poppins, fulminándole con la mirada.

—Encantada de conocerla, señora Peluca —dijo Jane, muy educadamente.

—¿Señora Peluca? —dijo la mujer menuda con una voz aún más menuda que ella—. ¿Cómo te atreves a llamarme señora Peluca? ¡Ah, no! ¡Yo soy la señorita Persimmon sin más, y a mucha honra! ¡Señora Peluca, vaya ocurrencia!

Parecía estar muy molesta, y pensaron que bien raro debía ser el señor Peluca para que la señorita Persimmon se alegrara tanto de no ser la señora Peluca.

—Nada más subir, la primera puerta del descansillo —dijo la señorita Persimmon. Y, a continuación, se alejó a toda prisa por el pasillo, repitiendo una y otra vez con una voz muy alta, muy menuda y muy indignada: «¡Señora Peluca, vaya ocurrencia!».

Jane y Michael siguieron a Mary Poppins escaleras arriba y, una vez en el descansillo, Mary Poppins llamó a la puerta.

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Sed bienvenidos! —exclamó desde dentro una voz fuerte y alegre. Jane estaba tan emocionada que el corazón le latía a toda velocidad.

—¡Sí que está en casa! —decía la mirada que dirigió a Michael.

Mary Poppins abrió la puerta y les empujó para que pasaran primero. Frente a ellos se abría una habitación amplia y alegre. En un extremo resplandecía un fuego encendido y, en medio, había una mesa enorme con una merienda preparada: cuatro tazas, cuatro platillos, y pilas y más pilas de tostadas con mantequilla, bollos y pasteles de coco, además de un gigantesco plumcake con un glaseado de color rosa.

—Bueno, bueno, esto sí que es un verdadero honor —les saludó una voz muy potente. Jane y Michael miraron a su alrededor en busca del dueño de aquella voz. Pero no se le veía por ninguna parte. En la habitación no parecía haber absolutamente nadie. Entonces oyeron la voz de Mary Poppins, que, en un tono muy enojado, decía:

—¡Ay, tío Albert, otra vez no! No me digas que es tu cumpleaños.

Hablaba mirando al techo, de modo que Jane y Michael alzaron la vista y, para su sorpresa, vieron a un hombre gordo, orondo y calvo que flotaba en el aire sin agarrarse a ninguna parte. En realidad, más que flotar parecía estar sentado en el aire, pues tenía las piernas cruzadas y a su lado había un

periódico que debía haber estado leyendo cuando entraron.

—Lo siento mucho, querida, pero me temo que sí que es mi cumpleaños —dijo el señor Peluca, sonriendo a los niños y dirigiendo a Mary Poppins una mirada con la que parecía querer disculparse.

—¡Desde luego! —dijo Mary Poppins.

—Me acordé ayer por la noche y ya no había tiempo de enviarte una nota diciéndote que vinierais otro día. Vaya un engorro, ¿no? —dijo, mirando a Jane y a Michael—. Caray, se os ve un tanto sorprendidos —añadió el señor Peluca. Y vaya si lo estaban, la boca se les había quedado tan abierta que, de haber sido el señor Peluca un poco más pequeño, se les habría colado dentro en caso de haberse caído—. Me parece que será mejor que os lo explique —prosiguió el señor Peluca con calma—. Veréis, se trata de lo siguiente. Yo soy una persona muy alegre y de risa fácil. No os podéis ni imaginar la cantidad de cosas que me hacen gracia. Os aseguro que me puedo reír prácticamente de lo que sea.

Y al instante el señor Peluca empezó a subir arriba y abajo por el ataque de risa que le había provocado pensar en lo alegre que era.

—¡Tío Albert! —dijo Mary Poppins. El señor Peluca, dando una sacudida, paró de reír.

—Disculpa, querida. ¿En dónde me había quedado? ¡Ah, sí! Bueno, lo más gracioso de todo, ¡tranquila Mary, no me voy a reír, si puedo evitarlo!, es que siempre que mi cumpleaños cae en viernes, me voy para arriba. Sí, señor, arriba del todo —dijo el señor Peluca.

—Pero ¿por qué…? —empezó a decir Jane.

—Pero ¿cómo…? —empezó también Michael.

—Bueno, veréis, siempre que me río ese día en concreto me lleno tanto de gas de la risa que me resulta completamente imposible mantenerme en el suelo. Basta una simple sonrisa para que ocurra. La primera cosa divertida que se me pasa por la cabeza y ya estoy yéndome para arriba como si fuera un globo. Y hasta que no pienso en algo serio, no puedo volver a bajar.

El señor Peluca soltó entonces una risita, pero al fijarse en la cara que ponía Mary Poppins, se contuvo, y prosiguió:

—Resulta un poco raro, ya lo sé, pero os aseguro que no es desagradable. Me imagino que a ninguno de vosotros os ha pasado esto nunca, ¿verdad?

Jane y Michael hicieron un gesto negativo con la cabeza.

—Ya suponía yo que no. Parece ser un rasgo peculiar mío. Fijaos, una vez, que había ido al circo la noche anterior, me reí tanto que, ¿me creeréis si os

digo que me pasé doce horas aquí arriba y no pude bajar hasta que sonó la última campanada de la medianoche? Luego, claro, caí de golpe porque ya era sábado y se había pasado mi cumpleaños. ¿Verdad que es raro? Aunque también divertido, no me digáis que no. Y ahora otra vez es viernes, y mi cumpleaños, y aquí estáis vosotros dos y Mary P. que habéis venido a hacerme una visita. ¡Ay, Señor, te lo ruego, no me hagas reír! —Pero a pesar de que Jane y Michael no habían hecho nada más divertido que mirarle atónitos, el señor Peluca comenzó de nuevo a reírse a carcajadas y, mientras se reía, no paraba de dar tumbos y botes por el aire, con el periódico tembleqeándole entre las manos y las gafas poniéndosele y quitándosele de la nariz.

Resultaba tan divertido verle flotar a la deriva, como si fuera una enorme burbuja humana, mientras trataba de aferrarse al techo o a las tuberías del gas, cuando pasaba junto a ellas, que Jane y Michael, por más que intentaron mantener la compostura, no pudieron evitar hacer lo que hicieron. Se rieron. Y se rieron. Y siguieron riéndose. Trataron de mantener la boca cerrada con todas sus fuerzas para que no se les escapara la risa, pero no hubo manera. Y pronto estuvieron tirados en el suelo, retorciéndose de risa.

—¡Pero bueno! —dijo Mary Poppins—. ¡Qué manera de comportarse es ésa!

—¡Es que no puedo contenerme, no puedo! —chilló Michael, mientras salía rodando por el suelo hasta chocar con la pantalla de la chimenea—. Es para troncharse, ¿eh, Jane?

Pero Jane no le respondió, porque en ese momento le estaba pasando algo muy extraño. Cuanto más se reía más ligera se iba sintiendo. Parecía como si se estuviera hinchando de aire. Era una sensación tan extraña como maravillosa, y hacía que le entraran aún más ganas de reír. De pronto, pegó un bote y se encontró dando tumbos por el aire. Michael, completamente atónito, la vio elevarse por encima de la habitación. Al llegar al techo, se dio un pequeño golpe en la cabeza y, luego, pegándose a él, avanzó hasta llegar a donde estaba el señor Peluca.

—¡Vaya, no me digas que también es tu cumpleaños! —dijo el señor Peluca, que parecía estar igual de sorprendido que Michael.

Jane hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Ah, no? ¡Pues entonces es que se están propagando los efectos del gas de la risa! ¡Eh, tú, alto ahí, cuidado con el mantel! —Se lo decía a Michael, que de pronto se había elevado sobre el suelo y, al surcar el aire, desternillándose de risa, había pasado rozando los adornos de porcelana que había sobre el mantel.

—Encantado de conocerte —dijo el señor Peluca, dándole un fuerte

apretón de manos—. ¡A esto sí que lo llamo yo amabilidad! En vista de que no puedo bajar, has decidido subir tú —y, acto seguido, él y Michael se miraron a la cara y, echando la cabeza hacia atrás, se empezaron a reír a carcajadas—. Oye —le dijo el señor Peluca a Jane, mientras se enjugaba los ojos—, debes de pensar que soy el ser más maleducado del mundo. Estás de pie, y una señorita tan bonita como tú tendría que estar sentada. Lo malo es que no puedo ofrecerte una silla aquí arriba, pero creo yo que encontrarás que el aire es un lugar bastante cómodo para sentarse.

Jane hizo la prueba y resultó que sí que se estaba muy cómoda sentada en el aire. De modo que se quitó el sombrero y lo dejó a su lado. El sombrero, sin apoyarse en nada, se quedó flotando en el aire.

—Estupendo —dijo el señor Peluca y, dándose la vuelta, miró hacia abajo y le dijo a Mary Poppins:

—Bueno Mary, aquí ya estamos todos instalados. Y ahora que ya puedo ocuparme de ti, querida, permíteme que te diga que estoy encantado de daros la bienvenida, a ti y a estos dos jóvenes que has traído hoy contigo. Pero, Mary… ¿por qué me miras así? Vaya, me temo que… ejem… que todo esto no te hace demasiada gracia, ¿verdad?

El señor Peluca, señalando a Jane y a Michael con la mano, se apresuró a decir:

—Lo siento, querida Mary. Pero ya me conoces. Te puedo asegurar que nunca pensé que mis dos jóvenes amigos se contagiarían. ¡De veras que no, Mary! Me imagino que debería haberles dicho que vinieran otro día, o haber pensado en algo triste, o yo qué sé el qué.

—En mi vida había visto un espectáculo semejante. Y a tu edad, tío… —dijo remilgadamente Mary Poppins.

—¡Sube, Mary Poppins, sube! —la interrumpió Michael—. Piensa en algo divertido y ya verás qué fácil es.

—¡Anda, Mary, sé buena! —dijo el señor Peluca con tono persuasivo.

—¡Aquí arriba estamos muy solos sin ti! —añadió Jane, alargando los brazos hacia Mary Poppins—. ¡Venga, piensa en algo gracioso!

—¡Pero si a ella no le hace falta! —dijo el señor Peluca suspirando—. Si quiere puede subir aunque no se ría… y bien lo sabe —añadió, dirigiendo una enigmática mirada de complicidad a Mary Poppins, que permanecía de pie sobre la alfombra que había delante de la chimenea.

—Bueno —dijo Mary Poppins—, todo esto resulta bastante ridículo e indecoroso, pero en vista de que estáis todos ahí arriba, y no parece que sepáis bajar, me imagino que lo mejor será que suba yo también.

Y ante la sorpresa de Jane y de Michael, pegó las manos al cuerpo y, sin soltar ni una sola risa, y sin que tan siquiera se apreciara el más leve atisbo de sonrisa en su rostro, salió disparada hacia arriba y se sentó en el aire al lado de Jane.

—¿Se puede saber cuántas veces te he dicho que te quites el abrigo cuando entres en una habitación donde haga calor? —la regañó. Y acto seguido desabrochó el abrigo de Jane y, con mucho cuidado, lo dejó flotando junto al sombrero.

—Estupendo, Mary, estupendo —dijo muy satisfecho el señor Peluca, mientras se echaba hacia delante para dejar sus gafas sobre el mantel—. Y ahora que ya estamos todos cómodos…

—Hay maneras y maneras de estar cómodo —dijo Mary Poppins, dando un resoplido.

—Podemos empezar a merendar —prosiguió el señor Peluca, como si no se hubiera percatado de su comentario. Pero, de pronto, se le puso cara de susto—. ¡Dios bendito! ¡Qué horror! Me acabo de dar cuenta… La mesa está ahí abajo y nosotros aquí arriba. ¿Qué vamos a hacer? Es una tragedia… ¡una auténtica tragedia! Claro que también… ¡Caray… si es divertidísimo! —Se tapó la cara con el pañuelo y descargó sobre él un torrente de risas. Jane y Michael, aunque no querían perderse los panecillos y los pasteles, tampoco pudieron evitar reírse, pues la alegría del señor Peluca resultaba la mar de contagiosa.

El señor Peluca se enjugó los ojos.

—Sólo hay una solución posible —dijo—. Tenemos que pensar en algo serio. Algo triste, muy triste. Entonces podremos bajar. ¡Venga, todos a la vez… una, dos y tres! ¡Algo muy triste, no lo olvidéis!

Por fin estaban todos juntos, flotando en el aire.

Apoyaron la barbilla en la mano, y se pusieron a pensar y a pensar y a pensar.

Michael pensó en el colegio y en el día en que le tocaría ir allí. Pero, hoy, hasta eso le parecía gracioso y le provocaba risa.

Jane pensó: «¡Dentro de catorce años ya seré mayor!». Pero aquello, más que triste, le parecía bonito y bastante divertido. No podía por menos de sonreírse ante la idea de hacerse mayor y de tener que usar faldas largas y bolso.

—Está lo de la pobre tía Emily —pensó el señor Peluca en voz alta—. Ésa a la que le atropelló un ómnibus. Una historia triste. Muy triste. Insoportablemente triste. Pobre tía Emily. Claro que al menos consiguieron

rescatar su paraguas. Tiene gracia, ¿no? —Y antes de que se diera cuenta de por dónde iba, ya estaba palpitando, temblando y reventando de risa de sólo pensar en el paraguas de la tía Emily.

—No hay manera —dijo tras sonarse la nariz—. Me rindo. Y aquí mis jóvenes amigos tampoco parecen muy duchos en eso de ponerse tristes. Mary, ¿no podrías hacer algo? Queremos merendar.

A día de hoy, Jane y Michael siguen sin estar muy seguros de qué fue lo que pasó entonces. Lo único que saben con certeza es que, tan pronto como el señor Peluca pidió ayuda a Mary Poppins, las patas de la mesa que tenían debajo se pusieron a temblequear. Bien pronto la mesa entera estuvo bamboleándose peligrosamente hasta que, con un fuerte traqueteo de loza y mientras varios pasteles se desplomaban sobre el mantel, se remontó en el aire y, dando un giro perfecto, se instaló junto a ellos de tal modo que el señor Peluca quedara en la cabecera.

—¡Buena chica! —dijo el señor Peluca, dirigiéndole a Mary Poppins una sonrisa llena de orgullo—. Ya sabía yo que se te ocurriría algo. Anda, Mary, hazme el favor, ponte al otro extremo de la mesa y sirve el té. Y los huéspedes, uno a cada lado. Así, muy bien —dijo, una vez que Michael, avanzando a botes por el aire, se sentó a su derecha. Jane, por su parte, se había sentado a su izquierda. Por fin estaban todos juntos, flotando en el aire en torno a la mesa. Ni un solo trozo de pan con mantequilla y ni un terrón de azúcar se había quedado abajo.

El señor Peluca sonrió satisfecho.

—Según tengo entendido, lo normal en estos casos es empezar por el pan con mantequilla —dijo, dirigiéndose a Jane y a Michael—, pero, dado que es mi cumpleaños, vamos hacer las cosas al revés; que para mí siempre ha sido la manera más correcta de hacer las cosas. Así que… ¡a por el pastel!

Y, acto seguido, les cortó un gran trozo de pastel a cada uno.

—¿Más té? —le dijo a Jane. Pero ésta no tuvo tiempo de responderle, porque en ese preciso momento un golpe seco y nervioso sonó en la puerta.

—¡Adelante! —dijo el señor Peluca.

Al abrirse la puerta, apareció la señorita Persimmon con una jarra de agua caliente en una bandeja.

—Pensé que necesitarían un poco más de agua, señor Peluca, y… —comenzó a decir, mientras sus ojos rastreaban la habitación—. Pero… ¡esto es el colmo… el colmo! —exclamó al verlos a todos flotando en torno a la mesa—. ¡En mi vida había visto cosa igual, en todos los años de mi vida! Cierto que siempre pensé que era usted un poco raro, señor Peluca, pero hasta ahora

había hecho la vista gorda, porque usted pagaba puntualmente el alquiler. Pero este comportamiento suyo de ahora… merendando en el aire con sus invitados… permítame decirle, señor Peluca, que me deja usted atónita. ¡Qué cosa más indecorosa, y en un hombre de su edad! A mí nunca me ocurriría…

—¡Pues a lo mejor le ocurre, señorita Persimmon! —dijo Michael.

—¿A lo mejor me ocurre, qué? —dijo la señorita Persimmon con altivez.

—Pues que se contagie de gas de la risa, como nos pasó a nosotros —explicó Michael.

La señorita Persimmon echó la cabeza para atrás en actitud desdeñosa.

—Sepa usted, jovencito, que me respeto lo bastante como para no ir dando botes por el aire como si fuera una pelota de goma colgada de un bate —repuso—. No señor, como me llamo Amy Persimmon, que pienso quedarme aquí, bien sujeta sobre mis propios pies, y… ¡Ay, Dios mío! ¿Pero qué es esto? No puedo andar, voy a… ¡Ay! ¡Socorro! ¡Socorro!

Ocurría que la señorita Persimmon, muy en contra de su voluntad, se había elevado sobre el suelo y había empezado a dar tumbos por el aire, rodando de un lado para otro como si fuera un barril muy estrecho, mientras hacía todo tipo de malabarismos para evitar que se le cayera la bandeja de las manos. Estaba tan acongojada que, cuando llegó a la mesa y depositó en ella la jarra de agua, parecía estar a punto de llorar.

—Gracias —dijo Mary Poppins en un tono muy tranquilo y cortés.

La señorita Persimmon se dio la vuelta y empezó a descender, murmurando: «Qué cosa más indecorosa… que a una mujer tan equilibrada y de un comportamiento tan intachable le pase esto… Tengo que ir a ver al médico…».

En cuanto tocó el suelo, salió corriendo de la habitación, retorciéndose las manos y sin mirar atrás ni una sola vez.

—¡Qué cosa tan indecorosa! —la oyeron decir con voz lastimera mientras cerraba la puerta tras de sí.

—¡Pues no debe llamarse Amy Persimmon, porque no se ha tenido de pie! —le susurró Jane a Michael.

El señor Peluca, entretanto, se había quedado mirando fijamente a Mary Poppins; se trataba de una mirada bastante curiosa, entre acusadora y divertida.

—¡Válgame Dios, Mary, no deberías haberlo hecho! La pobre no se va recuperar nunca de ésta. Ahora bien, hay que ver lo graciosa que estaba moviéndose por el aire como un pato mareado… ¡Dios misericordioso, no me

digáis que no!

Y tanto él, como Jane y Michael, se echaron otra vez a reír y empezaron a girar por el aire, apretándose los costados y medio ahogados de la risa que les producía pensar en el aspecto tan cómico que tenía la señorita Persimmon.

—¡Por favor! —decía Michael— no me hagáis reír. No puedo más. ¡Voy a reventar!

—¡Ay, ay, ay! —gritaba Jane, mientras trataba de coger aire y se apretaba el corazón con la mano.

—¡Dios bendito, benevolente y bamboleante! —rugía el señor Peluca, que como no había conseguido encontrar su pañuelo, se estaba secando los ojos con los faldones de la chaqueta.

—ES HORA DE VOLVER A CASA. —El sonido de la voz de Mary Poppins se alzó sobre los alaridos de risa como si fuera el toque de una trompeta.

Al instante, Jane, Michael y el señor Peluca se precipitaron en el vacío. Con un estruendo enorme, aterrizaron en el suelo todos revueltos. La idea de que tenían que volver a casa fue el primer pensamiento triste de la tarde y, nada más pasárseles por la cabeza, se vaciaron de gas de la risa.

Jane y Michael suspiraron, mientras veían cómo Mary Poppins descendía lentamente, con el abrigo y el sombrero de Jane en la mano.

El señor Peluca también suspiró. Fue un suspiro grande, largo y profundo.

—En fin, qué pena, ¿no? —dijo el señor Peluca con sobriedad—. Es una verdadera lástima que tengáis que iros a casa. Nunca había pasado una tarde tan divertida, ¿y vosotros?

—Jamás —dijo con tristeza Michael, que en aquel momento se había dado cuenta de lo aburrido que era volver a estar en el suelo sin tener ya dentro gas de la risa.

—Nunca, nunca —dijo Jane, que se puso de puntillas y le plantó al señor Peluca un beso en sus sonrosadas y flácidas mejillas—. ¡Nunca, nunca, nunca, nunca!

Sentados uno a cada lado de Mary Poppins, regresaban a casa en autobús. Los dos iban muy callados, pensando en la tarde tan estupenda que habían pasado. Al cabo de un rato, Michael, con voz somnolienta, le dijo a Mary Poppins:

—¿Cada cuánto le pasa eso a tu tío?

—¿Le pasa, el qué? —dijo Mary Poppins con brusquedad, como si pensara

que Michael lo decía con intención de molestarla.

—Pues eso de dar botes y saltos, y de reírse y subirse por las alturas.

—¿Subirse por las alturas? —La voz de Mary Poppins sonaba muy aguda y muy, pero que muy enfadada—. ¿Se puede saber qué quieres decir con eso de subirse por las alturas?

Jane trató de explicárselo.

—Lo que Michael quiere saber es si tu tío se hincha de gas de la risa a menudo y si suele dar vueltas y botes por el techo cuando…

—¡Vueltas y botes! ¡A quién se le ocurre! ¡Vueltas y botes por el techo! ¡Lo próximo que me diréis será que mi tío es un globo! —dijo Mary Poppins, lanzando un resoplido de indignación.

—¡Pero si lo hemos visto! ¡Y eso es exactamente lo que hizo! —exclamó Michael.

—¿El qué, dar vueltas y botes? ¡Pero, cómo os atrevéis! Que os quede esto muy claro, mi tío es un hombre cabal, honesto y trabajador, así que haced el favor de hablar de él con más respeto. ¡Y ya está bien de morder el billete del autobús! ¡Vueltas y botes, a quién se le ocurre!

Se fueron arrimando a ella y se quedaron dormidos.

Jane y Michael se separaron un poco de Mary Poppins y se miraron el uno al otro. Ninguno de los dos dijo nada, porque ya habían aprendido que, por más raro que resultara todo, era preferible no discutir con Mary Poppins.

Y lo que aquella mirada quería decir, era: «¿Ha sido real o no? ¿Quién tiene razón sobre el señor Peluca, Mary Poppins o nosotros?».

Pero no había nadie que pudiera darles la respuesta correcta.

Soltando un rugido, el autobús aceleró la marcha y se puso a dar tumbos y bandazos.

Mary Poppins, sentada en medio de los dos, permanecía en silencio con aspecto de seguir estando muy enfadada. Sin embargo, al cabo de un rato, el cansancio hizo mella en los niños y, poco a poco, se fueron arrimando a ella y se quedaron dormidos, aunque ni siquiera así dejaban de hacerse preguntas.

## 4. Andrew y la señorita Alondra

La señorita Alondra era la vecina de la casa de al lado.

Conviene, sin embargo, que antes de seguir adelante os diga algo sobre cómo era la casa de al lado. Se trataba de una casa muy grande, con mucho la más grande de la calle del Cerezo. Era bien sabido que hasta el almirante Boom sentía envidia de la espléndida casa de la señorita Alondra, y eso que la suya tenía toberas de barco en lugar de chimeneas y un mástil en el jardín delantero. Siempre que pasaba por delante de la mansión de la señorita Alondra, los vecinos de la calle del Cerezo le oían decir: «¡Recontracanastos! ¿Se puede saber para qué demonios quiere una casa como ésa?».

Lo que más envidia le daba al almirante Boom era que la casa de la señorita Alondra tenía un jardín con dos puertas. Una para los amigos y parientes de la señorita Alondra y la otra para el carnicero, el panadero y el lechero.

En cierta ocasión, el panadero se equivocó y entró por la puerta reservada a los amigos y parientes, y la señorita Alondra se enfadó tanto que le dijo que no volviera nunca a traerle el pan.

Al final, sin embargo, tuvo que perdonarle, porque era el único panadero en todo el vecindario que hacía esos bollos aplastados que tienen una especie de ondas rizadas en la parte de arriba. En cualquier caso, después de aquello, ya nunca le volvió a caer bien, de modo que el panadero, en cuanto llegaba a la casa, se calaba la gorra hasta casi taparse los ojos, para que la señorita Alondra pensara que era otra persona. Pero ella nunca se dejaba engañar.

Jane y Michael siempre sabían si la señorita Alondra se encontraba en el jardín o venía por la calle, pues llevaba tal cantidad de broches, collares y pendientes que tintineaba y cascabeleaba como si fuera una banda de música. Y siempre que se encontraba con ellos les decía lo mismo:

—¡Buenos días! —o «¡Buenas tardes!», si es que era después de comer—. ¿Cómo estamos hoy?

Jane y Michael nunca estaban del todo seguros de si la señorita Alondra les estaba preguntando cómo estaban ellos o cómo estaban ella y Andrew.

De modo que se limitaban a responder:

—¡Buenos días! —o «¡buenas tardes!», por supuesto, si es que era después de la hora de comer.

Durante todo el día, estuvieran donde estuvieran, los niños oían a la señorita Alondra diciendo en voz muy alta, cosas como:

—¿Andrew, dónde te has metido? O…

—¡Andrew, no salgas sin tu abriguito! O…

—¡Andrew, ven con mamá!

Si no estáis muy al tanto de estos asuntos, pensaréis sin duda que Andrew era un niño. Y no es de extrañar. Jane, sin ir más lejos, estaba convencida de que eso era lo que creía la señorita Alondra. Pero la verdad es que no lo era. Andrew, en realidad, era un perro; uno de esos perros pequeñajos, lanudos y sedosos, que todo el mundo suele confundir con una estola de pieles hasta que se ponen a ladrar. Porque, cuando lo hacen, ya no hay duda de que se trata de un perro. Nunca se ha sabido de ninguna estola de pieles que hiciera semejante ruido.

Pues bien, Andrew llevaba una vida de tanto lujo que cualquiera hubiera dicho que se trataba del mismísimo sha de Persia disfrazado. Dormía en un cojín de seda en el propio dormitorio de la señorita Alondra; acudía en coche a la peluquería dos veces por semana para que le echaran champú; le daban nata en todas las comidas, e incluso ostras a veces; y tenía cuatro abriguitos de varios colores, unos a cuadros y otros a rayas. En resumen, que Andrew tenía a diario lo que el resto de los mortales sólo tienen el día de su cumpleaños. Y, por cierto, que cuando era su cumpleaños, en lugar de una vela por cada año que cumplía, le ponían siempre dos.

Todas estas cosas habían contribuido a que Andrew no fuera muy apreciado en el vecindario. La gente solía reírse a placer cuando le veían sentado en el asiento trasero del coche de la señorita Alondra, camino del peluquero, con una alfombrilla de piel sobre las patas y luciendo el mejor de sus abrigos. Y el día en que la señorita Alondra le compró dos pares de botitas de cuero para que pudiera salir al parque, hiciera el tiempo que hiciera, todos los vecinos de la calle salieron a la puerta para verle y, cuando pasó por delante, se taparon la boca con la mano para poder reírse a gusto.

—¡Bah, ese perro es un pánfilo! —dijo un día Michael mientras miraban a Andrew a través de la valla que separaba el número diecisiete de la casa de al lado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó muy interesada Jane.

—¡Lo sé porque se lo he oído decir a papá esta mañana! —dijo Michael, y a continuación se rio descaradamente de Andrew.

—No es ningún pánfilo, y no se hable más —terció Mary Poppins.

Y Mary Poppins tenía razón, pues Andrew, como no tardaréis en comprobar, no tenía nada de pánfilo.

No se trata de que Andrew no respetara a la señorita Alondra, que sí que la respetaba. Incluso podría decirse que, aunque sin excesivo entusiasmo, la apreciaba. Al fin y al cabo, cómo no iba a sentir cierto afecto por alguien que había sido tan bueno con él desde que era un cachorro, a pesar de que, para su gusto, se pasaba dándole besos. En cualquier caso, de lo que no cabe ninguna

duda es de que a Andrew el tipo de vida que llevaba le tenía muerto de aburrimiento. Hubiera dado la mitad de su fortuna, de haberla tenido, por poder comerse un trozo de carne roja bien cruda en lugar de las pechugas de pollo o los huevos revueltos con espárragos que solían darle para comer.

Pues, en lo más hondo de su corazón, Andrew deseaba con todas sus fuerzas ser un perro normal y corriente. Siempre que pasaba por delante de su pedigrí (que estaba colgado en la pared del salón de la señorita Alondra), sentía un escalofrío de vergüenza. Y muchas veces había deseado no haber tenido ni padre ni abuelo ni bisabuelo, para que así la señorita Alondra no pudiera estar siempre a vueltas con ello.

Era este deseo de ser un perro corriente lo que hacía que Andrew eligiera sus amigos entre los perros que lo eran. Y siempre que tenía la oportunidad, corría hasta la puerta del jardín y se quedaba ahí sentado esperando a que pasara alguno para intercambiar con él algunos comentarios normales y corrientes. Pero bastaba que la señorita Alondra le viera, para que se pusiera a gritar:

—¡Andrew, Andrew, entra en casa, cariño! ¡No te acerques a esos golfos horribles!

Y claro, Andrew tenía que entrar, porque si no, la propia señorita Alondra saldría para meterle dentro y le haría pasar una vergüenza horrible. Así que Andrew se ruborizaba y subía corriendo los escalones para que sus amigos no oyeran cómo le llamaba «precioso», «mi alegría», «mi terroncito de azúcar».

El mejor amigo que tenía Andrew no era un simple perro corriente, era el perro corriente por antonomasia. Debía de ser un cruce de Airedale y Retriever, y parecía haber sacado lo peor de cada una de esas razas. No había pelea callejera en la que no tomara parte; siempre tenía líos con el cartero y el guardia; y le encantaba meter el hocico en los desagües y en los cubos de basura. De hecho, era la comidilla de toda la calle, y más de una vez se había oído decir a alguien lo mucho que se alegraba de que ese perro no fuera suyo.

Pero Andrew le quería mucho y siempre andaba buscándole. A veces sólo les daba tiempo a olisquearse un instante en el parque, pero cuando tenían más suerte —lo cual sucedía en muy raras ocasiones— mantenían largas conversaciones junto a la verja del jardín. Gracias a su amigo, Andrew se enteraba de los cotilleos de la ciudad, y, a juzgar por la forma tan grosera en que se reía mientras se los contaba, no debían de ser muy elogiosos que digamos.

Pero, de pronto, se oía la voz de la señorita Alondra, llamando a Andrew desde la ventana. Entonces, el otro perro se levantaba, le sacaba la lengua a la señorita Alondra, le hacía un guiño a Andrew y se alejaba contoneando sus

cuartos traseros para que quedara bien claro que aquello no iba con él.

A Andrew, por supuesto, nunca le dejaban salir del jardín, a menos que fuera para ir a pasear por el parque con la señorita Alondra o a la manicura con una de las doncellas.

Así que podéis imaginaros la sorpresa que se llevaron Jane y Michael, un día que iban paseando por el parque, cuando vieron a Andrew, completamente solo, pasar delante de ellos a toda carrera, con las orejas echadas hacia atrás y la cola erguida, como si anduviera persiguiendo a un tigre.

Mary Poppins tuvo que levantar el cochecito de golpe, para evitar que Andrew, en su loca carrera, lo tirara, y con él, a los dos gemelos. Jane y Michael le llamaron mientras pasaba.

—¡Hola, Andrew! ¿Dónde has dejado el abriguito? —gritó Michael, tratando de poner una voz tan aflautada y pomposa como la de la señorita Alondra.

—¡Andrew, niño malo! —dijo Jane, y su voz, como era chica, se parecía mucho más a la de la señorita Alondra.

Pero Andrew los miró a los dos con aire altanero y se puso a ladrar en un tono muy agudo hacia donde estaba Mary Poppins.

—¡Guau, guau! —dijo Andrew varias veces seguidas a toda velocidad.

—Veamos. Creo que tienes que coger la primera a la derecha y, una vez ahí, es la segunda casa a mano izquierda —dijo Mary Poppins.

—¿Guau? —dijo Andrew.

—No, un jardín, no. Es sólo un patio. La verja suele estar abierta.

Andrew volvió a ladrar.

—No estoy segura —dijo Mary Poppins—, pero yo diría que sí. Suele llegar a casa a la hora de la merienda.

Andrew echó la cabeza hacia atrás y partió de nuevo al galope.

Jane y Michael la miraban con los ojos como platos.

—¿Qué decía? —preguntaron ansiosos los dos a la vez.

—Nada, estaba dando una vuelta —dijo Mary Poppins, y cerró la boca, apretando fuertemente los labios, como si no tuviera intención de dejar que ninguna palabra más saliera de ella. Desde el cochecito, John y Barbara empezaron a gorjear.

—¡No, no era eso! —dijo Michael.

—¡No puede ser eso! —dijo Jane.

—Claro, vosotros lo sabéis todo. Como siempre —dijo muy digna Mary Poppins.

—Tiene que haberte preguntado dónde vivía alguien. Estoy seguro de que… —empezó a decir Michael.

—Bueno, pues si lo sabes, ¿por qué me preguntas? —dijo Mary Poppins, dando un resoplido—. ¿Me has tomado por un diccionario?

—Michael, por favor, si la hablas así no nos dirá nada —dijo Jane—. Anda, Mary Poppins, dinos lo que te estaba contando Andrew, por favor.

—Pregúntaselo a él. Seguro que lo sabe. ¡Para eso es don Sabelotodo! —dijo Mary Poppins, haciendo un gesto despectivo con la cabeza en dirección a Michael.

—No, no lo sé. Te juro que no lo sé. Anda, Mary Poppins, por favor, dínoslo.

—Las tres y media. Hora de merendar —sentenció Mary Poppins, y, dando media vuelta al cochecito, volvió a apretar los labios como si fueran una trampilla. Durante todo el camino de regreso ya no volvió a decir palabra.

Jane se rezagó para ponerse al lado de Michael.

—¡Ha sido culpa tuya! —dijo—. Ahora ya no va a haber forma de enterarse.

—¡Me da igual! No quiero enterarme de nada —dijo Michael, mientras salía disparado con su patinete.

Pero la verdad es que tenía unas ganas enormes de enterarse de lo que pasaba. Y resultó que, tanto él como Jane, y todo el mundo de paso, terminaron por enterarse antes de la hora de la merienda.

Justo cuando estaban a punto de cruzar la calzada para llegar a su casa, oyeron un vocerío que provenía de la casa de al lado y se encontraron una escena la mar de curiosa. Las dos doncellas de la señorita Alondra corrían como locas por el jardín, hurgando entre los arbustos y mirando hacia las copas de los árboles, como haría alguien que hubiera perdido su más preciada posesión. Colaboraba también alguien del número diecisiete, que no era otro que Robertson Ay, quien parecía estar muy atareado en perder el tiempo removiendo con un cepillo la grava del sendero de la señorita Alondra, como si esperara encontrar el tesoro perdido debajo de una china. La propia señorita Alondra corría de un lado para otro, agitando los brazos y dando voces: «¡Andrew, Andrew! ¡Ay, se ha perdido! ¡Mi querido niñito se ha perdido! ¡Hay que llamar a la policía! ¡Tengo que ver al primer ministro! ¡Andrew se

ha perdido! ¡Ay, Dios mío, Dios mío!».

—¡Pobre señorita Alondra! —dijo Jane, mientras cruzaba corriendo la calzada. No podía evitar sentir pena viendo lo acongojada que estaba.

Pero fue Michael quien realmente consiguió consolar a la señorita Alondra. Justo cuando entraba por la verja del número diecisiete, miró calle abajo y…

—¡Pero si es Andrew! ¡Eh, señorita Alondra, ahí está! ¡Mire, allí abajo… ahora está doblando la esquina de la casa del almirante Boom!

—¿Dónde? ¿Dónde? ¡Señálamelo! —dijo la señorita Alondra, casi sin aliento, mientras oteaba hacia el lugar que señalaba Michael.

Y, en efecto, ahí estaba Andrew, andando tan lenta y tan parsimoniosamente como si no le importara cosa alguna en el mundo; y, a su lado, andando igual de campante, iba un perro enorme, que parecía ser mitad Airedale mitad Retriever, pero con la peor mitad de cada uno.

—¡Ay, qué alivio! ¡Qué peso me he quitado de encima! —dijo la señorita Alondra, dando un profundo suspiro.

Mary Poppins y los niños se quedaron esperando en la calle, justo delante de la verja de la señorita Alondra, mientras que ésta y sus dos doncellas se recostaban en la valla. Robertson Ay, por su parte, descansaba de sus labores, apoyado en el mango del cepillo. Todos contemplaban en silencio el regreso de Andrew.

La propia señorita Alondra corría de un lado para otro dando voces: «¡Andrew, Andrew! ¡Ay, se ha perdido!».

Los dos amigos avanzaban con paso reposado hacia el grupo, moviendo alegremente la cola y con las orejas muy tiesas, pero la mirada que traía Andrew permitía adivinar que, fueran cuales fueran sus intenciones, se las tomaba muy en serio.

—¡Es ese horrible perro! —dijo la señorita Alondra, al fijarse en el compañero de Andrew—. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Vete a tu casa! —gritó.

Pero el perro, sin hacerla ni caso, se sentó en la acera, se rascó la oreja derecha con la pata izquierda y bostezó.

—¡Largo! ¡Vete a tu casa! ¡Fuera te digo! —insistió la señorita Alondra, agitando furiosamente los brazos delante del perro.

—¡Y tú, Andrew, entra a casa inmediatamente! —prosiguió—. ¡A quién se le ocurre salir así, completamente solo y sin tu abriguito! ¡Me tienes muy enfadada!

Andrew ladró con desgana, pero no se movió de su sitio.

—¿Qué significa eso, Andrew? ¡Entra ahora mismo! —dijo la señorita Alondra.

Andrew volvió a ladrar.

—Dice que no piensa entrar —terció Mary Poppins.

La señorita Alondra se dio la vuelta y la miró altivamente.

—¿Quiere hacer el favor de decirme cómo sabe usted lo que dice mi perro? ¡Pues claro que va a entrar!

Andrew, sin embargo, se limitó a hacer un gesto negativo con la cabeza y a soltar por lo bajo dos gruñidos.

—No, no va a entrar, a menos que también entre su amigo —dijo Mary Poppins.

—¡Valiente tontería! —dijo muy enfadada la señorita Alondra—. Eso no puede ser lo que está diciendo. Como si yo fuera a dejar que ese chucho enorme cruzara mi verja.

Andrew soltó tres o cuatro ladridos muy agudos.

—Dice que habla en serio —dijo Mary Poppins—. Y, lo que es más, que se irá a vivir con su amigo si no deja que pase y se quede a vivir con él.

—¡Pero Andrew, cómo… cómo puedes, después de todo lo que he hecho por ti! —A la señorita Alondra estaban a punto de saltársele las lágrimas.

Andrew soltó un ladrido y se dio la vuelta para marcharse. El otro perro se incorporó.

—¡Ay, que lo dice en serio! —La señorita Alondra lloriqueó un instante sobre su pañuelo y, luego, se sonó, y dijo:

—Está bien, Andrew. Me rindo. Este… este chucho puede quedarse. A condición, claro, de que duerma en la carbonera.

—Señora, Andrew insiste en que no basta con eso. Su amigo tiene que tener un cojín de seda exactamente igual que el suyo y, además, dormir en su mismo dormitorio. En caso contrario, él se irá a dormir a la carbonera con su amigo.

—¿Andrew, cómo te atreves? —gimió la señorita Alondra—. Jamás consentiré semejante cosa.

Andrew hizo ademán de marcharse. Y el otro perro le imitó.

—¡Ay señor, que me abandona! —chilló la señorita Alondra—. Está bien, Andrew. Se hará como tú quieras. Se quedará a dormir en mi habitación. Pero yo ya nunca volveré a ser la misma, nunca, nunca, nunca. ¡Yo conviviendo con

un perro tan vulgar!

Se enjugó las lágrimas que inundaban sus ojos, y prosiguió:

—Nunca lo habría esperado de ti, Andrew. Pero no volveré a hablar del tema, piense lo que piense. Y a este… er… bicho ¿cómo hay que llamarle… chucho, perro callejero o qué?

Al oír aquello, el otro perro miró indignado a la señorita Alondra y Andrew pegó un ladrido muy fuerte.

—Dicen que tiene que llamarle Willoughby y punto. Porque así es como se llama —dijo Mary Poppins.

—¡Willoughby! ¡Vaya un nombre! ¡Qué horror, qué horror! —dijo la señorita Alondra con desesperación—. ¿Y ahora qué dice? —preguntó, pues Andrew estaba otra vez ladrando.

—Dice que si se queda tiene que prometerle que no le obligará ni a llevar abrigos ni a ir a la peluquería; y que ésa es su última palabra —dijo Mary Poppins.

Durante un instante se hizo el silencio.

—De acuerdo —dijo finalmente la señorita Alondra—. Pero te lo advierto, Andrew, si te mueres de una pulmonía… ¡no me eches a mí la culpa!

Y dicho eso, dio media vuelta y empezó a subir altivamente los escalones de la entrada, mientras se limpiaba de un resoplido las últimas lágrimas.

Andrew ladeó la cabeza en dirección a Willoughby, como diciéndole: «¡Vamos!». Contoneándose y haciendo tremolar sus colas como si fueran estandartes, subieron juntos por el sendero y entraron en la casa detrás de la señorita Alondra.

—Ya ves que, después de todo, no era ningún pánfilo —dijo Jane, mientras subían a merendar a su cuarto.

—No —asintió Michael—. ¿Pero cómo es que Mary Poppins lo sabía?

—Ni idea —dijo Jane—. Pero nunca nos lo dirá. De eso sí que estoy segura…

## 5. La vaca bailarina

Jane, con el pañuelo de colores de Mary Poppins ceñido a la cabeza, estaba en cama con dolor de oídos.

—¿Qué se siente? —quiso saber Michael.

—Es como si tuviera armas disparando dentro de mi cabeza —dijo Jane.

—¿Qué son, cañones?

—No, pistolas de juguete.

—¡Oh! —dijo Michael—. Y, por un momento, casi le entraron ganas de tener dolor de oídos. Sonaba muy emocionante.

—¿Quieres que coja un libro y te lea un cuento? —propuso Michael, haciendo ademán de dirigirse a la estantería.

—No, déjalo, no podría soportarlo —dijo Jane, apretándose las orejas con la mano.

—Bueno, ¿qué te parece si me siento junto a la ventana y te cuento lo que ocurre fuera?

—¡Ay, sí, por favor! —dijo Jane.

Así es que Michael se pasó toda la tarde sentado en el poyete de la ventana, contándole todo lo que ocurría en la calle. Y lo que le contaba a veces resultaba muy aburrido y, otras, muy emocionante.

—¡Por ahí va el almirante Boom! —dijo una vez—. Ha salido de su jardín y baja muy deprisa por la calle. Ahí llega. Tiene la nariz más colorada que nunca y lleva puesto un sombrero de copa. Ahora está pasando por delante de la casa de al lado…

—¿Está diciendo «malditas sean mis mollejas»? —le interrogó Jane.

—No puedo oírle. Pero supongo que sí. Y allí, en el jardín de la señorita Alondra, está la segunda doncella de la señorita Alondra. Y en nuestro jardín, está Robertson Ay, barriendo las hojas y mirándola por encima de la valla. Ahora va a sentarse para descansar un rato.

—Es que está mal del corazón —dijo Jane.

—¿Cómo lo sabes?

—Él me lo ha dicho. Me ha contado que su médico le dijo que tenía que procurar no hacer esfuerzos. Y el otro día le oí a papá decir que si Robertson Ay le hacía caso al médico, le despediría. ¡Ay, la cabeza me va a explotar! —dijo Jane, y volvió a apretarse las orejas.

—¡Caramba! —dijo con voz muy emocionada Michael desde la ventana.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jane, incorporándose—. Venga, dímelo.

—Es increíble. Hay una vaca en la calle —dijo Michael, que se había puesto de pie sobre el poyete y estaba dando botes.

—¿Una vaca? ¿Una vaca de verdad, aquí, en pleno centro de la ciudad? ¡Qué cosa más rara! Mary Poppins —llamó Jane—, que dice Michael que hay una vaca en la calle.

—Sí, sí, y va andando muy despacio y metiendo la cabeza por todas las verjas, como si se le hubiera perdido algo.

—¡Yo quiero verla! —dijo Jane con voz lastimera.

—¡Mira! —dijo Michael, cuando Mary Poppins se acercó a la ventana—. Una vaca. ¿Verdad que es raro?

Mary Poppins lanzó una mirada penetrante a la calle y, al instante, dio un respingo, como si se hubiera llevado una sorpresa.

—¡Qué va a ser raro! No tiene nada de particular —dijo, volviéndose hacia los niños—. A esa vaca la conozco yo. Era muy amiga de la de mi madre. Y os rogaría que hablarais con más respeto de ella —y, tras alisarse el delantal, les dirigió a los dos una mirada muy severa.

—¿Hace mucho que la conoces? —le interrogó Michael con voz muy suave, confiando en que podría enterarse de más cosas sobre la vaca si utilizaba sus mejores modales.

—Desde antes de que fuera a visitar al rey —dijo Mary Poppins.

—¿Y eso cuándo fue? —le preguntó Jane en voz baja, como animándola a que hablara.

Mary Poppins se quedó mirando al vacío, con los ojos fijos en algo que ellos no alcanzaban a ver. Jane y Michael, conteniendo la respiración, esperaban.

—Fue hace mucho, mucho tiempo —dijo Mary Poppins, con ese tono de voz evocador que suele emplearse cuando se va a contar una historia. Hizo una pausa, como si estuviera rememorando acontecimientos ocurridos cientos de años atrás y, luego, sin quitar la vista del centro de la habitación, pero sin mirar a nada en concreto, prosiguió con tono soñador:

La Vaca Colorada, así la llamaban. Y bien próspera e ilustre que era (como solía decir mi madre). Vivía en el mejor prado de toda la región; un prado muy grande, lleno de ranúnculos del tamaño de un plato y de dientes de león que se erguían tiesos como soldados. Cada vez que arrancaba la cabeza de uno de esos soldados para comérsela, crecía otra en su lugar, con su verde capota militar y su gorra de piel amarilla.

Toda su vida la había pasado allí; a mi madre, solía decirle que no

recordaba haber vivido en ningún otro lugar. Las fronteras de su mundo eran los verdes setos y el cielo, y de lo que hubiera más allá, nada sabía.

La Vaca Colorada era muy distinguida, siempre se comportaba como toda una señora, y sabía diferenciar perfectamente lo que estaba bien de lo que estaba mal. Para ella no había término medio, las cosas eran o blancas o negras. Los dientes de león podían ser dulces o amargos; pero no había ninguno que fuera normal.

Llevaba una vida muy ajetreada. Las mañanas se le iban en las clases que impartía a su hija, la Ternera Colorada, mientras que las tardes las empleaba en enseñarle a la pequeñuela a tener buenos modales, a mugir y todas las demás cosas que debe conocer una ternera bien educada. Después, llegaba la hora de cenar, y la Vaca Colorada le mostraba a la Ternera Colorada cómo se distinguían las briznas de hierba buenas de las malas; y cuando caía la noche y su hija se iba a dormir, ella se retiraba a una esquina del prado y se ponía a rumiar y a pensar tranquilamente en sus cosas.

Todos sus días eran exactamente iguales. Cuando una Ternera Roja se hacía mayor y se iba, llegaba otra para sustituirla. De modo que era perfectamente lógico que la Vaca Colorada pensara que su vida sería siempre igual a como había sido hasta entonces; de hecho, estaba convencida de que lo mejor que podía pasarle es que sus días siguieran así hasta que llegara al final de los mismos.

Pero incluso en esos momentos en que se hallaba sumida en tales pensamientos, la aventura, como ella misma le diría más tarde a mi madre, ya estaba ahí, al acecho. Y una noche en que las propias estrellas parecían dientes de león desperdigados por el cielo y la luna una gran margarita rodeada de luceros, la aventura le salió al encuentro.

Hacía ya un buen rato que la Ternera Colorada se había ido a dormir, cuando, de pronto, la Vaca Colorada se levantó y se puso a bailar. Bailaba como una posesa, y lo hacía tan bien que a pesar de que no seguía ninguna música, en ningún momento perdía el compás. Unas veces era una polca, otras un baile escocés y, de vez en cuando, una danza de su propia cosecha. Y entre danza y danza hacía una reverencia tan pronunciada que acababa propinándoles un buen testarazo a los dientes de león.

—¡Ay, señor! —se dijo para sí la Vaca Colorada, mientras iniciaba los primeros pasos de una danza marinera—. ¡Qué cosa más increíble! Siempre había pensado que bailar era indecoroso, pero no puede serlo si yo estoy bailando. Porque yo soy una vaca modelo.

Así que siguió bailando y pasándoselo de maravilla. Sin embargo, finalmente, terminó por cansarse y decidió que ya había bailado bastante y que

era hora de irse a dormir. Pero, para su gran sorpresa, se dio cuenta de que no podía dejar de bailar. Cuando quiso tumbarse junto a la Ternera Colorada, sus patas no le obedecieron. Siguieron brincando y dando cabriolas y, naturalmente, la llevaron con ellas. Y allá que se fue, gira que te gira por el prado, pegando saltos, valsando y poniéndose de puntas.

—¡Ay, señor! —murmuraba a intervalos con voz muy refinada—. ¡Esto es verdaderamente chocante! —Pero el caso es que no podía parar.

A la mañana siguiente, aún seguía bailando, y la Ternera Colorada tuvo que tomarse ella sola su desayuno de dientes de león, porque la Vaca Colorada no conseguía estarse lo bastante quieta como para comer.

Se pasó todo el día danza que te danza, prado arriba y prado abajo, con la Ternera Colorada detrás de ella, mugiendo lastimeramente. Cuando llegó la segunda noche y vio que aquello seguía y no había forma de pararlo, comenzó a sentirse francamente preocupada. Y cuando ya llevaba una semana entera bailando, creyó que se iba a volver loca.

—Tengo que ir a ver al rey para hablarle de esto —decidió, sacudiendo enérgicamente la cabeza.

Así pues, tras despedirse de la Ternera Colorada con un beso y decirle que fuera buena, cruzó bailando el prado y se marchó a hablar con el rey.

Hizo todo el camino sin dejar de bailar, alimentándose con pequeños manojos de hojas que arrancaba de los setos por los que pasaba y atrayendo hacia sí multitud de miradas de asombro. Pero ninguno de los que se asombraron al verla lo estaba más que la propia Vaca Colorada.

Finalmente, llegó al palacio donde vivía el rey. Tiró de la cuerda de la campanilla con la boca y, cuando la puerta se abrió, la cruzó bailando, y bailando siguió por el amplio camino que, tras atravesar el jardín, desembocaba en el arranque de las escalinatas que conducían al trono del rey.

Y allí sentado estaba el rey, ocupado en elaborar un nuevo paquete de leyes. A medida que se le iban ocurriendo, su secretario las iba anotando, una a una, en un cuaderno rojo. Por todas partes había cortesanos y damas de honor, suntuosamente vestidos y hablando todos a la vez.

—¿Cuántas se me han ocurrido hoy? —preguntó el rey, volviéndose hacia el secretario. El secretario contó las leyes que llevaba escritas en el cuaderno.

—Setenta y dos, majestad —dijo, haciendo una profunda reverencia y poniendo mucho cuidado en no tropezar con la pluma de ganso con la que escribía, que bien grande era.

—¡Hum! No está mal para una hora de trabajo —dijo el rey, que parecía sentirse muy orgulloso de sí mismo—. Ya está bien por hoy. —Se puso de pie

y se arregló su capa de armiño con un gusto exquisito—. Que venga mi carruaje. Tengo que ir al peluquero —dijo en tono mayestático.

Fue entonces cuando vio a la Vaca Colorada. El rey se volvió a sentar y agarró su cetro.

—Caramba, ¿qué tenemos aquí? —preguntó, mientras la Vaca Colorada se acercaba bailando hasta el arranque de la escalinata.

—¡Una vaca, majestad! —respondió ella simplemente.

—Caramba, ¿qué tenemos aquí?

—Eso ya lo veo. No soy ciego —dijo el rey—. ¿Pero qué es lo que quiere? Dese prisa, que tengo una cita con el peluquero a las diez. Pasada esa hora ya no me espera más y necesito cortarme el pelo. Y por lo que más quiera, deje de brincar y de pegar botes. Me está mareando —añadió irritado.

—Le está mareando —dijeron todos los cortesanos como si fueran un eco, mientras miraban fijamente al rey.

—Ése es precisamente mi problema, majestad. ¡Que no puedo parar! —dijo la Vaca Colorada con voz lastimera.

—¿Que no puede parar? ¡Tonterías! —dijo furioso el rey—. ¡Pare inmediatamente! ¡Yo, el rey, os lo ordeno!

—¡Para inmediatamente! ¡El rey te lo ordena! —corearon todos los cortesanos.

La Vaca Colorada hizo un enorme esfuerzo. Puso tal empeño en dejar de bailar que todos y cada uno de sus músculos y de sus costillas se le resaltaron bajo la piel como si tuviera el cuerpo surcado de cordilleras. Pero fue inútil. Seguía bailando a los pies de la escalinata regia.

—Lo he intentado, majestad. Y no puedo. Llevo siete días sin parar de bailar. Y sin dormir. Y sin apenas comer. Uno o dos ramilletes de espino… eso ha sido todo. Por eso he venido a pediros consejo.

—Hum… muy curioso —dijo el rey, echándose la corona a un lado y rascándose la cabeza.

—Muy curioso —dijeron los cortesanos, rascándose también la cabeza.

—¿Cómo se siente? —preguntó el rey.

—Rara —respondió la Vaca Colorada—. Y sin embargo… —hizo una pausa como si tratara de encontrar las palabras exactas, y añadió—: la sensación resulta también bastante agradable. Como si un chorro de risa me recorriera el cuerpo de arriba abajo.

—Asombroso —dijo el rey, y apoyando la barbilla en una mano, se quedó mirando fijamente a la Vaca Colorada, meditando qué sería mejor hacer.

De pronto, se puso de pie de un salto, y dijo:

—¡Dios bendito!

—¿Qué ocurre? —gritaron todos los cortesanos.

—¿Pero es que no lo veis? —dijo el rey, que de nervioso que estaba había dejado caer el cetro—. ¡Qué idiota he sido, mira que no haberme dado cuenta antes! ¡Y qué idiotas habéis sido también vosotros! —dijo, volviéndose furioso hacia los cortesanos—. ¿Es que no veis que tiene una estrella fugaz prendida de los cuernos?

—¡Anda, es verdad! —exclamaron los cortesanos, al percatarse por primera vez de la presencia de la estrella. Y cuanto más la miraban más brillante les parecía.

—¡Ése es el problema! —dijo el rey—. A ver, que los cortesanos traten de arrancársela para que así esta… ejem… dama pueda dejar de bailar y tomar algo de desayuno. Es la estrella, señora, lo que os hace bailar —dijo, dirigiéndose a la Vaca Colorada—. ¡Venga, a qué esperáis!

El rey hizo una seña al cortesano mayor, y éste, tras saludar muy ceremoniosamente a la Vaca Colorada, se puso a tirar de la estrella. Pero no había forma de sacarla. Uno tras otro, todos los cortesanos se fueron uniendo al cortesano mayor, agarrándose cada uno a la cintura del que le precedía, hasta que finalmente formaron una larguísima cadena que jugaba al tira y afloja con la estrella.

—¡Cuidado con mi cabeza! —les suplicaba la Vaca Colorada.

—¡Tirad más fuerte! —rugía el rey.

Y tiraron más fuerte. Tiraron y tiraron hasta que las caras se les pusieron tan coloradas como frambuesas. Tiraron y tiraron hasta que no pudieron más y se cayeron todos de espaldas, los unos encima de los otros. La estrella ni se había movido. Seguía firmemente sujeta a los cuernos.

—¡Vaya, vaya! —dijo el rey—. Secretario, mire en la Enciclopedia a ver si dice algo sobre vacas con estrellas en los cuernos.

El secretario se puso de rodillas y se metió a rastras debajo del trono. Al cabo de un rato, salió cargado con un gran libro verde, que siempre tenían a mano por si el rey necesitaba hacer una consulta, y se puso a pasar las páginas.

—No hay absolutamente nada, majestad, sólo la historia de la vaca que saltó por encima de la luna, y ésa, su majestad, se la sabe de memoria.

El rey se frotó la barbilla, porque eso le ayudaba a pensar.

Dio un suspiro de fastidio y, mirando a la Vaca Colorada, le dijo:

—Lo único que se me ocurre es que pruebe usted también a hacerlo.

—¿Hacer, el qué? —dijo la Vaca Colorada.

—Saltar por encima de la luna. Puede que surta efecto. En cualquier caso, por probar nada se pierde.

—¿Que yo…? —dijo la Vaca Colorada, mirándole indignada.

—Sí, usted, ¿quién si no? —dijo el rey, que estaba empezando a perder la paciencia.

—Señor —dijo la Vaca Colorada—, le ruego que no olvide que soy un animal decente y respetable, y que, desde mi más tierna infancia, se me ha enseñado que pegar saltos no es una ocupación propia de una dama.

El rey se levantó y, blandiendo el cetro, le dijo:

—Señora, ha venido usted aquí para pedirme consejo y yo se lo he dado. ¿Quiere pasarse el resto de su vida bailando? ¿Quiere seguir con hambre toda la vida? ¿Quiere pasarse el resto de sus días sin dormir?

La Vaca Colorada pensó en el dulce sabor de un diente de león bien fresco. Pensó en lo mullida que era la hierba del prado y en lo bien que se estaba tumbada en ella. Pensó en lo cansadas que tenía sus piernas bailarinas y en lo estupendo que sería poderlas dar un descanso. Y se dijo a sí misma: «A lo mejor, una sola vez, no importa, y nadie, a excepción del rey, tiene por qué enterarse».

—¿Cómo de alta cree usted que está? —preguntó, alzando la voz y sin dejar de bailar en ningún momento.

El rey levantó la vista hacia la luna.

—Yo diría que, por lo menos, una milla.

La Vaca Colorada asintió con la cabeza. Eso era lo que ella pensaba. Durante un rato le estuvo dando vueltas al asunto y, finalmente, se decidió.

—Nunca pensé que tendría que llegar a esto, majestad. Mira que tener que pegar un salto y, para colmo, por encima de la luna. Pero… lo intentaré —dijo, inclinándose con mucho garbo delante del trono.

—Estupendo. ¡Sígame! —dijo muy satisfecho el rey, pues se daba cuenta de que, después de todo, sí que le iba a dar tiempo de llegar a la peluquería.

El rey abrió la marcha en dirección al jardín, seguido de la Vaca Colorada y de todos los cortesanos.

—Bien —dijo el rey, una vez que hubo llegado a un terreno despejado—, cuando sople el silbato… ¡Salte!

Se sacó un gran silbato de oro del bolsillo del chaleco y lo sopló suavemente para asegurarse de que no tenía polvo dentro.

La Vaca Colorada bailaba en posición de firmes.

—¡Vamos… una! —dijo el rey.

—¡Dos!

—¡Y tres!

Y, acto seguido, hizo sonar el silbato.

La Vaca Colorada contuvo el aliento y, dando un salto monumental, salió disparada de la tierra a velocidad de vértigo. A lo lejos, alcanzó a distinguir las figuras del rey y de los cortesanos, que se iban haciendo más y más pequeñas hasta que finalmente terminaron por desaparecer. Pero ella seguía ascendiendo por el espacio, rodeada de estrellas que giraban a su alrededor, como si fueran grandes platos dorados. Al cabo de un rato, se vio envuelta por una luz cegadora y sintió sobre su cuerpo los fríos rayos lunares. Al pasar por encima de la luna, cerró los ojos, y mientras dejaba atrás aquel resplandor deslumbrante y su cabeza volvía a inclinarse hacia la tierra, sintió cómo la estrella se le desprendía de los cuernos. El astro se precipitó en el vacío como una exhalación y cayó rodando por el espacio. A la Vaca Colorada le pareció que, a medida que se iba perdiendo en la oscuridad, emitía unos grandiosos acordes que retumbaban por todo el espacio.

Un minuto después, la Vaca Colorada había vuelto a tomar tierra. Para su gran sorpresa, resultó que no estaba en el jardín del rey sino en su propio prado de dientes de león.

Y además… ¡había dejado de bailar! Tenía los pies tan firmes como una roca y podía caminar con toda la parsimonia propia de una vaca respetable. Tranquila y serena, atravesó el prado, decapitando sus dorados soldados, y fue a saludar a la Ternera Colorada.

—¡Cuánto me alegro de que hayas vuelto! —le dijo la Ternera Colorada—. ¡Me he sentido tan sola!

La Vaca Colorada le dio un beso y, luego, se puso a mordisquear el prado. Era la primera vez en una semana que tomaba una comida como Dios manda. Y sólo dio su hambre por saciada cuando ya llevaba comidos varios regimientos enteros. Después de aquello se sintió mucho mejor. Pronto empezó a llevar una vida exactamente idéntica a la que llevaba antes.

Al principio, sus hábitos regulares y sosegados le causaban un enorme

placer. Estaba contentísima de poder tomar el desayuno sin bailar y de poder tumbarse en la hierba y pasarse toda la noche durmiendo en lugar de tener que estar haciéndole reverencias a la luna hasta el amanecer.

Pero no tardó en sentirse insatisfecha y a disgusto. Su prado de dientes de león y su Ternera Colorada estaban muy bien, pero ella quería algo más y no tenía ni idea de qué podía ser. Por fin, se dio cuenta de que echaba de menos su estrella. Se había acostumbrado tanto a bailar y al sentimiento de dicha que le proporcionaba la estrella que lo único que le hacía ilusión era ponerse a bailar una danza marinera y volver a tener la estrella colgada de los cuernos.

Comenzó a sentirse inquieta, perdió el apetito y se le agrió el carácter. A menudo se ponía a llorar sin que hubiera motivo alguno para ello. Finalmente, fue a ver a mi madre, le contó toda la historia y le pidió consejo.

—¡Pero, bueno, querida, no pensarás que ésta es la única vez que se ha caído una estrella del cielo! —le dijo mi madre—. Según me han contado, billones de ellas caen cada noche. Pero, como es natural, caen en muchos sitios distintos. No puedes esperar que en el transcurso de una vida caigan dos estrellas en el mismo prado.

—Entonces, ¿tú crees que… si me desplazara un poquito…? —empezó a decir la Vaca Colorada, mientras a sus ojos iba asomando una expresión de entusiasmo y felicidad.

—Yo que tú, me iba a buscar una —dijo mi madre.

—Eso haré —decidió la Vaca Colorada, llena de júbilo—. Vaya si lo haré.

Mary Poppins dejó de hablar.

—Y supongo que por eso estaba paseando por la calle del Cerezo —apostilló Jane en voz baja.

—Claro —musitó Michael—, estaba buscando su estrella.

Mary Poppins se puso de pie de un salto. Sus ojos habían perdido aquella mirada reconcentrada y la quietud había desaparecido de su cuerpo.

—¡Oiga, caballero, quiere hacer el favor de bajarse inmediatamente de esa ventana! —dijo enfadada—. Voy a apagar las luces —y se dirigió a toda prisa hacia el interruptor que había en el rellano de la escalera.

—¡Michael! —susurró Jane con mucho cuidado—. Asómate un momento y mira a ver si la vaca sigue ahí.

Michael se puso enseguida a escudriñar en la oscuridad.

—¡Date prisa! —dijo Jane—. Mary Poppins estará de vuelta en un minuto. ¿La ves?

—Nooo —informó Michael desde la ventana—. No hay ni rastro de ella. Se ha ido.

—¡Ojalá la encuentre! —dijo Jane, imaginándose a la Vaca Colorada vagando por el mundo en busca de una estrella que colgar de sus cuernos.

—¡Sí, ojalá! —dijo Michael, que al oír cómo se acercaban los pasos de Mary Poppins se apresuró a bajar la persiana.

## 6. El martes malo

Una buena mañana, no mucho tiempo después de aquello, Michael despertó con una extraña sensación. Desde el mismo instante en que abrió los ojos supo que algo no iba bien, aunque no estaba muy seguro de qué era.

—¿Qué día es hoy, Mary Poppins? —preguntó, mientras apartaba las sábanas.

—Martes —dijo Mary Poppins—. Ve a abrir el agua para darte un baño. ¡Venga, deprisa! —añadió, al ver que no hacía ademán de moverse. Michael se dio la vuelta y metió la cabeza debajo de las sábanas y, al instante, sintió que aquella extraña sensación se hacía más intensa.

—¿Qué te he dicho? —dijo Mary Poppins, con ese tono de voz tan frío y tan claro que siempre había que tomarse como una advertencia.

Y fue entonces cuando Michael se dio cuenta de lo que le ocurría. Se dio cuenta de que iba a ser malo.

—No me da la gana —dijo lentamente, con la voz amortiguada por la manta.

Mary Poppins le arrancó de un tirón toda la ropa de cama y le miró fijamente.

—NO ME DA LA GANA.

Michael se quedó esperando a ver cuál era su reacción, y se llevó una monumental sorpresa cuando Mary Poppins, sin decir palabra, entró en el cuarto de baño y abrió ella misma el grifo. En vista de ello, Michael cogió la toalla y entró en el baño, justo al mismo tiempo en que Mary Poppins salía. Y por primera vez en su vida, se bañó sin ayuda de nadie. Aquello era un signo claro de que había caído en desgracia, así que decidió pasar de frotarse detrás de las orejas.

—¿Vacío la bañera? —preguntó, con el tono de voz más grosero que pudo.

No hubo respuesta.

—¡Bah, me trae al fresco! —dijo Michael, y aquella cosa caliente y pesada que llevaba dentro se hinchó y se hizo aún más grande—. ¡Me trae al fresco!

Se vistió con sus mejores ropas, a pesar de que sabía que sólo debía usarlas los domingos, y bajó las escaleras dando puntapiés a la barandilla, aunque le habían dicho mil veces que no lo hiciera porque despertaba a toda la casa. En las escaleras se topó con Ellen, la doncella, y mientras pasaba a su lado le dio un golpe a la jarra de agua caliente que llevaba en la mano.

—¡Pero qué niño más torpe! Era para que se afeitara tu padre —dijo Ellen, agachándose para limpiar el agua que se había vertido.

—Lo he hecho a posta —dijo Michael con toda tranquilidad.

—¿A posta? ¿Que lo has hecho a posta? Entonces es que eres más malo que Barrabás, y se lo voy a decir a tu mamá, vaya si se lo voy a decir.

—Pues díselo —respondió Michael, mientras seguía bajando las escaleras.

Así fue como empezó todo. Y durante el resto del día ya no hizo una a derechas. Aquella sensación caliente y pesada que sentía en su interior le llevaba a hacer todo tipo de trastadas, y tan pronto como había hecho una, se sentía enormemente contento y satisfecho, y se ponía a pensar en la siguiente.

En la cocina se encontró a la señora Brill, que estaba preparando unos bollos.

—No, señorito Michael, no puede rebañar el tazón —le dijo ella—. Todavía no está vacío.

Y al oír aquello, Michael le propinó una patada en toda la espinilla. A la señora Brill se le cayó el rodillo y pegó un grito tremendo.

—¿Que le has dado una patada a la señora Brill? ¿A la buena de la señora Brill? Debería darte vergüenza —dijo su madre unos minutos después, cuando la señora Brill le contó todo lo ocurrido—. Ve a pedirle perdón inmediatamente. ¡Dile que lo sientes, Michael!

—Pero si no lo siento. Al contrario, me alegro mucho. Tiene las piernas demasiado gordas. —Y antes de que pudieran atraparle, subió corriendo los escalones del patio y salió al jardín. Una vez allí, chocó a posta con Robertson Ay, que se había quedado plácidamente dormido encima de las mejores plantas rupícolas de todo el jardín. A Robertson Ay aquello no pareció hacerle la más mínima gracia.

—¡Se lo diré a tu papá! —dijo en tono amenazador.

—Y yo le diré que tu no le has limpiado los zapatos esta mañana —dijo

Michael, sorprendiéndose de sus propias palabras, pues tanto Jane como él tenían por norma defender a Robertson Ay, porque le apreciaban mucho y no querían perderle.

Pero su sorpresa le duró bien poco, porque pronto empezó de nuevo a preguntarse qué podía hacer a continuación. Y la verdad es que no tardaba mucho en ocurrírsele algo.

A través de las estacas de la valla, vio que Andrew, el perro de la señorita Alondra, estaba olisqueando minuciosamente el césped de la casa de al lado, buscando las briznas de hierba que le parecían más apetitosas. Le llamó con voz muy suave y le dio una de las galletas que llevaba en el bolsillo, pero mientras Andrew la estaba mascando, le ató la cola a la valla con una cuerda. Después, salió corriendo a todo correr, con el eco de la voz furibunda e indignada de la señorita Alondra retumbándole en los oídos y con el cuerpo a punto de reventarle de la emoción que le producía aquella cosa tan pesada que llevaba dentro.

Al pasar por delante del despacho de su padre, vio que la puerta estaba abierta; ocurría que Ellen había estado hace un momento quitándole el polvo a los libros y se había olvidado de cerrarla. En vista de ello, Michael decidió hacer algo que tenía terminantemente prohibido. Entró, se sentó a la mesa de su padre y, con la pluma de su padre, se puso a garabatear en el cartapacio. Pero al hacer un movimiento con el codo le dio un golpe al tintero y lo volcó; y la silla, la mesa, la pluma y sus mejores ropas quedaron cubiertas de grandes manchas de tinta azul que no paraban de extenderse. Aquello tenía un aspecto tan espantoso que a Michael le empezó a entrar un poco de miedo de las consecuencias. Aunque, en el fondo, todo le traía al fresco y no se sentía en absoluto arrepentido.

—Este niño debe de estar enfermo —dijo la señora Banks, cuando Ellen, que había regresado de pronto y se había encontrado con aquel espectáculo, le contó la última fechoría que había hecho—. Michael, tienes que tomar jarabe de higos.

—No estoy enfermo. Estoy mucho mejor que vosotras dos —dijo groseramente Michael.

—Entonces lo que pasa es que eres malo. Y hay que castigarte —dijo su madre.

Y fue dicho y hecho. Cinco minutos después, Michael, con todas sus ropas manchadas de tinta, se encontraba de cara a la pared en una esquina del cuarto de los niños.

Aprovechando que Mary Poppins no miraba, Jane trató de hablar con él, pero Michael, en vez de responderla, le sacó la lengua. Se le acercaron luego

John y Barbara, gateando por el suelo y, tras cogerle cada uno de un zapato, se pusieron a gorgotear, pero él los apartó bruscamente. Y en todo momento, Michael disfrutaba de su maldad, abrazándose a ella con todas sus fuerzas, como si fuera su mejor amiga, y sin preocuparse en lo más mínimo por ello.

—Odio ser bueno —iba diciéndose a sí mismo en voz alta durante el paseo que daban a la tarde por el parque, mientras caminaba lentamente detrás de Mary Poppins, Jane y el cochecito.

—Quieres no rezagarte —dijo Mary Poppins, volviendo la vista.

Pero él siguió andando a su paso y restregando los zapatos por la acera para raspar el cuero.

De pronto, Mary Poppins se dio la vuelta y, sujetando el cochecito con una mano, se encaró con él.

—Tú —comenzó a decir— te has levantado hoy por el lado malo de la cama.

—No —dijo Michael—. Mi cama no tiene lado malo.

—Todas las camas tienen un lado bueno y otro malo —dijo Mary Poppins en tono petulante.

—La mía no, porque está pegada a la pared.

—Eso da igual. Sigue siendo un lado —se burló Mary Poppins.

—Muy bien, ¿y cuál es el lado malo, el izquierdo o el derecho? Porque yo me he levantado por el lado derecho, ¿es que ése es el lado malo?

—¡Ambos lados eran malos esta mañana, señor Sabelotodo!

—Pero si sólo tiene un lado y yo me levanté por el lado derecho… —repuso Michael.

—Una sola palabra más… —empezó a decir Mary Poppins, hablando con un tono tan amenazador que hasta el propio Michael se sintió un poco inquieto—. Una sola palabra más y te…

No dijo lo que iba a hacer, pero bastó para que Michael acelerara el paso.

—Venga, Michael, cálmate —le dijo Jane en un susurro.

—Cállate —dijo él, aunque en una voz tan baja que Mary Poppins no le oyó.

—Muy bien, caballero, en marcha, y delante de mí, si hace usted el favor —dijo Mary Poppins—. No estoy dispuesta a tenerle pindongueando a mis espaldas ni un minuto más. Así que tenga usted la amabilidad de adelantarse —añadió, empujándole hacia delante—. Y por cierto —continuó— un poco

más arriba, en medio del camino, veo un objeto brillante que está lanzando destellos. Se va a acercar usted a él, lo coge y me lo trae. A lo mejor es una diadema que se le ha caído a alguien.

Michael, muy en contra de su voluntad, pero sin atreverse tampoco a desobedecer, miró hacia donde le señalaba Mary Poppins. Efectivamente, tirado en el camino había algo que brillaba. Incluso de lejos su aspecto resultaba muy llamativo y el centelleo de sus rayos de luz parecía hacerle señas. Se adelantó con aire arrogante y andando todo lo lento que se atrevió, como dando a entender que, en realidad, no le interesaba saber qué era aquello.

Al llegar al lugar donde estaba el objeto brillante, se agachó y lo recogió. Era como una pequeña caja redonda, en cuya parte superior, toda ella de cristal, tenía marcada una flecha. Dentro había un disco, recubierto de letras, que se balanceaba suavemente al mover la caja.

Jane se acercó corriendo y echó un vistazo por encima del hombro de Michael.

—¿Qué es, Michael? —preguntó.

—No pienso decírtelo —repuso Michael, aunque, en realidad, no tenía ni idea de qué era.

—¿Qué es, Mary Poppins? —inquirió Jane, cuando el cochecito llegó a su altura. Mary Poppins le quitó a Michael la cajita de las manos.

—Es mía —dijo él con tono posesivo.

—No, mía. Yo la vi primero —replicó Mary Poppins.

—Pero yo la he recogido. —Hizo ademán de ir a quitársela, pero la mirada que le lanzó Mary Poppins fue de tal calibre que Michael apartó rápidamente la mano.

Mary Poppins inclinó hacia atrás y hacia adelante la parte redonda, y el disco y las letras, iluminados por la luz del sol, emprendieron una loca carrera dentro de la caja.

—¿Para qué sirve? —preguntó Jane.

—Para dar la vuelta al mundo —respondió Mary Poppins.

—¡Bah! La vuelta al mundo se da en barco o en avión. Si lo sabré yo —sentenció Michael—. Con esa especie de caja no vas a dar la vuelta al mundo.

—Conque no, ¿eh? ¡Ahora verás! —dijo Mary Poppins, cuyo rostro había adoptado una curiosa expresión, que parecía querer decir: «a mí me vas a dar tú lecciones».

Y sosteniendo la brújula en la mano, se volvió hacia la entrada del parque, y dijo:

—¡Norte!

Las letras emprendieron un baile vertiginoso en torno a la flecha y, de pronto, el ambiente se tornó glacial y sopló un viento tan gélido que Jane y Michael se vieron forzados a cerrar los ojos para protegerse. Cuando volvieron a abrirlos, del parque no quedaba ni rastro: no se veía ni un árbol, ni un banco pintado de verde ni un camino asfaltado. Enormes bloques de hielo azulado les rodeaban por todas partes y una gruesa capa de nieve congelada cubría el suelo que pisaban.

La brújula.

—¡Ay, ay! —gritaba Jane, con una tiritona que se debía tanto al frío como a la sorpresa, mientras se dirigía a toda prisa a tapar a los gemelos con la manta del cochecito—. ¿Qué nos ha ocurrido?

Mary Poppins soltó un resoplido. Pero no le dio tiempo a responder, porque en aquel preciso instante, por detrás de uno de los bloques de hielo, asomó cautelosamente una cabeza blanca y peluda. De pronto, un enorme oso polar salió de un salto y, levantado sobre sus cuartos traseros, se acercó a abrazar a Mary Poppins.

—Tenía miedo de que fuerais tramperos —dijo—. Sed todos bienvenidos al Polo Norte.

Sacó una enorme lengua rosada, de tacto cálido y áspero como el de una toalla, y lamió ligeramente las mejillas de los niños.

Jane y Michael sintieron un escalofrío. «¿Comerán niños los osos polares?», se preguntaron.

—¡Estáis tiritando! —dijo cordialmente el oso—. Eso quiere decir que necesitáis comer algo. Venga, poneos cómodos sobre ese iceberg —añadió, señalando un bloque de hielo con una de sus patas—. Veamos, ¿qué os apetece? ¿Bacalao? ¿Gambas? En fin, algo que os sirva para matar el gusanillo.

—Lo siento mucho, pero por desgracia no podemos quedarnos —le interrumpió Mary Poppins—. Estamos dando la vuelta al mundo.

—Vale, pero dejadme al menos que os prepare un aperitivo. Estará listo en un santiamén.

Se zambulló en aquellas aguas verdeazuladas y, al instante, volvió a aparecer con un arenque.

—Ojalá os hubierais podido quedar a charlar un rato —dijo, mientras le

metía a Mary Poppins el pez entre las manos—. Tengo tantas ganas de cotillear un poco…

—A lo mejor la próxima vez —dijo ella—. Y muchas gracias por el pez. ¡Sur! —le dijo Mary Poppins a la brújula.

A los niños les pareció que el mundo entero se había puesto a dar vueltas a su alrededor. Sintieron cómo el aire que les envolvía se iba volviendo más suave y más cálido, y, de pronto, se encontraron en medio de una frondosa jungla, desde donde les llegó un sonoro graznido.

—¡Bienvenidos! —chilló un enorme guacamayo que estaba posado en una rama con las alas desplegadas—. ¡Hombre, Mary Poppins, eres justo la persona que necesitábamos! Mi señora se ha ido a dar una vuelta y me he tenido que quedar empollando los huevos. Anda, sé buena chica y hazme el relevo. Necesito descansar un poco.

Alzó con mucho cuidado una de las alas que tenía desplegadas y dejó al descubierto un nido con un par de huevos blancos.

—Uf, no sabes cuánto lo siento, pero estamos de paso. Es que estamos dando la vuelta al mundo.

—¡Vaya, eso sí que es todo un señor viaje! De todos modos, por qué no te quedas, aunque sólo sea un rato; así yo me podría echar un sueñecito. Si puedes cuidar de todas esas criaturas —dijo, señalando a los niños con la cabeza— también podrás mantener calientes dos huevos de nada. ¡Venga, Mary Poppins! Si lo haces te traigo unos plátanos y puedes tirar ese pez que llevas ahí y que no para de retorcerse.

—Es un regalo —dijo Mary Poppins.

—Vale, vale, quédatelo si quieres. Pero vaya una idea esa de irse a dar vueltas por el mundo cuando podías quedarte aquí a criar nuestros polluelos. No sé por qué tenemos que pasarnos tanto tiempo empollando cuando tú puedes hacerlo también.

—¡O mejor! —dijo Mary Poppins, lanzando un resoplido.

Entonces, para gran decepción de Jane y de Michael —a los que les hubiera encantado quedarse a tomar frutas tropicales— Mary Poppins sacudió la cabeza con mucha contundencia, y dijo:

—¡Este!

De nuevo el mundo empezó a girar a su alrededor, ¿o eran ellos los que giraban alrededor del mundo? Fuera lo que fuera, el caso es que pronto cesó.

Se encontraron en un claro de hierba rodeado de árboles de bambú. Verdes hojas, finas como el papel, susurraban mecidas por el viento. Y por encima de

aquel leve murmullo, se oía un sonido rítmico y continuo. ¿Qué era aquello, un ronquido o un ronroneo?

Echaron un vistazo a su alrededor y descubrieron una figura, muy grande y peluda, de color negro con manchas blancas, ¿o era de color blanco con manchas negras? No había forma de saberlo a ciencia cierta.

Jane y Michael se miraron el uno al otro. ¿Era aquello una visión que no tardaría en desvanecerse? O lo que estaban viendo era realmente… ¡un panda! Un panda en su hábitat natural y no tras las barras de un zoo.

La visión, si es que de una visión se trataba, dio un prolongado suspiro.

—Quienquiera que sea, que haga el favor de irse. Por las tardes descanso.

La voz resultaba tan aterciopelada como el resto de su figura.

—Muy bien, nos iremos. Pero a lo mejor después te arrepientes de haber perdido esta oportunidad —la voz de Mary Poppins sonaba más repipi que nunca.

El panda abrió un ojo muy negro.

—¡Ah, eres tú, querida! —dijo con voz somnolienta—. ¿Por qué no me avisaste de que venías? Aunque me hubiera costado mucho, tratándose de ti, habría intentado mantenerme despierto —la forma peluda soltó un bostezo y se estiró—. En fin, tendré que prepararos un lugar para que os quedéis. En mi casa no hay sitio para todos —dijo, mientras señalaba con la cabeza hacia un cubil muy coqueto, hecho de hojas y cañas de bambú—. Pero —añadió, al fijarse en el arenque—, no voy a permitir bajo mi techo la presencia de una de esas criaturas marinas con escamas. Siempre he dicho que los peces huelen demasiado a pescado.

—No vamos a quedarnos —le aseguró Mary Poppins—. Estamos dando la vuelta al mundo y sólo hemos pasado un momento para saludar.

—¡Qué tontería! —dijo el panda, soltando un enorme bostezo—. Mira que ir de acá para allá como una loca cuando podrías quedarte aquí conmigo. Pero, en fin, querida Mary, tú siempre haces lo que quieres, por más absurdo e insensato que sea. Arrancad al menos unos cuantos brotes de bambú. Os ayudarán a aguantar hasta que volváis a casa. Y vosotros dos —dijo, señalando a Jane y a Michael con la cabeza— hacedme cosquillas suavemente detrás de las orejas. Eso siempre me ayuda a dormir.

Los niños, todo ilusionados, se sentaron a su lado y empezaron a acariciar la sedosa piel. Nunca más —de eso estaban seguros— volverían a tener la oportunidad de acariciar a un panda.

La peluda figura se puso cómoda y, a medida que le acariciaban, el

ronquido —o el ronroneo— comenzó a sonar acompasadamente.

—Se ha dormido —dijo Mary Poppins en voz baja—. No debemos volver a despertarlo. —Les hizo una seña a los niños y, mientras se acercaban a ella de puntillas, hizo un movimiento con la muñeca. Aparentemente, la brújula comprendió lo que se esperaba de ella, pues volvió a ponerse a girar de inmediato.

A su alrededor, danzando al son de una música inaudible, pasaban colinas y lagos, bosques y montañas. De repente, el mundo se quedó tan quieto que costaba trabajo creer que alguna vez se hubiera movido.

Se encontraban ahora en una extensa playa de arena blanca, lamida por pequeñas olas rizadas.

Frente a ellos, se formó de pronto un torbellino de arena, del que brotaba toda una sucesión de resoplidos. Cuando el torbellino se disipó, dejó al descubierto un enorme delfín, de color blanco y gris, con una cría a su lado.

—¿Eres tú, Amelia? —preguntó Mary Poppins.

El delfín arrojó una rociada de arena por el hocico y pegó un brinco de sorpresa.

—¡Quién lo iba a decir, pero si es Mary Poppins! Has llegado justo a tiempo de compartir nuestro baño de arena. No hay nada como un buen baño de arena para limpiar las aletas y la cola.

—¡Ya me he bañado esta mañana, pero gracias de todas formas!

—Bueno, ¿y qué me dices de esos dos jovencitos, querida? ¿No les vendría bien restregarse un poco?

—No tienen aletas ni cola —dijo Mary Poppins, para gran decepción de los chicos, a los que les habría encantado revolcarse por la arena.

—Bueno, ¿qué demonios terrestres o marinos te traen por aquí? —preguntó Amelia, sin andarse por las ramas.

—Oh, verás, es que estamos dando una vuelta al mundo —dijo sin darle importancia a la cosa, como si dar la vuelta al mundo fuera algo que se hace todos los días.

—Bueno, para Ranita y para mí es un auténtico placer tenerte aquí, ¿verdad que sí, Ranita? —Amelia le dio al joven delfín un topetazo con el hocico y éste asintió con un cordial chillido—. La llamo Ranita porque siempre anda perdiéndose por ahí ya sabes, como la rana esa de la canción, que se iba de cortejo, le dejara o no le dejara su viejo. ¿Verdad que sí, Ranita?

La cría respondió soltando de nuevo un chillido.

—Bueno, y ahora vamos a ocuparnos de la comida. ¿Qué os apetece? —Amelia dirigió a los niños una amplia sonrisa, dejando al descubierto una impresionante dentadura—. Tenemos sardinitas, ¡sardinas fres-cu-es! Y las algas de por aquí son excelentes.

—Te lo agradecemos de todo corazón, Amelia, de veras. Pero tenemos que estar de vuelta en casa dentro de medio minuto —dijo Mary Poppins, posando con firmeza la mano en la guía del coche— chito.

Amelia estaba visiblemente decepcionada.

—¿Pero qué clase de visita es ésta? ¿Hola y, a renglón seguido, adiós? La próxima vez tenéis que quedaros a merendar, así nos sentaremos todos en una roca y le cantaremos una canción a la luna, ¿verdad que sí Ranita?

Ranita soltó un chillido.

—Será estupendo —dijo Mary Poppins, cuyas palabras fueron inmediatamente secundadas por Jane y Michael. Nunca se habían sentado en una roca y le habían cantado una canción a la luna.

—Bueno, au revoir, Mary y compañía. Por cierto, querida Mary, ¿tenías pensado llevarte contigo ese arenque?

Amelia le echó una mirada golosa al pez que Mary Poppins tenía en las manos, y éste, temiéndose lo peor, se puso todo lo flácido que pudo.

—Pues no, la verdad es que tenía la intención de tirarlo de nuevo al mar. —El arenque boqueó aliviado.

—Sabia decisión, Mary —sonrió Amelia, enseñando los dientes—. Tenemos muy pocos de su clase por esta zona, y son un manjar exquisito. ¿Por qué no hacemos Ranita y yo una carrera a ver quién lo coge? Cuando digas, «ya», empezamos a nadar y será para el primero que lo atrape.

Mary Poppins levantó el pez en alto.

—Preparados… listos… ¡ya! —gritó.

Y cual si fuera pájaro en vez de pez, el arenque salió disparado por el aire y se zambulló en el mar.

En menos de un segundo, los delfines —dos oscuras figuras que surcaban las olas trazando rizos— ya lo seguían de cerca.

Jane y Michael contenían la respiración ¿Quién sería el ganador del premio? ¿O acaso sería el propio premio quien lograra escapar?

—¡Ranita! ¡Ranita! ¡Ranita! —aullaba Michael. Ya que el arenque acabaría por ser atrapado y engullido prefería que ganara Ranita.

—¡R-a-n-i-t-a! —El viento y el mar parecían gritar al unísono aquel nombre, pero la voz de Michael era la más fuerte de todas.

—¿Se puede saber qué estás haciendo, Michael? —Mary Poppins parecía estar muy furiosa.

Michael se la quedó mirando un instante y, luego, volvió la vista al mar.

Pero el mar ya no estaba ahí. Sólo había un césped, muy verde y cuidado; Jane, toda alborotada a su lado; los gemelos, dentro del cochecito; y Mary Poppins, empujándolo en medio del parque.

—¡Cómo se te ocurre ponerte a pegar saltos como un loco! Estás molestando a todo el mundo. ¿Es que no has tenido bastante por hoy? ¡Haz el favor de seguir andando ahora mismo!

—¡Un viaje de ida y vuelta alrededor del mundo en un solo minuto…!, ¡qué caja más maravillosa! —dijo Jane.

—Es una brújula. No una caja. Y además es mía —dijo Michael—. Yo la encontré. ¡Dámela!

—Lo siento mucho, pero esta brújula es mía no tuya —dijo Mary Poppins, metiéndosela en el bolsillo.

Daba la impresión de que en aquel momento Michael hubiera sido capaz de asesinarla. Sin embargo, no hizo otra cosa que encogerse de hombros y alejarse con paso airado sin hacer caso de nadie.

Aquella carga abrasadora que llevaba dentro seguía oprimiéndole con toda su fuerza. Tras la aventura de la brújula pareció ir a peor y, a medida que fue cayendo la tarde, se volvió cada vez más y más malo. Aprovechando que Mary Poppins no miraba, les dio un pellizco a los gemelos, y al ver que se ponían a llorar, dijo con fingida amabilidad:

—¿Qué pasa, tesoros, os ocurre algo?

Pero Mary Poppins no se dejó engañar.

—Te la estás ganando —le dijo Mary Poppins en un tono de voz pero que muy serio.

Sin embargo, aquella cosa abrasadora que llevaba dentro hacía que todo le trajera al fresco. Se encogió de hombros, le dio un tirón del pelo a Jane y, acto seguido, se acercó a la mesa donde estaba preparada la cena y volcó el pan y la leche.

—Hasta aquí hemos llegado —dijo Mary Poppins—. En mi vida había visto a nadie portarse tan mal a posta. ¡Jamás de los jamases, si lo sabré yo! ¡Largo de aquí! ¡A la cama inmediatamente, y sin rechistar!

Michael nunca la había visto ponerse así.

Pero a él, en el fondo, aquello le traía al fresco.

Se fue al dormitorio y se desvistió. Era malo, y si no se andaba con ojo iba a ser todavía mucho peor. A él todo le traía al fresco. Odiaba al mundo entero. Como se descuidaran se escapaba y se unía a un circo. Y —¡zas!— se arrancó un botón. Estupendo, así habría uno menos que abrochar a la mañana siguiente. ¡Y otro! Pues tanto mejor. Por nada del mundo iba a arrepentirse. Se metería en la cama sin cepillarse el pelo, sin lavarse los dientes y, desde luego, sin rezar sus oraciones.

Estaba a punto de meterse en la cama —de hecho, tenía ya un pie dentro— cuando de repente vio que la brújula estaba en lo alto de la cómoda.

Sacó muy lentamente el pie de la cama y cruzó de puntillas la habitación. Ya sabía lo que iba a hacer. Cogería la brújula, la haría girar y daría la vuelta al mundo. Y así ya nunca volverían a encontrarle. Bien merecido se lo tenían. Sin hacer ni el más mínimo ruido, levantó una silla y la apoyó contra la cómoda. Se subió a ella y cogió la brújula.

E inmediatamente empezó a moverla.

—¡Norte, sur, este, oeste! —dijo a toda prisa, no fuera a ser que apareciera alguien antes de que le diera tiempo a irse.

Le sobresaltó un ruido que parecía venir de detrás de la silla y se dio la vuelta con expresión culpable, esperando encontrarse a Mary Poppins. Pero lo que había allí eran cuatro figuras gigantescas que se le venían encima: el oso, con las fauces abiertas; el papagayo, aleteando furiosamente; el panda, con todos los pelos erizados; y el delfín, apuntándole con el hocico. Se abalanzaban sobre él desde las cuatro esquinas de la habitación, mientras sus enormes sombras se proyectaban en el techo. En nada se parecían ya a los simpáticos y cariñosos animales de antes, pues ahora parecían estar llenos de sed de venganza. Sus furiosos y terribles semblantes estaban cada vez más cerca. Ya sentía su aliento caliente en la cara.

—¡Ay! ¡Ay! —Michael dejó caer la brújula—. ¡Ayúdame Mary Poppins! —gritó mientras cerraba los ojos aterrorizado.

Entonces sintió que algo le envolvía. Entre rugidos y chillidos de triunfo, aquellas bestias enormes y sus sombras, aún mayores, habían caído sobre él. ¿Qué era aquella cosa blanda y cálida que le tenía sujeto con un abrazo asfixiante? ¿El abrigo de pieles del oso polar? ¿Las plumas del papagayo? ¿La piel del panda, que tan suavemente acariciara hace no tanto? ¿Las aletas de la mamá delfín? ¿Y qué era lo que él —o ella— planeaban hacerle? ¿Por qué no había sido bueno… por qué?

—¡Mary Poppins! —gimió, mientras se sentía transportado por el aire y depositado luego en una superficie aún más blanda.

—¡Ay, querida Mary Poppins!

—Ya vale, ya vale. No hacía falta gritar, a Dios gracias no estoy sorda —la oyó decir con voz muy sosegada.

Michael abrió un ojo. No había ni rastro de las cuatro gigantescas figuras de la brújula. Abrió el otro ojo para asegurarse. Nada, ni atisbo de ellas. Se incorporó y recorrió con la vista la habitación. Ahí no había nada.

Entonces descubrió que la cosa blanda que le envolvía era su propia manta y la cosa blanda sobre la que estaba tumbado no era más que su cama. Y —¡oh!— la cosa pesada y abrasadora que había llevado dentro todo el día parecía haberse disuelto y había desaparecido. Se sintió feliz y lleno de paz, con ganas de darle a toda la gente que conocía un regalo de cumpleaños.

—¿Qué… qué ha pasado? —preguntó con ansiedad a Mary Poppins.

—Ya te dije que la brújula era mía. Así que haz el favor de no tocar mis cosas —se limitó a decir, mientras se inclinaba sobre él, le quitaba la brújula y se la metía en el bolsillo. Después se puso a doblar la ropa que había dejado tirada por el suelo.

—¿Quieres que lo haga yo? —dijo.

—No, gracias.

La vio irse a la habitación de al lado y, al poco tiempo, regresó y le puso algo caliente entre las manos. Era un tazón de leche.

Michael empezó a bebería a sorbos, saboreando cada gota con la lengua durante un buen rato para que le durara lo máximo posible y conseguir así que Mary Poppins se quedara más tiempo a su lado.

Y allí permaneció ella, sin decir palabra, observando cómo la leche iba desapareciendo poco a poco. A Michael le llegaba el olor a limpio del delantal de Mary Poppins, que crepitaba suavemente con cada mínimo movimiento, y ese delicioso aroma a tostadas recién hechas que siempre se desprendía de ella. Pero, por más que lo intentara, no podía hacer que la leche le durara eternamente y, al cabo de un rato, con un suspiro de pena, le dio a Mary Poppins el tazón y se deslizó bajo las sábanas. Nunca antes le habían parecido tan cómodas, pensó. Y también pensó en lo calentito y lo feliz que se sentía y en la suerte que tenía de estar vivo.

—¿Verdad que es raro, Mary Poppins? —dijo adormilado—. He sido muy malo y, sin embargo, ahora me siento tan bien…

—¡Hummm! —dijo Mary Poppins y, tras arroparle, se fue a lavar los

platos de la cena.

## 7. La Mujer de los Pájaros

—A lo mejor no está —dijo Michael.

—Seguro que sí —repuso Jane—. Lleva ahí desde los tiempos de maricastaña.

Subían la cuesta de Ludgate en dirección a la City para hacer una visita al señor Banks, que aquella misma mañana le había dicho a la señora Banks:

—Cariño, si no llueve, no sería mala idea que Jane y Michael se pasaran hoy por la oficina para hacerme una visita; siempre y cuando, claro está, a ti te parezca bien. Creo que no me vendría mal que me sacaran a tomar un té con pastas escocesas, al fin y al cabo, hace mucho que no me doy una alegría.

La señora Banks dijo que se lo iba a pensar.

Sin embargo, durante todo el día, por más que Jane y Michael la estuvieron observando, llenos de ansiedad, no dio en ningún momento muestras de estárselo pensando. A juzgar por lo que decía, pensaba más bien en la factura de la lavandería, en el nuevo abrigo de Michael, en dónde había metido la dirección de la tía Flossie y en cómo se le podía haber ocurrido a la dichosa señora Jackson invitarla a merendar el segundo martes del mes, cuando sabía perfectamente que ése era el día en que la señora Banks aprovechaba para ir al dentista.

Los niños estaban ya casi convencidos de que nunca iba a pensarse lo de la «alegría» del señor Banks, cuando, de pronto, les dijo:

—Pero, niños, ¿qué hacéis ahí parados mirándome como unos pasmarotes? Id inmediatamente a arreglaros. Tenéis que ir a la City a merendar con vuestro padre. ¿Es que lo habíais olvidado?

¡Qué iban a haberlo olvidado! Además, no era sólo la merienda, sino que estaba también la Mujer de los Pájaros, y ella sí que era la mejor de las «alegrías».

Por eso estaban tan emocionados mientras subían la cuesta de Ludgate.

Mary Poppins, con aspecto muy distinguido, iba en el medio, luciendo su sombrero nuevo. De cuando en cuando, se paraba frente a un escaparate para asegurarse de que el sombrero seguía ahí y de que las rosas que iban prendidas de él no se habían convertido en unas vulgares caléndulas.

Cada vez que se detenía para comprobarlo, Jane y Michael exhalaban un suspiro, pero no se atrevían a decirle nada por miedo a que, si lo hacían, se pasara aún más tiempo mirándose en los escaparates y poniéndose el sombrero así o asá para ver cómo le favorecía más.

Por fin llegaron a la catedral de San Pablo, que era un edificio que había sido construido hacía muchísimo tiempo por un hombre que tenía nombre de pájaro. Se llamaba Wren, pero no era familia de Jenny. Por eso vivían tantos pájaros cerca de la catedral que construyó sir Christopher Wren —cuyo titular era San Pablo— y por eso vivía también allí la Mujer de los Pájaros.

—¡Ahí está! —gritó de pronto Michael muy emocionado, mientras se ponía a bailar sobre la punta de los pies.

—No señales —dijo Mary Poppins, que estaba echando un último vistazo a sus rosas en el escaparate de una tienda de alfombras.

—¡Lo está diciendo! ¡Lo está diciendo! —gritó Jane, rodeándose fuertemente con los brazos por miedo a partirse en dos de contenta que estaba.

Y, en efecto, lo estaba diciendo. Justo delante de ellos tenían a la Mujer de los Pájaros, que decía:

—¡Comida para pájaros, a dos peniques la bolsa! ¡Comida para pájaros, a dos peniques la bolsa! ¡Comida para pájaros, comida para pájaros! ¡A dos peniques la bolsa, a dos peniques la bolsa! —Repetía lo mismo una y otra vez con una voz aguda y melodiosa que hacía que aquellas palabras sonaran como una canción.

Y mientras lo decía, tendía a las gentes que pasaban unas bolsitas llenas de migas de pan.

Los pájaros revoloteaban a su alrededor, girando y remontándose en el aire para luego volverse a lanzar en picado. Mary Poppins los llamaba a todos «gorriones», porque, como solía decir con tono muy engreído, a ella todos los pájaros le parecían iguales. Pero Jane y Michael sabían que no eran gorriones, sino pichones y palomas. Estaban las palomas grises, que eran quisquillosas y charlatanas como viejas abuelas; los pichones pardos, que tenían la misma voz ronca de los tíos; y otros verdosos y socarrones, como un padre cuando dice: «lo siento pero hoy no puedo darte dinero». También había unas palomas color azul pálido, que eran tan ridículas y ansiosas como madres. O al menos, eso era lo que Jane y Michael pensaban.

Cuando se acercaron, los pájaros volaban en círculos en torno a la cabeza de la Mujer de los Pájaros, pero, de repente, para hacerla rabiar, se alejaron todos a gran velocidad y se posaron en lo más alto de San Pablo. Una vez allí, se empezaron a reír y volvieron la cabeza hacia otro lado, como si no la

conocieran de nada.

Era a Michael a quien le tocaba hoy comprar una bolsa, pues la vez anterior había sido Jane quien había pagado. Se acercó a la Mujer de los Pájaros y le tendió los cuatro medios peniques.

—¡Comida para pájaros, a dos peniques la bolsa! —dijo la Mujer de los Pájaros, mientras le ponía a Michael una bolsa de migas en la mano y se metía el dinero entre los pliegues de su enorme falda negra.

—¿Por qué no tiene bolsas de un penique? —dijo Michael—. Así podría comprar dos.

—¡Comida para pájaros, a dos peniques la bolsa! —dijo la Mujer de los Pájaros, y Michael se dio cuenta de que era inútil hacerle ninguna pregunta más. Tanto él como Jane lo habían intentado en numerosas ocasiones, pero lo único que parecía saber decir, y lo único que siempre había dicho, era: «¡Comida para pájaros, a dos peniques la bolsa!». Le ocurría un poco como a los cucos que, por más preguntas que se les haga, sólo saben responder: «Cucú».

Jane, Michael y Mary Poppins desparramaron las migas hasta formar un círculo en el suelo y, al poco tiempo, los pájaros, en grupos de dos y de tres, llegaron desde lo alto de San Pablo.

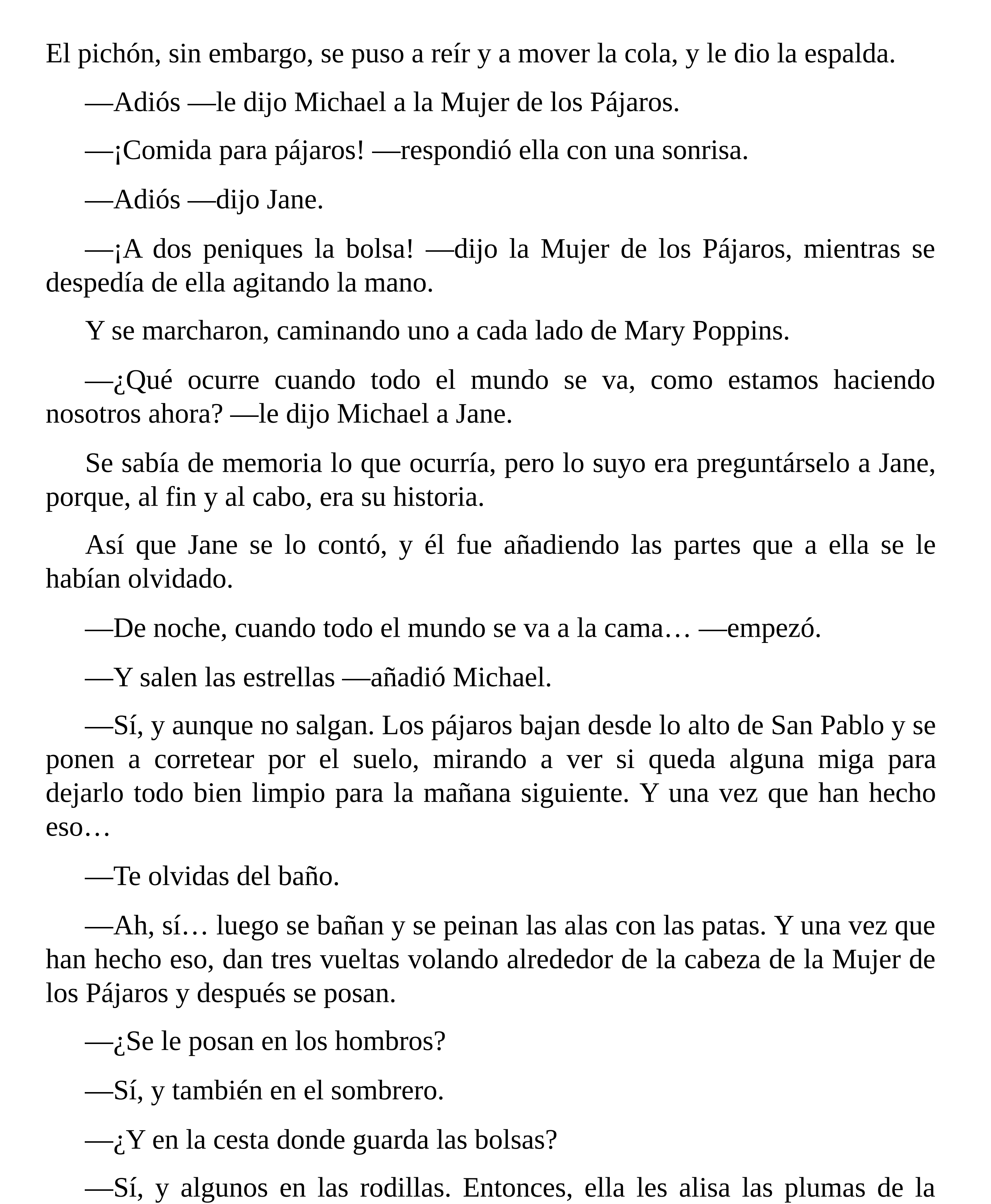
—Con más delicadeza, David —dijo Mary Poppins, soltándole un resoplido a un pájaro al que se le había caído del pico la miga que acababa de coger.

No obstante, el resto de los pájaros, arremolinados en torno a la comida, no paraban de pelear y de darse empujones y de pegar chillidos. Finalmente, no quedó ni una sola miga, pues es de mala educación que una paloma o un pichón dejen algo en el plato. Cuando estuvieron convencidos de que el almuerzo había terminado, ejecutando una maniobra muy espectacular, remontaron el vuelo y se pusieron a revolotear en torno a la cabeza de la Mujer de los Pájaros, imitando en su propio lenguaje las palabras que ella decía. Uno de ellos se posó sobre su sombrero como si fuera el adorno de una corona. Y otro debió confundir el sombrero de Mary Poppins con un jardín de rosas y le arrancó una flor de un picotazo.

—¡Maldito gorrión! —exclamó Mary Poppins, blandiendo su paraguas. El pichón, muy ofendido, regresó volando junto a la Mujer de los Pájaros y, en venganza, le puso la rosa en el lazo del sombrero.

—¡Empanado deberías estar, sí señor, empanado! —le dijo furiosa Mary Poppins, que luego llamó a Jane y a Michael.

—Es hora de irse —dijo, despidiéndose del pichón con una mirada asesina.



El pichón, sin embargo, se puso a reír y a mover la cola, y le dio la espalda.

—Adiós —le dijo Michael a la Mujer de los Pájaros.

—¡Comida para pájaros! —respondió ella con una sonrisa.

—Adiós —dijo Jane.

—¡A dos peniques la bolsa! —dijo la Mujer de los Pájaros, mientras se despedía de ella agitando la mano.

Y se marcharon, caminando uno a cada lado de Mary Poppins.

—¿Qué ocurre cuando todo el mundo se va, como estamos haciendo nosotros ahora? —le dijo Michael a Jane.

Se sabía de memoria lo que ocurría, pero lo suyo era preguntárselo a Jane, porque, al fin y al cabo, era su historia.

Así que Jane se lo contó, y él fue añadiendo las partes que a ella se le habían olvidado.

—De noche, cuando todo el mundo se va a la cama… —empezó.

—Y salen las estrellas —añadió Michael.

—Sí, y aunque no salgan. Los pájaros bajan desde lo alto de San Pablo y se ponen a corretear por el suelo, mirando a ver si queda alguna miga para dejarlo todo bien limpio para la mañana siguiente. Y una vez que han hecho eso…

—Te olvidas del baño.

—Ah, sí… luego se bañan y se peinan las alas con las patas. Y una vez que han hecho eso, dan tres vueltas volando alrededor de la cabeza de la Mujer de los Pájaros y después se posan.

—¿Se le posan en los hombros?

—Sí, y también en el sombrero.

—¿Y en la cesta donde guarda las bolsas?

—Sí, y algunos en las rodillas. Entonces, ella les alisa las plumas de la cabeza y le dice a cada uno que tiene que ser un pájaro bueno.

—¿Se lo dice en el idioma de los pájaros?

—Sí. Y cuando a todos les empieza a entrar el sueño y ya no pueden aguantar despiertos, extiende sus faldones, como hacen las mamás gallinas con sus alas, y los pájaros, poquito a poco, se van metiendo debajo. Y en cuanto ha entrado el último, la Mujer de los Pájaros, haciendo unos ruidillos parecidos a los que hacen las gallinas cuando empollan, se arrellana sobre ellos y los

pájaros duermen allí hasta la mañana siguiente.

Michael soltó un suspiro de satisfacción. Le encantaba esa historia y nunca se cansaba de oírla.

—Y todo eso es verdad, ¿no? —dijo, como siempre solía hacer.

—No —dijo Mary Poppins, que a todo respondía siempre que «no».

—Sí —dijo Jane, que siempre lo sabía todo.

## 8. La señora Corry

—Dos libras de salchichas de la mejor carne de cerdo —dijo Mary Poppins —. Y rápido, que tenemos prisa.

El carnicero, que llevaba puesto un delantal a rayas blancas y azules, era un hombre grueso y dicharachero. Era además corpulento, de rostro muy colorado y se parecía bastante a una de sus propias salchichas. Se apoyó en el tajo y dirigió a Mary Poppins una mirada admirativa. Después se volvió hacia Jane y Michael y les lanzó un simpático guiño.

—¿Prisa, dice? —inquirió, dirigiéndose a Mary Poppins—. Pues, qué pena. Tenía la esperanza de que se hubiera pasado por aquí para charlar un rato. A los carniceros, sabe, nos gusta la compañía. Y no solemos tener la oportunidad de hablar con una joven tan guapa y tan agradable como usted…

Al fijarse en la cara de Mary Poppins se interrumpió de pronto. Tenía una expresión que producía verdadero espanto. En ese momento el carnicero ya sólo deseaba que hubiera una trampilla en el suelo de su tienda para que se lo tragara.

—Oh, bueno… en fin, si tiene prisa… —dijo, poniéndose todavía más colorado de lo que de por sí era—. ¿Dos libras, me dijo? ¿Del mejor cerdo? ¡Eso está hecho!

Y descolgó a toda prisa una de las largas ristras de salchichas que colgaban por toda la tienda. Cortó una medida —de unos setenta centímetros de largo— la enroscó hasta formar una especie de guirnalda, la envolvió en un papel blanco y, luego, en otro marrón, y empujó el paquete por encima del tajo.

—¿El siguiente, por favor? —dijo ilusionado el carnicero, con el rostro aún enrojecido.

—No hay siguiente —sentenció Mary Poppins, acompañando sus palabras con un arrogante resoplido. Y tras coger las salchichas, dio rápidamente la

vuelta al cochecito y lo sacó de la tienda de una manera que hizo que al carnicero le quedara muy claro que la había ofendido mortalmente. No obstante, cuando pasó por delante del escaparate, Mary Poppins echó una mirada al reflejo del cristal para ver qué tal le quedaban sus zapatos nuevos. Eran unos zapatos de piel de cabritilla de un color marrón brillante y tenían dos botones; vamos, que eran una elegancia de zapatos.

Jane y Michael la siguieron, preguntándose cuándo llegaría al final de la lista de la compra, aunque, dada la expresión de su cara, ni se les pasó por la cabeza la idea de preguntárselo.

Mary Poppins, con aire de estar sumida en profundísimas reflexiones, miró calle arriba y calle abajo. De repente, pareció tomar una decisión, y dijo con brusquedad:

—¡La pescadería! —Hizo girar el cochecito y se metió en la tienda que había junto a la carnicería.

—Un lenguado de Dover, un kilo de fletán, medio de gambas y un bogavante —dijo Mary Poppins, hablando a tal velocidad que sólo una persona muy acostumbrada a coger pedidos habría sido capaz de comprenderla.

A diferencia del carnicero, el pescadero era un hombre larguirucho y flaco, tan flaco era que en vez de tener parte de delante parecía que sólo tuviera costados. Además, tenía una cara tan triste que siempre daba la impresión de haber estado llorando o de estar a punto de hacerlo. Jane decía que debía de ser a causa de alguna pena secreta que le había perseguido desde su juventud, pero Michael pensaba que seguramente, de niño, la madre del pescadero le había alimentado sólo a base de pan y de agua, y que aquello le había dejado marcado para toda la vida.

—¿Alguna cosa más? —preguntó sin hacerse ilusiones el pescadero, pues su voz daba a entender que estaba prácticamente seguro de que no querría nada más.

—Hoy no —respondió Mary Poppins.

El pescadero meneó la cabeza con tristeza y no pareció sorprenderse lo más mínimo. Nunca había dudado que no querría nada más.

Gimoteando levemente, ató el paquete y lo puso en el cochecito.

—Vaya tiempecito —comentó, mientras se secaba los ojos con una mano —. No parece que este año vayamos a tener verano… bueno, tampoco se puede decir que lo hayamos tenido nunca. Por cierto, que no se la ve a usted tan radiante como otras veces —le dijo a Mary Poppins— claro que ¿a ver quién lo está…?

Mary Poppins sacudió enérgicamente la cabeza.

—Eso lo dirá por usted —dijo enfadada, y empujó el cochecito hacia la salida con tal furia que lo hizo chocar contra una bolsa de ostras.

—¡Será posible! —la oyeron exclamar mientras se miraba a los zapatos. «¡Mira que decir que no estoy radiante cuando llevo unos zapatos nuevos de cabritilla de color marrón, y con dos botones!». Eso fue lo que la oyeron pensar.

Una vez en la calle, se paró y se puso a tachar de la lista lo que ya había comprado. Michael empezó a bailotear sobre una y otra pierna.

—¿Es que no vamos a volver nunca a casa, Mary Poppins? —dijo contrariado.

Mary Poppins se dio la vuelta y le miró con una cara que parecía expresar algo muy próximo a la indignación.

—Muy bien, se hará lo que tú digas —dijo escuetamente. Y al verla doblar la lista, Michael se dio cuenta de que habría hecho mejor en no abrir la boca.

—Tú, si quieres, te puedes ir a casa, que nosotros nos iremos a comprar el pan de jengibre —le dijo en tono altivo.

A Michael se le cayó el alma a los pies ¡Es que no podía haberse estado calladito! No sabía que el pan de jengibre estaba al final de la lista.

—Ése es tu camino —dijo bruscamente Mary Poppins, señalando en la dirección de la calle del Cerezo—. Y a ver si no te pierdes —añadió, como si esa posibilidad no se le hubiera ocurrido en un primer momento.

—¡No, por favor, por favor! No lo decía en serio… de veras… ¡Ay, Mary Poppins, por favor…! —gritó Michael.

—¡Anda, Mary Poppins, déjale que venga! —dijo Jane—. Si le dejas venir yo te llevo el cochecito.

Mary Poppins soltó un resoplido.

—Tienes suerte de que sea viernes, porque si no, te habrías ido a casa en menos que canta un twink, en mucho menos que canta un twink —le dijo a Michael con voz tétrica.

Y empujando a John y a Barbara, emprendió de nuevo la marcha. Jane y Michael sabían que, por una vez, Mary Poppins había cedido, y la siguieron, preguntándose qué clase de bicho sería un twink. Pero, de pronto, Jane se dio cuenta de que no iban en la buena dirección.

—¿No habías dicho que ahora tocaba el pan de jengibre? Porque éste no es el camino para ir a la tienda de Green, Brown y Johnson, que es donde

siempre lo compramos… —empezó a decir, pero en cuanto vio la cara que ponía Mary Poppins, se calló.

—¿Quién hace aquí la compra, tú o yo? —inquirió Mary Poppins.

—Tú —dijo Jane con un hilo de voz.

—¡No me digas! ¡Si yo creía que era al revés! —dijo Mary Poppins, dirigiéndole una sonrisa burlona.

Hizo girar el cochecito con una sola mano, y nada más doblar la esquina, lo volvió a detener. Jane y Michael, que habían tenido que pararse de golpe detrás de él, se encontraron frente a la tienda más rara que habían visto en su vida. Era muy pequeña y muy lúgubre. Bucles de papel descolorido colgaban en los escaparates y en los estantes había cajitas muy desgastadas de polvos efervescentes, viejos palitos de regaliz y manzanas acarameladas muy duras y pasadas. Entre los dos escaparates se abría una puerta, muy pequeña y oscura, y por ella entró Mary Poppins empujando el cochecito, con Jane y Michael pegados a su espalda.

Una vez dentro, vislumbraron un mostrador con encimera de cristal que ocupaba tres de los lados de la tienda. Bajo el cristal se alineaban hileras y más hileras de un pan de jengibre, oscuro y reseco, cuyos trozos estaban hasta tal punto tachonados de estrellitas doradas que la propia tienda parecía estar débilmente iluminada por ellas. Jane y Michael miraron a su alrededor tratando de averiguar cómo sería la persona que les atendería y se quedaron muy sorprendidos cuando oyeron a Mary Poppins gritar:

—¡Fannie! ¡Annie! ¿Dónde os habéis metido? —Su voz parecía llegarles como un eco desde cada una de las oscuras paredes de la tienda.

A su llamada, dos de las personas más enormes que los niños habían visto en su vida surgieron de detrás del mostrador y le estrecharon la mano a Mary Poppins. A continuación, las dos enormes mujeres se apoyaron sobre el mostrador y, con una voz tan enorme como ellas, dijeron:

—Hola, qué tal —mientras les tendían la mano.

—¿Cómo está usted, señorita…? —Michael se interrumpió, preguntándose cuál de las dos enormes mujeres sería ésta.

—Yo soy Fannie —dijo una de ellas—. Y del reuma sigo más o menos igual, gracias por preguntar. —Hablaba con tono compungido, como si no estuviera acostumbrada a que la saludaran con tanta cortesía.

—Hace un día estupendo… —empezó a decir Jane muy educadamente, dirigiéndose a la otra hermana, que llevaba cerca de un minuto manteniendo prisionera la mano de Jane con un fuerte apretón.

—Yo soy Annie —le informó con abatimiento—. Y obras son amores y no buenas razones.

Jane y Michael pensaron que las dos hermanas se expresaban de una forma muy rara, pero no pudieron seguir sorprendidos por mucho tiempo, porque tanto la señorita Fannie como la señorita Annie estaban ya alargando las manos hacia el cochecito. Cada una le dio solemnemente la mano a uno de los gemelos que, de pasmados que estaban, se pusieron a llorar.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí? —Desde el fondo de la tienda llegó el sonido de una vocecilla aguda y cascada. Al oírla, la expresión de los rostros de las señoritas Fannie y Annie, de por sí triste, se volvió más triste aún si cabe. Parecían asustadas e inquietas, y Jane y Michael intuyeron que, en aquel momento, a las dos enormes hermanas les habría gustado ser mucho más pequeñas y no llamar tanto la atención.

—Pero ¿qué es esto que oigo? —exclamó en tono muy agudo aquella extraña vocecilla, que ahora parecía sonar bastante más cerca. Y al punto, doblando una de las esquinas del mostrador de cristal, apareció la dueña de la tienda.

Era una mujer tan pequeña y cascada como su voz, y a los niños, al fijarse en su pelo ralo, sus piernas de alambre y su rostro arrugado y marchito, les pareció el ser más viejo del mundo. Sin embargo, cuando se acercó hasta ellos, lo hizo corriendo con la misma ligereza y vivacidad de una jovencita.

—¡Vaya, vaya, vaya, quién lo diría! ¡Qué me aspen si no es la mismísima Mary Poppins, en compañía de John y Barbara Banks! Pero, qué veo, si también están Jane y Michael. Bueno, esto sí que es una verdadera sorpresa. Os puedo asegurar que no me había llevado una sorpresa como ésta desde el día en que me enteré de que Cristóbal Colón había descubierto América… ¡y no exagero ni un pelo!

Luciendo una sonrisa encantadora, se acercó a saludarlos dando pequeños pasos de danza con los pies, que llevaba enfundados en unas diminutas botas elásticas. Luego, se fue corriendo hasta donde estaba el cochecito y se puso a mecerlo suavemente y a mover sus finos y retorcidos dedos de anciana, hasta que consiguió que John y Barbara dejaran de llorar y se pusieran a reír.

—¡Así está mejor! —dijo, cacareando alegremente. Y después hizo algo pero que muy raro. Se partió dos de sus dedos y le dio uno a John y otro a Barbara. Pero no quedó ahí la cosa, pues en el espacio que había quedado vacío, crecieron de forma inmediata dos nuevos dedos. Jane y Michael lo vieron perfectamente.

—No es más que caramelo… no puede hacerles ningún daño —le dijo a Mary Poppins la anciana.

—Cualquier cosa que usted les dé, señora Corry, sólo puede sentarles bien —dijo Mary Poppins con desacostumbrada cortesía.

—¡Ya podían haber sido barritas de menta! —se le escapó a Michael.

—Bueno, a veces lo son, y de muy buen sabor, por cierto —dijo jovialmente la señora Corry—. Hasta yo en ocasiones me las mordisqueo un poco si no puedo dormir de noche. Son buenísimas para la digestión.

—¿De qué serán la próxima vez? —preguntó Jane, mirando los dedos de la señora Corry con mucho interés.

—¡Ajá! —exclamó la señora Corry—. ¡Ése es el quid de la cuestión! Nunca lo sé de un día para otro. Verás, querida, yo, como en cierta ocasión le dijo Guillermo el Conquistador a su madre cuando le aconsejó que no fuera a conquistar Inglaterra, prefiero arriesgarme.

—¡Anda que no debe ser usted vieja ni nada! —dijo Jane, suspirando de envidia y preguntándose si alguna vez sería capaz de recordar tantas cosas como la señora Corry.

La señora Corry echó hacia atrás su rala cabeza y soltó una carcajada.

—¿Vieja? ¡Pero si soy un pollito comparada con mi abuela! Ella sí que es vieja de verdad. Y eso que yo tampoco me quedo corta. Aún me acuerdo de cuando se estaba creando el mundo, y para entonces ya andaba yo por los quince. ¡Canastos, eso sí que fue un buen jaleo, os lo aseguro!

De pronto se calló, y, entornando los ojos, miró fijamente a los niños.

—¡Pero, será posible… aquí estoy yo habla que te habla y sin atenderos! Supongo, querida, que habréis venido a por pan de jengibre —dijo volviéndose hacia Mary Poppins, a la que parecía conocer muy bien.

—Así es, señora Corry —dijo cortésmente Mary Poppins.

—Bien. ¿Ya os lo han dado Fannie y Annie? —inquirió, mirando a los niños.

Jane hizo un gesto negativo con la cabeza. Desde detrás del mostrador se oyó un murmullo.

—No, madre —dijo con voz sumisa la señorita Fannie.

—Íbamos a hacerlo, madre, cuando… —empezó a decir la señorita Annie con un susurro acobardado.

Al oír aquello, la señora Corry se irguió cuan alta era y lanzó una mirada furibunda a sus enormes hijas. Luego, en voz muy baja, pero con un tono feroz y terrible, dijo:

—¿Que ibas a hacerlo? ¡Ah, muy bien! Me parece muy interesante. ¿Y serías tan amable de decirme, Annie, quién te ha dado permiso para regalar mi pan de jengibre…?

—Nadie, madre. Y no iba a regalarlo. Sólo pensaba…

—¿Que sólo pensabas…? ¡Qué amable! Pero, si no te importa, me vas a hacer el favor de no pensar. ¡Ya estoy yo para pensar todo lo que haga falta! —dijo la señora Corry con voz baja y terrible. Y, a continuación, soltó una áspera y sonora carcajada—: ¡Fijaos en ella! ¡Fijaos! ¡Cobardica! ¡Llorona! —dijo a voz en grito, mientras señalaba a su hija con uno de sus nudosos dedos.

Jane y Michael se dieron la vuelta y vieron que una gran lágrima se deslizaba por el inmenso y apenado rostro de la señorita Annie, sin embargo, prefirieron no decir palabra, pues a pesar de la pequeñez de la señora Corry, ante ella se sentían muy insignificantes y atemorizados. No obstante, tan pronto como la señora Corry miró para otro lado, Jane aprovechó para ofrecerle a la señorita Annie su pañuelo. Su enorme lágrima lo dejó completamente empapado, y la señorita Annie, con una mirada de agradecimiento, se lo devolvió a Jane, no sin antes haberlo escurrido.

—Y en cuanto a ti, Fannie… ¿qué… tú también piensas? —aquella vocecita aguda se dirigía ahora a su otra hija.

—No, madre —dijo Fannie con un temblor.

—¡Hummm! ¡Tanto mejor para ti! ¡Anda, abre ese mostrador!

Con manos temblorosas y vacilantes, la señorita Fannie abrió el mostrador de cristal.

—Bien, queridos, acercaos y elegid vosotros mismos —dijo la señora Corry, empleando un tono completamente distinto. Había tanta dulzura en su sonrisa y en las señas que les hacía, que Jane y Michael se sintieron avergonzados de haber tenido miedo de ella y pensaron que, en el fondo, debía de ser una persona muy simpática—. ¿A qué esperáis, corderitos míos? —insistió—. Los de hoy están hechos según una receta especial; me la dio Alfredo el Grande. Y si no recuerdo mal, era muy buen cocinero, aunque una vez se le quemaran unos pasteles. ¿Cuántos queréis?

Jane y Michael miraron a Mary Poppins.

—Cuatro para cada uno —dijo—. Eso hacen… doce. Una docena, pues.

—Os daré una docena de fraile… que sean trece —dijo alegremente la señora Corry.

Así que Jane y Michael eligieron trece trozos de pan de jengibre, cada uno de ellos con su correspondiente estrella dorada de papel. Los brazos les

rebosaban de aquellos deliciosos dulces de color oscuro. Michael no pudo resistir la tentación y le dio un mordisquito a uno de ellos.

—¿Está bueno? —chilló la señora Corry. Michael le dijo que sí con la cabeza, y ella se puso tan contenta que se levantó un poco las faldas y dio unos pasos de un baile escocés.

—¡Hurra, hurra, fenomenal, hurra! —gritó con su estridente vocecilla. Pero luego se quedó muy quieta y volvió a ponerse seria.

—No olvidéis que no es un regalo. Hay que pagarlos. El precio son tres peniques por cabeza.

Mary Poppins abrió el monedero, sacó tres monedas de tres peniques y le dio una a Jane y otra a Michael.

—Bien —dijo la señora Corry—. ¡Pegádmelas al abrigo! Siempre las guardo ahí.

Miraron detenidamente el abrigo y, en efecto, estaba tachonado de monedas de tres peniques, igual que los abrigos de los vendedores ambulantes lo están de botones de nácar.

—¡Venga! ¡Pegadlas! —insistió complacida y expectante la señora Corry, frotándose las manos—. Ya veréis cómo no se caen.

Mary Poppins dio un paso adelante y apretó su moneda de tres peniques contra el abrigo de la señora Corry.

Para gran sorpresa de los dos niños la moneda se quedó pegada.

Entonces pusieron las suyas; Jane en el hombro derecho y Michael en el dobladillo de delante. Sus monedas también se quedaron pegadas.

—Es increíble —dijo Jane.

—¡Qué va a serlo, cariño! —dijo la señora Corry, soltando una risita—. O, al menos, no más increíble que otras muchas cosas que yo podría contarte. —Y le hizo un guiño de complicidad a Mary Poppins.

—Me temo que ya es hora de marcharnos, señora Corry —dijo Mary Poppins—. Tenemos natillas para comer y tengo que llegar con tiempo para prepararlas. Porque lo que es la señora Brill…

—¿Es mala cocinera? —le interrumpió la señora Corry.

—¿Mala? —dijo Mary Poppins con desdén—. Yo diría que es algo más que mala.

—¡Ajá! —La señora Corry posó un dedo sobre la nariz y puso una expresión muy sesuda. Luego, dijo—: Bueno, querida Mary Poppins, ha sido

una visita muy agradable y estoy segura de que las chicas se lo han pasado igual de bien que yo. —Y señaló a sus dos enormes y entristecidas hijas—. Tienes que volver pronto y traer otra vez a Jane, a Michael y a los bebés. Ah, por cierto, ¿estáis seguros de que podéis cargar con todo el pan de jengibre? —prosiguió, volviéndose hacia los niños.

Los dos asintieron. Entonces, la señora Corry se acercó un poco más a ellos y su semblante adquirió una expresión inquisitiva y solemne muy extraña.

—Me estaba preguntando si teníais pensado hacer algo con las estrellas de papel —dijo con voz ensimismada.

—Vamos a guardarlas. Siempre lo hacemos —dijo Jane.

—¡Ah… que las guardáis! ¿Y se puede saber dónde las guardáis? —Los ojos de la señora Corry estaban ahora entornados y su mirada se había vuelto aún más inquisitiva.

—Bueno —empezó a decir Jane—, las mías las pongo todas debajo de mis pañuelos, en el primer cajón de arriba empezando por la izquierda y…

—Yo las tengo en una caja de zapatos en el estante de abajo del armario ropero —dijo Michael.

—El primer cajón de arriba empezando por la izquierda y una caja de zapatos en el estante de abajo del armario ropero —dijo pausadamente la señora Corry, como si tratara de que aquello se le quedara grabado en la memoria. Luego, dirigió a Mary Poppins una larga mirada e inclinó levemente la cabeza. Mary Poppins la respondió haciendo lo propio. Daba la impresión de que se habían transmitido algún tipo de secreto.

—Bien, eso es muy interesante —dijo con entusiasmo la señora Corry—. No sabéis lo contenta que me pone saber que guardáis las estrellas. No lo olvidaré. Porque, veréis, yo me acuerdo de todo, incluso de lo que tenía para cenar Guy Fawkes todos los segundos domingos de cada mes. En fin, ya nos veremos. ¡Volved pronto! ¡Volved prontooooooo!

La voz de la señora Corry parecía sonar cada vez más débil y se fue apagando poco a poco, hasta que, al cabo de un rato, sin saber cómo, Jane y Michael se encontraron de nuevo en la calle, andando detrás de Mary Poppins que, una vez más, estaba repasando la lista.

Se dieron la vuelta y miraron a sus espaldas.

—¡Pero, Jane, si ya no está ahí! —exclamó Michael.

—Ya lo veo —dijo Jane, que se había quedado como hipnotizada.

Y así era. La tienda ya no estaba allí. Había desaparecido sin dejar ni

rastro.

—¡Qué raro! —dijo Jane.

—Pues sí, pero hay que ver lo bueno que está el pan de jengibre —dijo Michael.

A partir de entonces estuvieron tan atareados mordisqueando el pan de jengibre y dándole la forma de un hombre, de una flor o de una tetera, que se olvidaron por completo de lo raro que era todo aquello.

Sin embargo, a la noche, cuando ya les habían apagado la luz y se suponía que debían de estar profundamente dormidos, volvieron a acordarse.

—¡Jane, Jane! —susurró Michael—. ¿No oyes como si alguien estuviera subiendo de puntillas por las escaleras? ¡Escucha!

—¡Chis! —siseó Jane desde su cama, pues también ella había oído aquellos pasos.

Al poco tiempo, se abrió la puerta con un leve ruido y alguien entró en la habitación. Era Mary Poppins, con el sombrero y el abrigo puestos, como si estuviera lista para salir a la calle.

Poniendo mucho cuidado en todos sus movimientos, avanzó por la habitación sin hacer apenas ruido. Jane y Michael, que no se movían ni un ápice, la observaban con los ojos entornados.

Primero, se dirigió a la cómoda, abrió un cajón y, un instante después, lo volvió a cerrar. Luego, sin dejar de andar de puntillas, se dirigió al armario ropero, lo abrió, se agachó y metió o sacó algo (no estaban seguros de cuál de las dos cosas). ¡Zas! La puerta del armario se cerró de golpe y Mary Poppins se apresuró a salir de la habitación.

Michael se sentó en la cama.

—¿Qué estaba haciendo? —le susurró a Jane en voz alta.

—No lo sé. Quizá se había olvidado los guantes, o los zapatos o… —Jane se calló de pronto—. ¡Michael, escucha!

Michael aguzó el oído. Justo debajo de ellos, en el jardín, según les parecía, se oía a varias personas susurrando a la vez con voz seria y nerviosa.

Con un rápido movimiento, Jane salió de la cama y le hizo señas a Michael de que la siguiera. Andando descalzos para no hacer ruido, se acercaron hasta la ventana y se asomaron.

En la calle había dos figuras enormes y otra mucho más pequeña.

—Son la señora Corry y las señoritas Fannie y Annie —dijo Jane en un

susurro.

Y vaya si lo eran. Formaban un grupo la mar de raro. La señora Corry escudriñaba a través de los barrotes de la verja del número diecisiete, la señorita Fannie sostenía en equilibrio sobre uno de sus descomunales hombros dos escaleras muy largas y Annie llevaba en una mano un gran cubo, lleno de una sustancia que parecía cola, mientras con la otra sujetaba una brocha enorme.

Ocultos por la cortina, Jane y Michael podían oír desde donde estaban lo que decían abajo.

—¡Está tardando mucho! —decía entre ansiosa y enfadada la señora Corry.

—A lo mejor uno de los niños se ha puesto malo y no ha podido… —empezó a decir tímidamente la señorita Fannie, mientras se afianzaba las dos escaleras sobre el hombro.

—Escaparse a tiempo —dijo con nerviosismo la señorita Annie, completando la frase de su hermana.

—¡Silencio! —dijo furiosa la señora Corry.

Jane y Michael oyeron con toda claridad cómo susurraba algo así como «vaya un par de jirafas torponas que estáis hechas», en alusión, sin duda, a sus desdichadas hijas.

—¡Chitón! —dijo de pronto la señora Corry, ladeando la cabeza como un pájaro para escuchar mejor.

Oyeron el sonido de la puerta de la casa, que se abría silenciosamente y volvía a cerrarse y, luego, el crujir de unos pasos que avanzaban por el sendero. La señora Corry, sonriendo, saludó con la mano a Mary Poppins, que se acercaba con una cesta colgada del brazo. En la cesta llevaba algo que parecía despedir una luz débil y misteriosa.

—¡Venga, venga, hay que darse prisa! No nos queda mucho tiempo —dijo la señora Corry, cogiendo a Mary Poppins del brazo—. Y vosotras dos, ¡alegrad esa cara!

Y dicho eso, empezó a andar, seguida de las señoritas Fannie y Annie, que evidentemente trataban de poner una cara lo más alegre posible, aunque sin lograrlo del todo. Dobladas por el peso de su carga, avanzaban penosamente detrás de su madre y de Mary Poppins.

Jane y Michael vieron a las cuatro figuras bajar por la calle del Cerezo, para luego desviarse un poco a la izquierda y ascender la cuesta. Al llegar arriba, un lugar donde ya no había casas sino un prado cubierto de hierba y de tréboles, se detuvieron.

La señorita Annie dejó en el suelo su cubo de cola y la señorita Fannie se bajó del hombro las dos escaleras y las levantó hasta colocarlas en posición vertical. A continuación, se puso a sujetar una de ellas mientras su hermana Annie se encargaba de la otra.

—¿Qué diablos van a hacer? —dijo Michael con la boca muy abierta. Pero no hizo falta que Jane le respondiera, porque él mismo pudo ver lo que sucedió entonces.

Tan pronto como las señoritas Fannie y Annie tuvieron bien sujetas las dos escaleras, que ahora parecían levantarse con un extremo apoyado en la tierra y el otro en el cielo, la señora Corry se arremangó un poco las faldas y cogió la brocha con una mano y el cubo de cola con la otra. Puso luego un pie en el peldaño más bajo de la escalera y empezó a subir. Mary Poppins, cargada con su cesta, subió por la otra escalera.

Parecían levantarse con un extremo apoyado en la tierra y el otro en el cielo.

Lo que Jane y Michael vieron entonces fue algo verdaderamente alucinante. En cuanto llegaron a lo alto de la escalera, la señora Corry mojó la brocha en la cola y se puso a extender aquella pegajosa sustancia por el cielo. Una vez que hubo terminado, Mary Poppins empezó a sacar unos objetos brillantes de la cesta y a pegarlos en los lugares en donde había extendido la cola. Cuando retiró la mano, descubrieron que estaba pegando en el cielo las estrellas del pan de jengibre. Una vez colocadas, cada una de las estrellas empezaba a titilar con furia y a lanzar centellas de luz dorada.

—¡Son las nuestras! —dijo Michael con voz entrecortada—. ¡Son nuestras estrellas! ¡Como pensaba que estábamos dormidos ha entrado y nos las ha quitado!

Pero Jane no dijo nada. Bastante tenía con observar a la señora Corry, embadurnando con brochazos de cola el cielo; a Mary Poppins, pegando estrellas a diestro y siniestro; y a las señoritas Fannie y Annie, cambiando las escaleras de lugar cada vez que una parte del cielo ya estaba completa.

Finalmente, la tarea concluyó. Mary Poppins volcó la cesta y se la enseñó a la señora Corry para que viera que ya no quedaba nada dentro. Se bajaron entonces de las escaleras y la procesión marchó de nuevo cuesta abajo: la señorita Fannie, con las escaleras al hombro, y la señorita Annie, balanceando el cubo vacío. Al llegar a la esquina, se detuvieron y se quedaron un rato charlando; luego, Mary Poppins les dio a todas la mano y volvió a subir apresuradamente por la calle del Cerezo. La señora Corry, dando unos ligeros pasos de baile con sus botas elásticas y levantándose muy delicadamente la punta de la falda con las manos, se alejó en la dirección opuesta, seguida de

sus dos hijas, que marchaban descargando sonoros pisotones contra la acera.

La verja del jardín hizo un pequeño ruido y, luego, se oyó el crujir de unos pasos sobre el sendero. La puerta de la casa se abrió y volvió a cerrarse con un sonido metálico. Y poco después, oyeron los pasos de Mary Poppins subir silenciosamente las escaleras, pasar de puntillas por delante de su cuarto y meterse en la habitación de John y de Barbara, que era donde ella dormía.

Cuando el sonido de sus pasos se desvaneció, Jane y Michael se miraron el uno al otro. Luego, sin pronunciar palabra, se acercaron al primer cajón de arriba empezando por la izquierda, y miraron dentro.

Allí lo único que había era un montón de pañuelos de Jane.

—¿Lo ves? —dijo Michael.

A continuación, se dirigieron al armario ropero y miraron en la caja de zapatos. Estaba vacía.

—¿Pero cómo? ¿Por qué? —dijo Michael, sentándose en el borde de la cama y mirando fijamente a Jane.

Jane no le respondió. Se sentó a su lado, y rodeándose las rodillas con los brazos, se puso a pensar y a pensar. Finalmente, se echó el pelo hacia atrás, se estiró y, poniéndose de pie, dijo:

—Lo que a mí me gustaría saber es lo siguiente: ¿qué ocurre, que las estrellas están hechas de papel dorado o es que el papel dorado está hecho de estrellas?

Su pregunta no obtuvo contestación y tampoco la esperaba. Sabía que sólo alguien mucho más sabio que Michael podría darle la respuesta correcta.

## 9. La historia de John y Barbara

Jane y Michael, vestidos con sus mejores ropas y con un aspecto que, en palabras de Ellen, la doncella, era «de escaparate», se habían ido de fiesta.

A lo largo de toda la tarde, la casa permaneció tranquila y en silencio, como si estuviera pensando en sus cosas o, quizá, soñando.

Abajo, en la cocina, la señora Brill leía el periódico con las gafas colgadas de la nariz. Robertson Ay estaba sentado en el jardín muy ocupado en no hacer absolutamente nada. La señora Banks estaba en el salón, con los pies puestos sobre el sofá. Y abarcándolos a todos, la casa permanecía callada, soñando sus sueños o, quizá, pensando.

Arriba, en las habitaciones de los niños, Mary Poppins oreaba las ropas al fuego, mientras el sol se colaba a chorros por la ventana, parpadeando por las blancas paredes y espejeando sobre las cunas de los bebés.

—¡Te he dicho que te largues! No ves que te me metes en los ojos —dijo John en voz muy alta.

—Lo siento —dijo la luz del sol—. Pero no puedo evitarlo. Tengo que atravesar esta habitación sea como sea. Órdenes son órdenes. Dispongo de un solo día para cruzar del este al oeste y el camino pasa justo por en medio de esta habitación. De veras que lo siento, pero si cierras los ojos ya verás como no te das ni cuenta de que estoy aquí. —El gran rayo dorado del sol se iba estirando por la habitación, procurando avanzar lo más rápido posible para complacer a John.

—¡Qué suave y qué dulce eres! Te quiero —dijo Barbara, estirando los brazos para sentir aquella brillante calidez.

—Buena chica —dijo complacido el sol, y empezó a recorrerle las mejillas y a metérsele por el pelo, acariciándola suavemente—. ¿Verdad que tengo un tacto muy agradable? —añadió, como si estuviera deseando que le halagaran.

—¡Es deliciooooso! —dijo Barbara, suspirando de felicidad.

—¡Bla, bla, bla, bla, bla! ¡Dios bendito, nunca he conocido un lugar donde se chacharee más que aquí! En esta habitación siempre hay alguien habla que te habla —dijo una voz estridente desde la ventana.

John y Barbara levantaron la vista.

Se trataba del estornino que vivía en lo alto de la chimenea.

—Pues a mí eso me gusta —dijo Mary Poppins, dándose rápidamente la vuelta—. Y por cierto, ¿cómo te atreves tú a decir eso? Tú, que te pasas todo el santo día, y buena parte de la noche, subido a los tejados y a los postes del teléfono, ruge que te ruge y grita que te grita y chilla que te chilla. ¡Pero si hablas más que una cotorra! Eres el peor de todos los gorriones, sí señor.

El estornino, que estaba posado en el marco de la ventana, ladeó la cabeza y la miró desde lo alto.

—Qué quieres, uno tiene que ocuparse de sus negocios. Hay que hacer consultas, debatir, discutir, hacer tratos. Y todo eso requiere, como es muy natural, un poco de… en fin… sosegada conversación.

—¡Sosegada! —exclamó John, riéndose con todas sus ganas.

—No hablaba contigo, jovencito —dijo el estornino, mientras se bajaba de un salto al alféizar de la ventana—. Y, además, ¿no crees que tú ya has hablado bastante? El sábado de la semana pasada te estuviste no sé cuántas

horas hablando sin parar ¡Caray, si ya pensaba que aquello no se iba a acabar nunca! ¡Me tuviste toda la noche despierto!

—No estaba hablando —dijo John—. Estaba… —hizo una pausa—. Bueno, es que había algo que me dolía.

—¡Bah! —dijo el estornino, posándose de un salto en la reja de la cuna de Barbara. Avanzó lentamente hasta la cabecera y, con voz baja y melosa, dijo —: Bueno, Barbara B., ¿tienes hoy algo para tu viejo amigo, eh?

Barbara se agarró a una de las barras de la cuna y se fue incorporando hasta quedarse sentada.

—Toma la otra mitad de mi galleta de arruruz —dijo, tendiéndole una mano regordeta.

El estornino bajó en picado, le arrancó la galleta de la mano de un picotazo y regresó volando al alféizar de la ventana. Una vez allí, comenzó a mordisquearla con gula.

—¡Se dice gracias! —le soltó Mary Poppins, pero el estornino estaba demasiado atareado comiendo como para captar aquel reproche.

—¡Que se dice gracias! —repitió Mary Poppins, subiendo un poco el tono de voz.

El estornino alzó la vista.

—¿Cómo? ¿Qué? Venga, mujer, venga; que yo no tengo tiempo para andarme con tanta finura y ceremonia —y acto seguido, se engulló el resto de la galleta.

La habitación se quedó en silencio.

John, adormilado por el sol, se metió los dedos del pie derecho en la boca y se puso a frotarlos sobre el lugar donde le estaban empezando a salir los primeros dientes.

—¿Por qué te molestas en hacerlo si nadie te ve? —le dijo Barbara con una voz suave y burlona, bajo la cual latían unas enormes ganas de reír.

—Ya lo sé —dijo John, mientras tocaba una especie de melodía con los dedos de los pies—. Pero es que quiero mantenerme entrenado. A los mayores les gusta tanto… ¿No te fijaste que ayer la tía Flossie casi se muere de contenta cuando lo hice? «¡Ay, qué listo que es mi niño, qué portento, qué criaturita!». ¿No le oíste decir todo eso? —John dio una patada al aire y empezó a reírse a carcajadas al pensar en la tía Flossie.

—También le gustó mi gracia —dijo Barbara con suficiencia—. Me quité los dos patucos y dijo que era tan dulce que le entraban ganas de comerme.

Qué curioso, ¿no? Cuando yo digo que quiero comer es porque de verdad quiero comer. Una galleta, un bizcocho, el pomo de la cama o lo que sea. Pero estos mayores parece que nunca hablan en serio. Porque no creo que de verdad quisiera comerme, ¿no?

—¡Qué va! Ya sabes que les encanta decir idioteces —dijo John—. Estoy seguro de que nunca voy a entender a los mayores. Parecen todos tan estúpidos… Hasta Jane y Michael a veces se portan como un par de idiotas.

—¡Ajá! —asintió Barbara, mientras se quitaba con mucho cuidado los patucos y luego se los volvía a poner.

—Por ejemplo —prosiguió John—, no entienden ni una sola palabra de lo que decimos. Y lo que es peor, tampoco entienden lo que dicen las demás cosas. Fíjate que el otro día le oí decir a Jane que le gustaría saber qué idioma hablaba el viento.

—Ya —asintió Barbara—. Es asombroso. Y Michael, ¿le has oído?, está empeñado en que el estornino dice: «¡Pío… pío!». Pero cómo va a decir eso el estornino, si habla exactamente el mismo idioma que nosotros. De papá y mamá no se puede esperar que lo sepan, porque no se enteran absolutamente de nada, aunque son encantadores, pero yo pensaba que Jane y Michael…

—Lo supieron en tiempos —dijo Mary Poppins, que estaba doblando uno de los camisones de Jane.

—¿Qué? —dijeron a la vez Barbara y John muy sorprendidos—. ¿De veras? ¿Quieres decir que entendían al viento y al estornino y…?

—Y lo que dicen los árboles y el lenguaje del sol y de las estrellas, pues claro que sí. En tiempos —dijo Mary Poppins.

—Pero… ¿cómo es que se han olvidado de todo? —dijo John, arrugando la frente y haciendo un esfuerzo supremo por comprender aquello.

—¡Ajajá! —dijo el estornino con tono de complicidad, alzando la vista de los restos de la galleta—. Conque os gustaría saberlo, ¿eh?

—Porque se han hecho mayores —les explicó Mary Poppins—. Barbara, ¿quieres hacer el favor de ponerte enseguida los patucos?

—Ésa es una razón muy tonta —dijo John, mirándola con seriedad.

—Lo será, pero es la verdad —sentenció Mary Poppins, mientras ataba firmemente a los tobillos de Barbara los cordones de los patucos.

—Bueno, eso les ha pasado a Jane y a Michael porque son tontos —prosiguió John—, pero estoy seguro de que, cuando yo sea mayor, a mí no me pasará eso.

—Ni a mí —dijo Barbara, chupándose el dedo muy satisfecha.

—Claro que os pasará —les aseguró rotundamente Mary Poppins.

Los gemelos se incorporaron y se la quedaron mirando.

—¡Bah! —dijo el estornino en tono despectivo—. ¡Mira a esos dos! Se creen que son la octava maravilla del mundo. ¡Un auténtico prodigio de la naturaleza! ¡Menos lobos! ¡Claro que lo olvidaréis, igual que Jane y que Michael!

—No, señor, no nos olvidaremos —dijeron los gemelos, lanzando al estornino una mirada asesina.

El estornino les hizo burla.

—Ya veréis cómo os olvidáis —insistió—. Aunque desde luego no es culpa vuestra —añadió en un tono más amable—. Os olvidaréis porque no se puede hacer nada para remediarlo. Jamás ha habido ni un solo ser humano que, cumplido el primer año de edad, como muy tarde, siguiera acordándose. A excepción de ella, claro está. —Y con un movimiento brusco de la cabeza señaló a Mary Poppins por encima del hombro.

—¡Bah! —dijo el estornino—. ¡Mira a esos dos!

—¿Y por qué ella puede acordarse y nosotros no? —dijo John.

—¡Aaaahhh! Porque es diferente. Es la Gran Excepción. No podéis tomarla a ella como ejemplo —dijo el estornino, dirigiéndoles una amplia sonrisa.

John y Barbara permanecieron en silencio.

En vista de lo cual, el estornino decidió proseguir con su explicación.

—Veréis, ella es especial. No por su aspecto, claro. Cualquiera de mis polluelos al año de edad es más guapo de lo que nunca haya sido Mary P.

—¡Serás impertinente! —dijo Mary Poppins muy enfadada, mientras se abalanzaba sobre él, sacudiendo el delantal. Pero el estornino se hizo a un lado de un salto y, silbando con picardía, huyó volando y fue a posarse en el marco de la ventana muy lejos de su alcance.

—Creías que esta vez ya me tenías, ¿eh? —se burló, mientras batía sus alas.

Mary Poppins soltó un bufido.

Arrastrando tras de sí un largo rayo dorado, el sol avanzaba por la habitación, mientras que fuera se había levantado un ligero viento que hablaba en susurros a los cerezos de la calle.

—Escuchad, escuchad. El viento está hablando —dijo John, ladeando la cabeza—. ¿Estás segura de que cuando seamos mayores no podremos oír esto?

—Claro que lo oiréis —dijo Mary Poppins—, pero no lo entenderéis. —En ese momento Barbara empezó a gimotear. Y también a John empezaron a saltársele las lágrimas—. No hay nada que hacer. Así son las cosas —añadió con sensatez Mary Poppins.

—¡Pero mira a esos dos! —se burló el estornino— ¡Llorando a lágrima viva! Hasta un estornino que aún no ha salido del cascarón tiene más sentido común. ¡Míralos!

John y Barbara lloraban desconsoladamente en sus cunas, lanzando unos sollozos larguísimos que expresaban una tristeza muy profunda.

De repente, se abrió la puerta y entró la señora Banks.

—Me ha parecido oír a los bebés —dijo, acercándose corriendo a los gemelos—. ¿Qué les pasa a mis niñitos? ¡Tesoros míos, cielitos míos, mis pajaritos! ¿Qué os pasa? ¿Por qué lloran tanto, Mary Poppins? Han estado tan callados toda la tarde… no les he oído ni una sola vez. ¿Qué puede pasarles?

—Sí, señora. No, señora. Será que les están saliendo los dientes, señora —dijo Mary Poppins, evitando mirar hacia donde estaba el estornino.

—¡Ah, claro… eso debe de ser! —dijo más animada la señora Banks.

—No quiero tener dientes si van a hacer que me olvide de las cosas que más me gustan —gimió John, revolviéndose en la cuna.

—Yo tampoco —lloriqueó Barbara, escondiendo el rostro en la almohada.

—Cositas mías, mis cachorritos, ya veréis como todo se arregla cuando esos dientes malos salgan del todo —dijo en tono tranquilizador la señora Banks, mientras iba de una cuna a otra.

—¡No te enteras de nada! —rugía John furioso—. No quiero tener dientes.

—¡Nada se va a arreglar, se va a estropear del todo! —le gimió Barbara a su almohada.

—Sí, sí. Vamos, vamos. Mamá lo sabe. Mamá lo comprende. Cuando salgan los dientes, todo se arreglará —canturreó con ternura la señora Banks.

Desde la ventana llegó un leve ruido. Era el estornino, que a duras penas había conseguido contener una risotada que estaba a punto de escapársele. Mary Poppins le fulminó con la mirada. Eso hizo que se calmara y, a partir de entonces, siguió observando la escena sin que en ningún momento asomara una sonrisa a su rostro.

La señora Banks iba de un bebé a otro, dándoles palmaditas y

susurrándoles unas palabras que pretendían ser tranquilizadoras. De pronto, John dejó de llorar. Era un niño muy bien educado que quería mucho a su madre y se acordó de que se merecía un respeto. Al fin y al cabo, la pobre mujer no tenía la culpa de estar siempre metiendo la pata. Lo que pasaba, reflexionó, era que no comprendía nada. De modo que, para demostrarle que la había perdonado, se volvió hacia ella y, tras sorberse las lágrimas con gesto doliente, se cogió el pie derecho con ambas manos y se lo pasó por la boca.

—Pero qué listo que es mi niño —dijo admirada su madre. John volvió a hacerlo otra vez y ella se quedó contentísima.

Entonces Barbara, para no ser menos en materia de buenos modales, salió de debajo de la almohada y, con las lágrimas todavía húmedas en las mejillas, se incorporó y se quitó los dos patucos a la vez.

—¡Esta niña es un portento! —dijo muy orgullosa la señora Banks, apresurándose a darle un beso—. ¿Has visto, Mary Poppins? Ya están buenos otra vez. Siempre consigo calmarles. Ya están buenos, ya están buenos, y los dientes pronto saldrán —dijo como si estuviera cantando una nana.

—Sí, señora —dijo tranquilamente Mary Poppins. La señora Banks dirigió una sonrisa a los dos gemelos y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

En cuanto se perdió de vista, el estornino soltó una carcajada la mar de grosera.

—¡Perdonad que me ría! —chilló—. Pero, de veras… no puedo evitarlo. ¡Qué espectáculo! ¡Qué espectáculo!

Pero John no le hizo ni caso. Encajó su cara entre las barras de la cuna y en voz muy baja, pero llena de furia, le dijo a Barbara:

—Yo no voy a ser como los demás. Te aseguro que no. Ya pueden decir ellos lo que quieran —añadió, señalando al estornino y a Mary Poppins con la cabeza—. ¡Yo nunca me olvidaré, nunca!

Mary Poppins se sonrió para sí. Era una sonrisa enigmática, de ésas que parecen decir: «yo sé muy bien lo que me digo».

—Ni yo tampoco —respondió Barbara—. Jamás.

—¡Por las plumas de mi cola… pero tú les oyes! —chilló el estornino, poniéndose las alas en jarras y aullando alborozado—. ¡Como si eso fuera posible! ¡Pero si en uno o dos meses, o tres como mucho, estos cucos atontados ni siquiera se acordarán de mi nombre! ¡Valientes cucos atontados y desplumados que están hechos! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —Y tras soltar aquel chorro de risas, desplegó sus alas moteadas y salió volando por la ventana.

Algún tiempo después, los dientes, como suele ocurrir siempre y no sin antes haber dado mucho la lata, terminaron por salir, y los gemelos celebraron su primer cumpleaños.

Al día siguiente de que se celebrara la fiesta de cumpleaños, el estornino, que había estado de vacaciones en Bournemouth, regresó al número diecisiete de la calle del Cerezo.

—¡Hola, hola, hola! ¡Aquí estamos de nuevo! —chilló alegremente, mientras se posaba con un ligero bamboleo en el alféizar de la ventana—. ¿Bueno, cómo está mi chica favorita? —le preguntó con descaro a Mary Poppins, ladeando su cabecita y dirigiéndole una mirada guasona y chispeante.

—Te puedo asegurar que no mucho mejor por el hecho de que tú me lo preguntes —dijo Mary Poppins, sacudiendo hacia atrás la cabeza.

El estornino se rio.

—¡Siempre igual esta Mary P.! ¡No hay quien te cambie! ¿Cómo están los otros… mis cucos? —preguntó, buscando con la vista la cuna de Barbara.

—Bueno, Barbarina —empezó a decir, poniendo su voz más suave y melosa—, ¿qué tenemos hoy para tu viejo amigo?

—¡Gu-gu-gu-gu! —dijo Barbara, canturreando dulcemente y sin dejar de comer su galleta de arruruz.

El estornino dio un respingo y, avanzando a saltitos, se acercó un poco más a ella.

—Decía, querida Barbara —repitió con mayor claridad—, que si tienes hoy algo para este viejo amigo.

—¡Ba-lu-ba-lu-ba-lu! —murmuró Barbara, mirando al techo mientras se comía el último trocito de galleta.

El estornino la miró fijamente.

—¡Ajá! —exclamó. Y dándose la vuelta, dirigió una mirada interrogante a Mary Poppins. Los ojos serenos de Mary Poppins le sostuvieron la mirada.

El estornino, con un rápido movimiento, salió volando hacia la cuna de John y se posó en el riel. John estaba abrazado a un enorme corderito de peluche.

—¿Cómo me llamo? ¿Cómo me llamo? ¿Cómo me llamo? —graznó ansiosamente el estornino.

—¡Grñññ! —soltó John, abriendo la boca y metiéndose dentro una de las patas del corderito.

El estornino se puso a sacudir la cabeza y, luego, se dio la vuelta y se alejó de allí.

—Así que ha sucedido —dijo en voz baja.

Mary Poppins asintió.

El estornino se quedó un rato mirando con cara de pena a los gemelos y, finalmente, encogió sus hombros moteados, y dijo:

—Bueno, al fin y al cabo, sabía que tenía que ocurrir. Yo ya se lo había dicho. Pero ellos no quisieron creerme.

Permaneció un rato en silencio mirando hacia las cunas y, de pronto, se sacudió todo el cuerpo con energía.

—En fin, ya va siendo hora de que me vaya. Volvemos a la chimenea. Seguro que le hace falta una buena limpieza. —Voló hasta el alféizar de la ventana y, una vez allí, se detuvo un momento y echó una mirada por encima del hombro—. La verdad es que me voy a sentir un poco raro sin ellos. Me agradaban mucho nuestras conversaciones. Los echaré de menos, sí señor.

Se pasó apresuradamente un ala por los ojos.

—¿Cómo, que lloras? —dijo burlona Mary Poppins. El estornino se irguió.

—¿Llorar yo? ¡Qué dices! Tengo, ejem, un pequeño constipado; lo cogí durante el viaje de vuelta, eso es todo. No es nada grave. —Salió disparado hacia el marco de la ventana, se atusó un poco las plumas del pecho con el pico y, tras decir «chao» con mucho desparpajo, desplegó sus alas y se fue…

## 10. Luna llena

Mary Poppins llevaba todo el día con prisas, y cuando Mary Poppins tenía prisa siempre estaba de mal humor.

Todo lo que hacía Jane estaba mal y todo lo que hacía Michael peor todavía. Incluso los gemelos se habían ganado una regañina.

Jane y Michael procuraron cruzarse con ella lo menos posible, pues sabían que había veces en que lo mejor era que Mary Poppins ni los viera ni los oyera.

—Ojalá fuéramos invisibles —dijo Michael, después de que Mary Poppins le soltara que el solo hecho de verle era más de lo que cualquier persona que se tuviera en cierta estima a sí misma sería capaz de soportar.

—Lo seremos si nos escondemos detrás del sofá —dijo Jane—. Podemos ponernos a contar el dinero de nuestras huchas, a lo mejor se le pasa después de la cena.

Así que eso fue lo que hicieron.

—Seis monedas de seis peniques y cuatro peniques, eso hace diez peniques, más otro medio penique y una moneda de tres peniques —dijo Jane, contando rápidamente.

—Cuatro peniques, tres monedas de un cuarto y… y eso es todo —suspiró Michael, mientras hacía un montoncito con el dinero.

—Con eso habrá suficiente para el cepillo de la iglesia —dijo Mary Poppins, asomándose por encima del respaldo del sofá y soltando un resoplido.

—¡Ah, no! —dijo Michael en tono de reproche—. Es para mí. Estoy ahorrando.

—¡Bah, será para comprarte uno de esos aviones tuyos, seguro! —dijo Mary Poppins con desdén.

—No, es para un elefante; uno para mí solo, igual que Lizzie, el del zoo. Cuando lo tenga te llevaré a dar un paseo en él —dijo Michael, mirándola de soslayo para ver cómo se tomaba aquello.

—¡Valiente idea! —dijo Mary Poppins. Pero se dieron cuenta de que ya no estaba de tan malas pulgas como antes.

—Me pregunto qué pasará en el zoo de noche, cuando todo el mundo se va a su casa —dijo muy pensativo Michael.

—Por querer saber, la zorra perdió la cola —le respondió bruscamente Mary Poppins.

—Yo no he dicho que quiera saberlo, sólo que me lo estaba preguntando —la corrigió Michael—. ¿Acaso lo sabes tú? —le preguntó a Mary Poppins, que acababa de sacudir las migas del mantel en un tiempo récord.

—¡Una sola pregunta más y en un abrir y cerrar de ojos estás en la cama! —le dijo. Y, a continuación, se puso a limpiar la habitación a tal velocidad que, más que un ser humano, parecía un torbellino con cofia y delantal.

—No te molestes en hacerle preguntas. Lo sabe todo pero nunca cuenta nada —dijo Jane.

—¿Y de qué sirve saber cosas si no se las cuentas a nadie? —se quejó Michael, sin levantar la voz para que así Mary Poppins no le oyera.

Jane y Michael no recordaban ninguna noche en que les hubieran mandado

tan pronto a la cama. Mary Poppins apagó la luz cuando aún era muy temprano y se fue a toda prisa, como si tuviera a todos los vientos del mundo soplando a sus espaldas.

Pero no tenían la sensación de llevar ahí más que unos instantes, cuando de pronto oyeron a alguien que, en voz muy baja, susurraba desde la puerta:

—¡Jane, Michael, daos prisa! ¡Echaos algo por encima y venid corriendo!

Sorprendidos y asustados, saltaron de la cama.

—Vamos —dijo Jane—. Aquí está pasando algo. —Y se puso a rebuscar a oscuras entre la ropa.

—¡De prisa! —volvió a decir la voz.

—¡Ay, es que sólo encuentro mi sombrero de marinero y un par de guantes! —dijo Michael, que iba corriendo de un lado a otro de la habitación, abriendo todos los cajones y palpando los estantes.

—Con eso vale. Póntelos. No hace frío. Venga.

Jane, por su parte, sólo había encontrado un abriguito de John, pero metió los brazos en las mangas como pudo y se fue a abrir la puerta. Allí no había nadie, sin embargo les pareció oír un ruido que se alejaba rápidamente escaleras abajo. Jane y Michael lo siguieron. Fuera lo que fuera —o quien fuera— siempre lo tenían delante.

Aunque no podían verlo, estaban seguros de que algo que no dejaba de hacerles señas para que lo siguieran les estaba guiando. Pronto se encontraron en la calle, correteando con sus zapatillas, que producían un suave silbido al rozar contra el pavimento.

—¡Deprisa! —les apremió de nuevo la voz desde la siguiente esquina, pero cuando la doblaron, allí no había nadie. Se cogieron de la mano y se pusieron a correr como locos detrás de aquella voz: bajaron por calles y callejones, cruzaron arcos y atravesaron parques hasta que, jadeando y casi sin aliento, se detuvieron junto a un torniquete que había empotrado en un muro.

—¡Ya habéis llegado! —dijo la voz.

—Ya hemos llegado, ¿adonde? —le preguntó Michael. Pero no hubo respuesta. Jane le tiró del brazo y avanzó hacia el torniquete.

—¡Mira! —dijo—. ¿No ves dónde estamos? ¡Es el zoo!

Alumbrado por la luz de una espléndida luna llena, que resplandecía en el cielo, Michael examinó la reja de hierro y miró a través de las barras. ¡Era verdad! ¡Qué tonto había sido de no darse cuenta de que aquello era el zoo!

—¿Pero cómo vamos a entrar? —dijo—. No tenemos dinero.

—¡No hay problema! —afirmó una voz ronca y profunda—. Hoy es gratis para los visitantes especiales. ¡Empujad el torniquete, por favor!

Jane y Michael empujaron y, en menos de un segundo, se encontraban ya al otro lado del torniquete.

—Aquí tenéis vuestra entrada —dijo la voz ronca, y, al levantar la vista, resultó que pertenecía a un enorme oso pardo, que llevaba puesto un gabán con botones dorados y una gorra de visera. Con una de sus garras, les estaba tendiendo un par de entradas de color rosa.

—Pero si lo normal es que seamos nosotros los que tenemos que enseñar las entradas —dijo Jane.

—¡Lo normal, lo normal! Esta noche toca recibirlas —dijo el oso, sonriendo.

Michael, que había estado mirando atentamente al oso, le dijo:

—Oye, yo te conozco. ¿No te di una vez una lata de sirope?

—Así es —dijo el oso—. Pero te olvidaste de quitarle la tapa. ¿Sabes que me pasé diez días peleando con la dichosa tapa? ¡A ver si la próxima vez haces mejor las cosas!

—¿Pero cómo es que no estás en tu jaula? ¿Es que de noche salís? —quiso saber Michael.

—No, sólo cuando el cumpleaños cae en un día de luna llena. Pero os ruego que me disculpéis, tengo que ocuparme de la entrada. —El oso se dio la vuelta e hizo girar la manivela del torniquete.

Jane y Michael, con las entradas bien visibles en la mano, se adentraron en el zoo. A la luz de la luna llena, podían distinguir cada árbol, cada flor y cada arbusto y, con idéntica nitidez, veían también los distintos pabellones y jaulas.

—Hay que ver lo animado que está esto —comentó Michael.

Y vaya si lo estaba. Por todos los caminos había animales que corrían de acá para allá, unas veces acompañados de pájaros y otras solos. Por delante de ellos pasaron dos lobos en animada charla con una cigüeña muy espigada que, con movimientos delicados y elegantes, caminaba de puntillas entre ambos. Al pasar por su lado, Jane y Michael pudieron oír claramente que pronunciaban las palabras «cumpleaños» y «luna llena».

A lo lejos, tres camellos paseaban uno al lado del otro y, a no mucha distancia de ellos, un castor y un buitre americano parecían estar completamente enfrascados en una conversación. Los chicos tenían la impresión de que todos hablaban de lo mismo.

—¿De quién será el cumpleaños? —dijo Michael, pero Jane se había adelantado unos pasos, porque había visto algo que le había chocado muchísimo.

Junto a la caseta del elefante, un señor viejo, muy grande y muy gordo, marchaba de un lado para otro a cuatro patas, cargando a sus espaldas dos filas de asientos paralelos en las que iban sentados ocho monos, a los que, aparentemente, estaba dando un paseo.

—¡Caray, todo está al revés! —exclamó Jane.

Al pasar delante de ella, el señor viejo le lanzó una mirada furibunda.

—¿Al revés? —bramó—. ¿Yo, al revés? ¡Ni mucho menos! ¡Qué ultraje! —Los ocho monos se rieron con descaro.

—Oh, perdone… no me refería a usted en concreto, sino a todo en general —le explicó Jane, corriendo detrás de él para disculparse—. Verá, como los días normales son los animales los que llevan a los seres humanos y hoy resulta que hay un ser humano llevando animales… Eso es lo que yo quería decir.

Pero el anciano caballero, sin dejar de arrastrarse por el suelo y de jadear, seguía insistiendo en que le habían insultado y, finalmente, se alejó a toda prisa, con los monos aullando sobre su espalda.

Jane se dio cuenta de que era inútil seguirle y, cogiendo de la mano a Michael, prosiguió la marcha. De pronto, se llevaron un buen susto, porque una voz, que parecía salir casi de debajo de sus pies, se dirigió a ellos, diciéndoles:

—¡Eh, vosotros dos, venid para acá! Venga, meteos aquí. Quiero ver cómo os sumergís para buscar un trozo de cáscara de naranja que maldita la gracia que os hace.

Era una voz enojada y resentida. Cuando miraron hacia abajo descubrieron que pertenecía a una pequeña foca negra que les miraba desafiante desde un estanque iluminado por el claro de luna.

—¡Venga, a qué esperáis! ¡A ver si os parece divertido! —dijo.

—¡Pero… pero es que… no sabemos nadar! —dijo Michael.

—¡Ése no es mi problema! —dijo la foca—. Haberlo pensado antes. Nadie se ha molestado nunca en preguntarme a mí si yo sabía nadar. ¿Eh, cómo? ¿Qué me dices?

La última pregunta iba dirigida a otra foca, que acababa de emerger del agua y le estaba susurrando algo al oído.

—¿Quiénes? —dijo la primera foca—. ¡Habla un poco más alto!

La otra foca volvió a susurrarle algo. Jane alcanzó a oír las palabras «visitantes especiales, amigos de…», pero eso fue todo. La primera foca parecía un tanto decepcionada, sin embargo, con un tono bastante amable, se dirigió a Jane y a Michael, y les dijo:

—Lo siento. Encantado de conoceros. Lo siento de verdad.

Y, alargando hacia ellos una de sus aletas, les dio un lánguido apretón de manos.

—¡A ver si miras por dónde vas! —gritó la foca a algo que acababa de tropezarse con Jane. Ésta se dio rápidamente la vuelta y, del susto que se llevó, pegó un pequeño bote, pues se había topado cara a cara con un enorme león. Al verla, los ojos del león centellearon.

—¡Oh, caramba…! —empezó a decir—. ¡No sabía que eras tú! Esta noche esto está hasta los topes, y como tengo que ir corriendo a todas partes para asegurarme de que se está alimentando a los humanos, pues no miré por donde iba. ¿Vienes? No deberías perdértelo.

—Querrías guiarnos —dijo amablemente Jane. Seguía sin tenerlas todas consigo con respecto al león, aunque la verdad es que parecía bastante simpático. Y al fin y al cabo, pensó, esta noche todo está patas arriba.

—Encantaaaaado —dijo el león con voz un tanto afectada, mientras le ofrecía el brazo. Jane lo aceptó pero, para sentirse más segura, se agarró con el otro brazo a Michael. Era un niño gordito y robusto y, a la postre, pensó, un león siempre es un león.

—¿Verdad que mi melena está hecha un primor? —preguntó el león cuando se pusieron en marcha—. Me la he rizado especialmente para la ocasión.

Jane la echó un vistazo. En efecto, se la había suavizado con mucho esmero y se había hecho tirabuzones.

—Pues sí —dijo—. Pero ¿no es un poco raro que un león se preocupe por este tipo de cosas? Yo creía que…

—¡Qué dices! Mi querida señorita, como sin duda sabes, el león es el rey de la selva. Hay que hacer honor al cargo. Yo, particularmente, no lo olvido nunca. Estoy convencido de que un león, siempre tiene que estar de punta en blanco, esté donde esté. Venid, es por aquí.

Y haciendo un elegante movimiento con una de sus patas delanteras, señaló hacia la Casa de los grandes felinos y les invitó a pasar.

Lo que vieron entonces hizo que a Jane y a Michael se les cortara la

respiración. La gran sala estaba atiborrada de animales. Algunos se apoyaban sobre la larga barra que les separaba de las jaulas, mientras otros estaban de pie sobre los asientos que se escalonaban al lado contrario. Había panteras y leopardos; lobos, tigres y antílopes; monos y erizos; wombats, cabras monteses y jirafas; y, además, un enorme grupo todo él formado por gaviotas y buitres.

—¿Verdad que es magnífico? —dijo orgulloso el león—. Igual que en la selva en los viejos tiempos. Pero seguidme, tenemos que encontrar un buen sitio.

Y al grito de «¡abran paso, abran paso!», avanzó entre la multitud, tirando de Jane y de Michael. Al poco tiempo, a través de un pequeño claro que se abría entre la muchedumbre, consiguieron echarle un ojo a las jaulas.

—Pero… ¡si están llenas de personas! —dijo Michael, abriendo una boca enorme.

Y así era.

En una de las jaulas, dos caballeros maduros, con sombrero de copa y pantalones a rayas, subían y bajaban encaramados a las rejas, mirando ansiosos a través de ellas como si estuvieran esperando algo.

Niños de todas las formas y tamaños, desde bebés vestidos con largos faldones hasta otros bastante más mayores, andaban todos revueltos en otra de las jaulas. Los animales, desde fuera, parecían prestarles especial atención, y alguno de ellos trataba de arrancarles a los bebés una sonrisa, lanzando sus garras y sus colas a través de los barrotes. Una jirafa, alargando su enorme cuello sobre las cabezas del resto de los animales, lo metió dentro y dejó que un niño pequeño con traje de marinerito le hiciera cosquillas en el hocico.

La tercera jaula tenía presas a tres señoras viejas, vestidas con impermeables y chanclos de goma. Una de ellas hacía punto, pero las otras dos estaban junto a los barrotes, pegándoles gritos a los animales y blandiendo sus paraguas.

—¡Brutos asquerosos! ¡Largo de aquí! ¡Que me traigan el té! —gritaba una de ellas.

—¿Verdad que es graciosa? —decían varios animales que, acto seguido, se partían de risa.

—¡Mira… Jane! —dijo Michael, señalando la jaula que había al final de la hilera—. ¿No es…?

—¡El almirante Boom! —exclamó Jane, poniendo una cara de enorme sorpresa.

Y, en efecto, ahí estaba el mismísimo almirante Boom, corriendo de un lado a otro de la jaula hecho un basilisco, mientras tosía, se sonaba la nariz y farfullaba lleno de rabia.

—¡Malditas sean mis mollejas! ¡Todas las manos a la bomba! ¡Tierra a la vista! ¡Virad a sotavento! ¡Malditas sean mis mollejas! —gritaba el almirante. Cada vez que se acercaba a los barrotes, un tigre le pinchaba un poco con un palo, y eso hacía que el almirante se pusiera a soltar maldiciones a diestro y siniestro.

—¿Pero cómo es que todos han ido a parar ahí? —le preguntó Jane al león.

—Se han perdido —dijo el león—. O, para ser más exactos, se han quedado rezagados. Son los que se entretuvieron demasiado y se quedaron dentro cuando cerraron las puertas. En algún sitio teníamos que meterlos, así es que los hemos puesto en las jaulas. Ése de ahí es muy peligroso. ¡Hace un rato casi se carga a su guardián! —dijo, señalando al almirante Boom.

—¡Apártense, por favor, apártense! ¡No se apelotonen! ¡Dejen pasar, por favor! —Jane y Michael oyeron varias voces que gritaban esas frases en voz muy alta.

—¡Ah, ya vienen a darles de comer! Son los guardianes —dijo muy animado el león, mientras se abría paso hacia delante entre la multitud.

Cuatro osos pardos, todos ellos con su correspondiente gorra de visera, avanzaban empujando unos carritos con comida por el estrecho pasillo que separaba a los animales de las jaulas.

—¡Échense para atrás! —decían cada vez que un animal se interponía en su camino. Abrieron luego unas trampillas que había en las jaulas e introdujeron por ellas la comida, pinchada en unos tridentes.

A través de un hueco que se abría entre una pantera y un dingo, Jane y Michael podían ver perfectamente todo lo que sucedía. A los bebés les lanzaban botellas de leche, y éstos trataban de atraparlas con sus débiles manitas y, cuando lo conseguían, se aferraban a ellas con gula. Los niños más mayores arrancaban bizcochos y donuts de los tridentes y se los comían con voracidad. Fuentes repletas de finas tostadas con mantequilla iban a parar a las señoras de los chanclos, mientras que los caballeros de los sombreros de copa recibían costillas de cordero y natillas servidas en copas. Estos últimos, cuando les llegaba la comida, se apartaban a una esquina y, extendiendo los pañuelos sobre los pantalones a rayas, se ponían a comer.

Al cabo de un rato, cuando los guardianes aún seguían recorriendo la fila de jaulas, se oyó un griterío tremendo.

—¡Por mis tripas! ¿A esto le llaman una comida? ¡Una mísera ración de

redondo de ternera y un par de coles! ¿Dónde está el pudín de Yorkshire? ¡Esto es indignante! ¡Levad anclas! ¿Y qué hay de mi copita de oporto? ¡Oporto he dicho! ¡Soltad amarras! ¡Ah de las bodegas! ¿Dónde habéis metido el oporto del almirante?

—¿Le oís? Se está poniendo desagradable. Ya os he dicho que hay que tener cuidado con ése —dijo el león.

A Jane y a Michael no les hizo falta que les dijera a quién se refería. Conocían de sobra lo malhablado que era el almirante.

—Bueno, parece que la cosa ya se ha acabado —dijo el león, cuando amainó un poco el vocerío que había en el recinto—. Me disculparéis, pero tengo que irme. Espero veros después en la Gran Cadena. Ya os buscaré allí —y tras conducirlos a la salida, se alejó sigilosamente, ondeando su melena rizada y con su cuerpo dorado veteado de sombras y de luz de luna.

—Espera, por favor… —le llamó Jane, pero ya estaba demasiado lejos para oírla.

—Quería preguntarle si al final les dejarían salir. ¡Pobre gente! Podían haber sido John y Barbara… o nosotros mismos. —Jane se volvió hacia donde estaba Michael, pero ya no se encontraba a su lado. Se había ido por una de las sendas. Jane salió corriendo detrás de él y, finalmente, lo halló parado en medio del camino, hablando con un pingüino que llevaba un gran cuaderno bajo un ala y un lápiz enorme bajo la otra. Al acercarse al pingüino, vio que estaba mordisqueando uno de los extremos del lápiz con expresión pensativa.

—No se me ocurre nada —oyó que decía Michael, en lo que parecía la respuesta a alguna pregunta.

El pingüino se volvió hacia Jane.

—A lo mejor a ti se te ocurre algo. ¿Sabes alguna palabra que rime con un verso que dice: «oh, Mary, querida»? No puedo usar «cariacontecida» porque ya se ha utilizado antes, y hay que ser original. Si me vais a decir «cohibida» mejor que ni os molestéis. Ya se me había ocurrido a mí, pero como no tiene nada que ver con ella, no me sirve.

—«Insecticida» —dijo Michael con entusiasmo.

—Hum… no es lo bastante poético —comentó el pingüino.

—¿Qué tal te parece «aguerrida»? —dijo Jane.

—Bueno… —El pingüino parecía estar pensándoselo—. Tampoco es gran cosa, la verdad —dijo con tristeza—. Me temo que voy a tener que darme por vencido. Veréis, estaba intentando escribir un poema para el cumpleaños. Pensé que sería tan bonito si lo empezaba diciendo:

Oh, Mary, querida.

pero después me he atascado. Es un verdadero fastidio. Todo el mundo espera que, siendo yo un pingüino, componga algo muy erudito, y no quisiera decepcionarles. Pero, bueno, no me entretengáis más, que voy a seguir intentándolo —y, dicho eso, se marchó apresuradamente, doblado sobre su cuaderno y sin dejar de morder el lápiz.

—Estoy hecha un lío —dijo Jane—. ¿De quién será el cumpleaños ese?

—A ver, vosotros dos, venid para acá. Supongo que, como todos los demás, querréis presentarle vuestros respetos, por eso del cumpleaños y tal —dijo una voz a sus espaldas. Cuando se dieron la vuelta, resultó que era el oso pardo que les había dado las entradas en la puerta.

—¡Por supuesto que sí! —dijo Jane, pensando que ésa era la respuesta más segura, pero sin tener ni la más remota idea de a quién tenían que presentarle sus respetos.

El oso pardo rodeó a cada uno de ellos con un brazo y los condujo por el camino. Mientras caminaban junto a él, sentían el tacto cálido y suave de su piel al rozar sus cuerpos y, cuando hablaba, oían cómo le retumbaba la voz en el estómago.

—¡Ya hemos llegado, ya hemos llegado! —dijo el oso pardo, deteniéndose delante de una casita cuyas ventanas estaban tan bien iluminadas que, de no haber sido una noche de luna llena, cualquiera habría pensado que lucía el sol. El oso abrió la puerta y, con mucha delicadeza, los empujó hacia dentro.

En un primer momento la luz les cegó, pero sus ojos no tardaron en acostumbrarse a ella y, entonces, se dieron cuenta de que estaban en la Casa de las serpientes. Todas las jaulas se encontraban abiertas y las serpientes estaban fuera; algunas se enroscaban perezosamente hasta formar grandes lazos con escamas, mientras otras se deslizaban suavemente por el suelo. Y en medio de todas las serpientes, sentada en un tronco, que sin duda provenía de una de las jaulas, estaba Mary Poppins. Jane y Michael no daban crédito a lo que veían sus ojos.

—Un par de invitados al cumpleaños, señora —anunció en tono respetuoso el oso pardo. Las cabezas de las serpientes se volvieron con curiosidad hacia los niños. Pero Mary Poppins ni se movió, aunque algo sí que dijo.

—¿Se puede saber dónde has dejado tu abrigo? —inquirió con voz enfadada, mirando a Michael, pero sin dar ni la más mínima muestra de estar sorprendida—. ¿Y tu sombrero y tus guantes? —soltó luego, volviéndose hacia Jane.

Pero antes de que a ninguno de los dos les diera tiempo a responder, se

produjo una gran agitación en la Casa de las serpientes.

—¡Chss! ¡Chss!

Emitiendo un suave sonido sibilante, las serpientes se estaban levantando sobre uno de sus extremos y se inclinaban ante algo que parecía hallarse detrás de Jane y de Michael. El oso pardo se quitó su gorra de visera. Y, lentamente, la propia Mary Poppins también se levantó.

—¡Mi querida niña! ¡Mi queridísima niña! —siseó una vocecilla muy suave. De la mayor de todas las jaulas fue saliendo con un leve movimiento cimbreante una cobra real. Trazando gráciles curvas, se deslizó por delante del oso pardo y de las demás serpientes, que se iban inclinando a su paso, y se dirigió hacia donde estaba Mary Poppins. Cuando llegó a su altura, alzó la mitad de su largo cuerpo dorado y, echando hacia arriba su escamosa y dorada capucha, la besó con mucha delicadeza, primero en una mejilla y luego en la otra.

—¡Vaya! —siseó con suavidad—. ¡Qué alegría, qué gran alegría! Hay que ver la de tiempo que hacía que tu cumpleaños no caía en luna llena. —La serpiente volvió la cabeza—. ¡Sentaos, amigas! —les dijo a las demás serpientes, acompañando sus palabras con una grácil inclinación de cabeza. Todas las serpientes volvieron a deslizarse hasta el suelo, se enroscaron y se quedaron mirando fijamente a Mary Poppins y a la cobra real.

Entonces, la cobra real se volvió hacia los niños, que no pudieron reprimir un escalofrío al comprobar que tenía el rostro más pequeño y arrugado que jamás habían visto. Dieron un paso adelante, pues aquellos ojos, extraños y profundos, parecían atraerlos como un imán. Eran unos ojos muy estrechos y alargados, de mirada oscura y somnolienta. Sin embargo, en el mismo centro de aquellos ojos adormecidos, brillaba una luz muy viva que resplandecía como una joya.

—¿Se puede saber quiénes son estos dos? —dijo con su voz suave y terrible, mientras dirigía a los niños una mirada inquisitiva.

—La señorita Jane Banks y el señorito Michael Banks, a su servicio —dijo el oso pardo con brusquedad, como si estuviera un poco asustado—. Son amigos de… ella.

—¡Ah, que son amigos de ella! En tal caso, bienvenidos sean. Haced el favor de sentaros.

Jane y Michael, que tenían la sensación de hallarse en presencia de una reina —algo que no habían sentido en ningún momento cuando estuvieron con el león—, consiguieron con gran esfuerzo retirar sus ojos de aquella mirada hipnótica y echaron un vistazo a su alrededor, buscando algo en lo que

sentarse. Fue el propio oso pardo quien se encargó de proporcionárselo, poniéndose en cuclillas y ofreciéndoles sus peludas rodillas para que se sentaran en ellas.

Jane dijo en un susurro:

—Habla como si fuera una gran señora.

—Y lo es. Es la gran señora de nuestro mundo. El ser más sabio y terrible de todos nosotros —dijo en voz baja el oso pardo con gran fervor.

La cobra real esbozó una sonrisa —una sonrisa prolongada, lenta y enigmática— y se volvió hacia Mary Poppins.

—Prima… —empezó a decir con un suave siseo.

—¿De verdad que es su prima? —susurró Michael.

—Prima segunda… por parte de madre —le respondió el oso pardo, cubriéndose la boca con una de las garras para susurrarle la información—. Ahora, silencio, que le va a dar el regalo de cumpleaños.

—Prima —repitió la cobra real—, hace mucho que tu cumpleaños no caía en luna llena y hace mucho que no podíamos celebrar el acontecimiento como lo estamos haciendo esta noche. Debido a ello, he podido dedicar cierto tiempo a pensar en la cuestión de tu regalo. Y he decidido que lo mejor que puedo darte es… —hizo entonces una pausa y, en toda la Casa de las serpientes, sólo se oyó el sonido de todos los animales allí presentes conteniendo el aliento— …una de mis propias pieles.

—Querida prima, eres demasiado generosa… —empezó a decir Mary Poppins, pero la cobra real echó hacia arriba su capucha, pidiendo silencio.

—En absoluto, en absoluto. Ya sabes que de vez en cuando cambio de piel y que una más o una menos no significa gran cosa para mí. ¿Acaso no soy…? —hizo una pausa y miró a su alrededor.

—La reina de la jungla —sisearon todas las serpientes al unísono, como si la pregunta y la respuesta formaran parte de un ritual bien conocido por todas.

La cobra real hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Lo que es bueno para mí también lo será para ti. No es más que un pequeño detalle, Mary, pero puede servirte para hacerte un bolso, un par de zapatos, o incluso una cinta de sombrero; siempre viene bien tener una de esas cosas, ¿no crees?

Y dicho eso, empezó a cimbrearse suavemente de uno a otro lado. Mientras la observaban, Jane y Michael tenían la impresión de que pequeñas olas subían y bajaban desde la cabeza hasta la cola de la serpiente. De pronto, pegó un

salto, se retorció como si fuera un sacacorchos y, acto seguido, su piel dorada cayó al suelo, dejando al descubierto sobre su cuerpo una nueva camisa de un brillante color plateado.

—Espera —le dijo la cobra real a Mary Poppins, cuando ésta se agachó para recoger la piel—, te voy a escribir en ella una felicitación. —Pasó rápidamente su cola por la piel de la que se acababa de desprender y, luego, dobló con gran habilidad aquella vaina dorada hasta formar un círculo. Metió por él la cabeza, se lo puso como si fuera una corona y se lo ofreció gentilmente a Mary Poppins, que lo cogió haciendo una reverencia.

—No sé cómo agradecértelo… —empezó a decir, pero no pudo continuar. Era evidente que estaba encantada con su regalo, pues no dejaba de pasar una y otra vez la mano por la piel mientras la contemplaba admirada.

—Ni te molestes —dijo la cobra real—. ¡Chis! —prosiguió la cobra, mientras desplegaba su capucha como si estuviera escuchando algo a través de ella—. ¿No es eso que oigo la señal para la Gran Cadena?

Todo el mundo se puso a escuchar. A lo lejos se oía una campana y también una voz áspera y profunda, que se iba acercando mientras gritaba:

—¡La Gran Cadena! ¡La Gran Cadena! ¡Que todo el mundo vaya yendo hacia el centro para la Gran Cadena y el final de fiesta! ¡Vamos, vamos! ¡Preparaos para la Gran Cadena!

—Justo lo que yo creía —dijo la cobra real, sonriendo—. Tienes que irte, querida. Te esperan para que ocupes tu lugar en el centro. Nos veremos en tu próximo cumpleaños.

Y volvió a alzarse como había hecho antes y, con un ligero roce, besó a Mary Poppins en ambas mejillas.

—¡Venga, date prisa! —dijo la cobra real—. Yo atiendo a tus dos jóvenes amigos.

Jane y Michael sintieron cómo el oso pardo se movía debajo de ellos cuando se disponían a levantarse. También sintieron cómo las serpientes pasaban deslizándose y enroscándose por encima de sus pies mientras se apresuraban a abandonar la Casa de las serpientes. Mary Poppins se inclinó con mucha ceremonia ante la cobra real y, sin dirigir una mirada a los niños, salió corriendo en dirección a la enorme plaza de hierba que había en el centro del zoo.

—Puedes dejarnos ahora —le dijo la cobra real al oso pardo, que, tras inclinarse humildemente, salió pitando con la gorra en la mano hacia el lugar donde todos los demás animales se estaban ya congregando alrededor de Mary Poppins.

—Haced el favor de acompañarme —les dijo amablemente la cobra real. Y sin esperar su respuesta, se deslizó entre ellos y, con un movimiento de su capucha, les indicó que caminaran uno a cada lado de ella—. Ya ha empezado —dijo con un siseo de placer.

El griterío que llegaba desde la plaza permitió a los niños adivinar que se refería a la Gran Cadena. A medida que se iban aproximando se oían los cánticos y los gritos de los animales. Y bien pronto empezaron a verlos; había ahí leopardos y leones; castores, y camellos; osos, grullas, antílopes y muchos otros animales, que formaban un gran corro en torno a Mary Poppins. Los animales empezaron a moverse, entonando desaforadamente los cánticos de la selva, mientras entraban y salían del corro para hacer cabriolas y se daban unos a otros brazos o alas, como hacen los bailarines de la gran cadena del baile de los lanceros.

Una vocecilla aflautada se alzaba por encima de las demás:

¡Oh, Mary, querida,

eres mi chica favorita,

mi favorita-a-a!

Se trataba del pingüino, que se acercaba a ellos bailando, batiendo sus alitas y cantando a voz en grito. Al verlos, se inclinó ante la cobra real, y les gritó:

—Lo conseguí, ¿me habéis oído cantarla? No es perfecta, lo sé. «Favorita» no rima del todo con «querida». ¡Pero funciona, funciona! —Y, dando un brinco, le ofreció su ala a un leopardo.

Jane y Michael contemplaron la danza, mientras la cobra real permanecía inmóvil y enigmática entre los dos. Al pasar bailando por delante de ellos su amigo el león, que acababa de ofrecer su garra a un faisán del Brasil, Jane, aunque un tanto cohibida, trató de expresar con palabras sus sentimientos.

—Pensaba, señora… —comenzó a decir, pero se detuvo, porque se sentía algo confusa y no estaba segura de si debía decir o no lo que pensaba.

—¡Habla, pequeña! —dijo la cobra real—. ¿Qué es lo que piensas?

—Bueno… que los leones y los pájaros, y los tigres y los animales pequeños…

La cobra real le ayudó:

—Pensabas que son enemigos por naturaleza, que un león no puede estar con un pájaro sin que le entren ganas de comérselo, ni un tigre con una liebre, ¿no es así?

Jane se sonrojó y asintió con la cabeza.

Formaban un gran corro en torno a Mary Poppins.

—¡Ah, puede que tengas razón! Sí, es posible. Pero no en el día del cumpleaños —dijo la cobra real—. Esta noche los más pequeños nada tienen que temer de los más grandes, pues, de hecho, los más grandes protegen a los más pequeños. Incluso yo… —añadió, haciendo una pausa como si meditara profundamente lo que estaba diciendo—, incluso yo puedo estar al lado de una barnacla sin que me venga a la mente la idea de la cena… o, al menos, no en ese momento. Al fin y al cabo —prosiguió, metiendo y sacando su terrible lengua bífida mientras hablaba—, puede que en última instancia comer y ser comido vengan a ser la misma cosa. Mi sabiduría me dice que seguramente es así. Todos estamos hechos de la misma materia, no lo olvidéis, tanto nosotros los de la selva como vosotros los de la ciudad. La misma sustancia está presente en todo: en los árboles que se yerguen sobre nosotros y en las piedras que pisamos, en las aves, en las bestias, en las estrellas; todos somos uno, todos nos movemos hacia un mismo fin. Acuérdate de eso, pequeña, cuando ya te hayas olvidado de mí.

—Pero ¿cómo puede un árbol ser lo mismo que una piedra? Un pájaro no puede ser como yo. Ni un tigre como Jane —dijo Michael con rotundidad.

—¿Crees que no? —dijo la voz sibilante de la cobra real—. ¡Mira! —e hizo un gesto con la cabeza en dirección a la masa de animales que tenían delante de ellos.

Las aves y todos los demás animales oscilaban apiñados en torno a Mary Poppins, que se mecía suavemente de uno a otro lado. La muchedumbre oscilaba hacia delante y hacia atrás, todos al mismo ritmo, con un movimiento similar al del péndulo de un reloj. Hasta los árboles se inclinaban y se alzaban levemente, mientras que arriba en el cielo, la luna parecía mecerse como un barco sobre la superficie del mar.

—Aves y bestias, piedras y estrellas; todos somos uno, todos somos uno —murmuraba la cobra real, que también había empezado a mecerse entre los dos niños—. Niño y serpiente, piedra y estrella: todos uno.

La voz sibilante se fue haciendo más tenue. Los gritos de los animales en movimiento amainaron y se volvieron mucho más débiles. Jane y Michael, mientras escuchaban, sintieron que también ellos empezaban a mecerse suavemente, o quizá fuera que alguien les estaba meciendo…

Una luz suave y tamizada iluminaba sus rostros.

—Dormidos los dos, y soñando —susurró una voz. ¿Era la voz de la cobra real, o la voz de su madre cuando los arropaba durante la visita que hacía todas

las noches a su habitación?

—¡Ah, bien! —¿De quién era aquella voz áspera, del oso pardo o del señor Banks?

Jane y Michael, mecidos y balanceados, no lo sabían… no lo sabían…

—He tenido un sueño más raro esta noche —dijo Jane durante el desayuno, mientras espolvoreaba azúcar en su papilla de copos de avena—… Soñé que estábamos en el zoo y que era el cumpleaños de Mary Poppins y que, en las jaulas, en vez de animales había personas, y que todos los animales estaban fuera…

—¡Pero qué dices, ése es mi sueño, yo he soñado lo mismo! —dijo sorprendido Michael.

—No podemos haber soñado la misma cosa —dijo Jane—. ¿Estás seguro? ¿Te acuerdas del león que se había rizado la melena y de la foca que quería que…?

—¿Que nos zambulléramos para coger una cáscara de naranja? —dijo Michael—. ¡Pues claro que sí! Y de los bebés que había dentro de una jaula, y del pingüino que no conseguía encontrar una rima, y de la cobra real…

—Entonces es que no ha sido un sueño —dijo enfáticamente Jane—. Tiene que haber sido real. Y si lo es… —añadió, lanzando una mirada interrogante a Mary Poppins, que en ese momento estaba calentando la leche—. Oye, Mary Poppins, ¿podemos haber tenido Michael y yo el mismo sueño?

—¡No me vengáis con sueños! —dijo Mary Poppins, dando un resoplido —. Si no os coméis enseguida los copos de avena, os quedáis sin tostadas con mantequilla.

Pero Jane no estaba dispuesta a rendirse así como así. Tenía que saber qué había pasado.

—Mary Poppins, ¿estuviste ayer por la noche en el zoo? —le dijo, poniendo una cara muy seria.

—¿En el zoo? ¿En plena noche? ¿Yo? ¿Una persona tranquila y ordenada que sabe perfectamente que a quien madruga Dios le ayuda?

—¿Pero estuviste, o no? —insistió Jane.

—Ah, no muchas gracias, con unas hienas y unos orangutanes como vosotros ya tengo zoo de sobra —dijo Mary Poppins con suficiencia—. Sentaos bien y basta ya de tonterías.

Jane se sirvió la leche.

—Entonces tiene que haber sido un sueño —dijo.

Pero Michael estaba observando boquiabierto a Mary Poppins, que acababa de ponerse a preparar las tostadas en el fuego.

—¡Jane! —dijo con un susurro muy agudo—. ¡Jane, mira! —Y señaló con el dedo. Entonces, también Jane lo vio.

Ceñido a la cintura, Mary Poppins llevaba un cinturón dorado y escamoso hecho de piel de serpiente, y escrito en él, con la sinuosa caligrafía de las serpientes, ponía:

Para Mary Poppins, del zoo.

## 11. Las compras de Navidades

—Ya huelo la nieve —dijo Jane, en cuanto bajaron del autobús.

—Pues yo huelo a árboles de Navidad —dijo Michael.

—Y yo a fritura de pescado —dijo Mary Poppins.

Luego, ya no hubo tiempo de oler nada más, pues el autobús les había dejado delante de la tienda más grande del mundo y estaban allí para hacer las compras de Navidad.

—¿Podemos mirar antes el escaparate? —dijo Michael, que estaba tan nervioso que se había puesto a pegar brincos sobre un solo pie.

—Como queráis —dijo Mary Poppins con sorprendente afabilidad. Aunque, a decir verdad, Jane y Michael no estaban realmente sorprendidos, pues sabían muy bien que la cosa que a Mary Poppins más le gustaba del mundo era mirarse en los escaparates. También sabían que mientras ellos veían juguetes, libros, ramas de acebo y plumcakes, Mary Poppins sólo estaría mirándose a sí misma reflejada en el cristal.

—¡Mira, aviones! —dijo Michael, deteniéndose delante de un escaparate donde varios aviones de juguete daban pasadas a toda velocidad, sostenidos por unos alambres.

—¡Y mira ahí! —dijo Jane—. ¡Dos bebés negros pequeñitos en una sola cuna! ¿De qué crees que son, de chocolate o de porcelana?

—¡Mira qué cosa! —se dijo Mary Poppins a sí misma, fijándose especialmente en lo bien que le quedaban los guantes nuevos con sus remates de piel. Eran los primeros que tenía y pensó que nunca se iba a cansar de mirarse en los escaparates con ellos puestos. Y, tras haber examinado el reflejo de los guantes, pasó a recorrer minuciosamente toda su persona —abrigo,

sombrero, bufanda, zapatos y a sí misma metida dentro de todo ello— y llegó a la conclusión de que, en conjunto, nunca había visto a nadie que tuviera un aspecto tan elegante y distinguido.

Pero las tardes de invierno —bien lo sabía ella— eran cortas, y tenían que estar de vuelta para la hora de la merienda. Así que, exhalando un suspiro, se arrancó de la contemplación de su magnífico reflejo.

—Vamos a entrar ya —dijo Mary Poppins, aunque luego, para gran fastidio de los niños, se entretuvo un buen rato en el mostrador de artículos de mercería eligiendo un carrete de hilo negro.

—La sección de los juguetes está por ahí —le recordó Michael.

—Ya lo sé. Y haz el favor de no señalar —le recriminó, y después se puso a pagar con una lentitud exasperante.

En cualquier caso, finalmente se encontraron junto a Papá Noel, que se las vio y se las deseó para ayudarles a elegir los regalos.

—Esto es perfecto para papá —dijo Michael, eligiendo un tren mecánico con un juego de señales especiales—. Yo se lo cuidaré mientras él esté en la City.

—Me parece que yo voy a coger esto para mamá —dijo Jane, empujando un cochecito con una pequeña muñeca, convencida de que eso era lo que su madre siempre había querido tener—. A lo mejor me deja jugar con él de vez en cuando.

A continuación, Michael eligió un paquete de horquillas para los gemelos, un mecano para su madre, un escarabajo mecánico para Robertson Ay, un par de gafas para Ellen —que gozaba de una vista excelente— y para la señora Brill —que siempre iba en zapatillas— unos cordones de botas.

Jane, tras estar dudando un poco, decidió finalmente que una pajarita blanca sería el regalo perfecto para el señor Banks y, en cuanto a los gemelos, optó por comprarles Robinson Crusoe para que lo leyeran cuando fueran mayores.

—Mientras sean pequeños lo puedo leer yo —dijo—. Seguro que no les importa prestármelo.

Mary Poppins se enzarzó luego en una agria discusión con Papá Noel a causa de una pastilla de jabón.

—¿Por qué no prueba la marca «Guindola»? —dijo Papá Noel, tratando de serle de ayuda, mientras miraba aprensivamente a Mary Poppins, que se estaba mostrando bastante irascible.

—Prefiero «Vinolia» —dijo con suficiencia, y ésa fue la marca que

compró—. ¡Caray, qué bien me vendría ahora aunque fuera media tacita de té! —dijo mientras se alisaba la piel del guante derecho.

—¿Y por qué no un cuarto de tacita? —preguntó Michael.

—¿Quién te ha dicho a ti que te hagas el gracioso? —dijo Mary Poppins, poniendo una voz que hizo que Michael se diera perfecta cuenta de que, en efecto, nadie se lo había dicho—. Además, es hora de irse a casa.

Ya estaba, había dicho justo las palabras que ellos menos querían oír. Eso era típico de Mary Poppins.

—Cinco minutos más —le suplicó Jane.

—¡Venga, Mary Poppins! ¡Con lo guapa que estás hoy con tus guantes nuevos! —dijo astutamente Michael.

Pero, aunque a Mary Poppins le agradó aquel comentario, no se dejó camelar.

—No —dijo, y cerrando la boca con un chasquido, se dirigió hacia la puerta.

—¡Jo! —se dijo Michael para sí, mientras la seguía tambaleándose bajo el peso de sus múltiples paquetes—. ¡Ya podía decir «sí» aunque fuera una sola vez!

Pero Mary Poppins aceleraba la marcha y no les quedaba más remedio que seguirla. Detrás de ellos, Papá Noel les despedía con la mano y la Reina de las Hadas que había en el árbol de Navidad, así como todas las demás muñecas, les sonreían tristemente, como diciendo: «¡Qué alguien me lleve a su casa!». Y los aeroplanos, batiendo sus alas, parecían decir con voz de pájaro: «¡Queremos volar! ¡Queremos volar!».

Jane y Michael apretaron el paso, cerrando sus oídos a aquellas seductoras voces y convencidos de que el tiempo que habían pasado en la sección de juguetes había sido injustificada y cruelmente corto.

Y entonces, cuando se encontraban ya muy cerca de la salida, ocurrió la aventura.

Estaban a punto de empujar la puerta giratoria para salir, cuando vieron pasar fugazmente ante sus ojos la figura de una niña que corría por la acera.

—¡Mira! —dijeron Jane y Michael al unísono.

—¡Dios santo y todopoderoso! —exclamó Mary Poppins, quedándose completamente inmóvil.

Y no es de extrañar que así lo hiciera, pues la niña apenas llevaba encima otra ropa que no fuera un fino lienzo azul que parecía un jirón de cielo que

hubiera arrancado para cubrir con él su desnudez.

Saltaba a la vista que no estaba muy al tanto de cómo funcionaba una puerta giratoria, pues se puso a dar vueltas y vueltas dentro de ella, sin dejar de empujar para hacer que fuera más rápido. Cada vez que la puerta volvía a cogerla por detrás y la ponía otra vez a dar vueltas, se partía de risa. De pronto, con un leve y ágil movimiento, se separó de la puerta y salió despedida hacia el interior de la tienda.

Se quedó quieta un instante y, luego, aupándose sobre la punta de sus pies, miró a uno y otro lado como si estuviera buscando a alguien. Cuando divisó a Jane, a Michael y a Mary Poppins, que estaban medio ocultos tras un enorme abeto, dio un bote de alegría y salió corriendo hacia ellos llena de júbilo.

—¡Ah, ahí estáis! Gracias por esperarme, siento llegar un poco tarde —dijo la niña, mientras tendía su brillante mano a Jane y a Michael—. Bueno —dijo ladeando la cabeza—, ¿verdad que os alegráis de verme? ¡Decid que sí, venga, decid que sí!

—Sí —asintió Jane sonriendo, pues le parecía imposible no alegrarse de ver a alguien tan radiante y alegre—. Pero ¿quién eres? —preguntó con curiosidad.

—¿Cómo te llamas? —dijo Michael, mirándola fijamente.

—¿Que quién soy? ¿Que cómo me llamo? No me digáis que no me reconocéis. Venga, pensad un poco.

La niña parecía estar muy sorprendida y un poco decepcionada. De pronto, se volvió hacia Mary Poppins y, señalándola, dijo:

—Ella sí me conoce. ¿Verdad? ¡Estoy segura de que me conoces!

Mary Poppins puso una cara muy rara. Jane y Michael se dieron cuenta de que sus ojos lanzaban una especie de chispas azules, como si reflejaran el brillo de la niña y el azul de su vestimenta.

—¿Empieza por… por… por M?… —susurró Mary Poppins.

La niña, encantada, se puso a pegar botes sobre un solo pie.

—Pues claro que sí; bien lo sabes tú. M-A-I-A. Soy Maia. —Entonces se volvió hacia Jane y Michael—. Ahora me reconocéis, ¿verdad? Soy la segunda de las Pléyades. Electra, la mayor, no ha podido venir porque está cuidando de Merope. Merope es la más pequeña y, en medio, venimos las otras cinco, todas niñas. Al principio nuestra madre se llevó una gran decepción por no tener ningún hijo varón, pero ahora ya le da igual.

La niña dio unos cuantos pasos de baile y, luego, volvió a soltar un torrente de palabras con aquella vocecita tan llena de entusiasmo.

—¡Jane! ¡Michael! ¡Pensar que estoy aquí, hablando con vosotros…! ¡Con la de veces que os he mirado yo desde el cielo! Lo sé todo sobre vosotros. A Michael no le gusta que le peinen y Jane guarda un huevo de tordo en un bote que hay en la repisa de la chimenea. Y vuestro padre está empezando a quedarse sin pelo en la coronilla. Me cae muy simpático. Además, fue él quien nos presentó, ¿no os acordáis? Una noche, el verano pasado, os dijo: «Mirad, ésas son las Pléyades. En total son siete estrellas, las más pequeñas del cielo. Pero hay una que no se puede ver». Se refería a Merope, claro. Todavía es demasiado pequeña para quedarse levantada toda la noche. Es tan pequeñita que se tiene que ir a la cama muy temprano. Allí arriba hay quien nos llama las Hermanitas y, a veces, también nos llaman las Siete Palomas, pero Orión, cuando nos lleva con él de caza, siempre se dirige a nosotras con un: «Eh, chicas».

—Pero ¿qué estás haciendo aquí? —le preguntó Michael, que seguía estando muy sorprendido.

Maia soltó una risotada.

—Preguntadle a Mary Poppins. Seguro que ella lo sabe.

—Dínoslo, Mary Poppins —dijo Jane.

—No os habréis creído que sois las únicas personas en el mundo que quieren hacer las compras de Navidad… —dijo irritada Mary Poppins.

—¡Ajá, eso es! —chilló Maia encantada—. Tiene razón. He bajado a comprar juguetes para todas mis hermanas. No podemos salir demasiado, sabéis, porque siempre estamos muy ocupadas fabricando y almacenando los chaparrones de la primavera. De eso es de lo que nos ocupamos las Pléyades. Pero lo echamos a suertes y me tocó a mí. Vaya potra, ¿eh?

Y de contenta que estaba se dio a sí misma un abrazo.

—Bueno, vamos allá. Que no me puedo quedar mucho. Tenéis que venir conmigo y ayudarme a elegir.

Bailando a su alrededor, ora corriendo junto a uno, ora junto al otro, los fue conduciendo hacia la sección de juguetes. A su paso, todo el mundo se paraba, y se quedaban tan pasmados al verla que los paquetes que llevaban se les caían de las manos.

—Hace mucho frío para ir así. ¡Pero cómo se les ocurre a sus padres…! —decían las madres, cambiando de sopetón a un tono de voz más bajo y más dulce.

—¡Será posible…! —decían los padres—. Esto debería estar prohibido. Hay que escribir una carta al Times sobre este asunto. —Y sus voces sonaban más roncas y ásperas que de costumbre.

Los jefes de las distintas secciones también se comportaban de un modo muy curioso. Cada vez que el pequeño grupo pasaba delante de uno de ellos, hacía una reverencia a Maia, como si se tratara de una reina.

Pero ninguno de ellos —ni Jane ni Michael ni Mary Poppins ni Maia— vio u oyó algo que les llamara la atención. Estaban demasiado metidos en su extraordinaria aventura.

—¡Ya hemos llegado! —dijo Maia, mientras entraba dando cabriolas en la sección de juguetes—. Bueno, ¿qué os parece que elijamos?

Nada más verla, el dependiente dio un respingo y, de inmediato, le hizo una reverencia.

—Quiero algo para cada una de mis hermanas; son seis. Tiene que ayudarme, por favor —dijo Maia, dedicándole una sonrisa.

—Por supuesto, señora —dijo amablemente el dependiente.

—Vamos a empezar por mi hermana mayor —dijo Maia—. Es una chica muy hogareña. ¿Qué tal el hornillo ese de los cazos plateados? Sí. Y esa escoba a rayas. El polvo de estrellas es una verdadera lata y seguro que a ella le encanta tener algo con que barrerlo.

El dependiente se puso a envolverlo todo con papel de colores.

—Ahora le toca a Taygeta. Le encanta bailar. ¿No te parece, Jane, que una comba sería ideal para ella? Áteme el paquete con cuidado, que me espera un viaje muy largo —le dijo al dependiente.

Empezó a corretear entre los juguetes, sin parar quieta ni un instante, moviéndose a pasitos leves y veloces, como si aún estuviera titilando en el cielo.

Mary Poppins, Jane y Michael no le quitaban los ojos de encima, mientras ella se acercaba bailoteando a uno o a otro para pedirles consejo.

—Luego viene Alcyone. Con ella es más difícil. Es muy callada y muy pensativa y nunca parece necesitar nada. ¿Un libro a lo mejor, Mary Poppins? A ver qué familia es ésta… ¿los robinsones suizos? Me parece que esto puede gustarle. Y si no, siempre puede mirarlas estampas. ¡Envuélvamelo!

Y le entregó el libro al dependiente.

—Sé lo que quiere Celaeno —prosiguió—. Un aro. De día puede lanzarlo por el cielo y de noche se lo puede poner para que dé vueltas alrededor suyo. Ese rojo y azul seguro que le encanta. Ya sólo quedan las dos pequeñas. ¿Qué me aconsejas para Asterope, Michael?

—¿Qué tal una de esas peonzas que hacen mucho ruido? —dijo Michael

tras considerarlo detenidamente.

—¿Una peonza? ¡Qué idea más buena! Le encantará ver cómo se desliza bailando y cantando por el cielo. Bueno, ya sólo queda Merope, la más pequeña, ¿qué se te ocurre, Jane?

—John y Barbara tienen unos patitos de goma —dijo Jane tímidamente.

Maia pegó un chillido de alegría y se dio un abrazo.

—¡Oh, Jane qué lista eres! Nunca se me habría ocurrido. Un patito de goma para Merope; deme uno azul con los ojos en amarillo, por favor.

El dependiente fue atando los paquetes mientras Maia correteaba a su alrededor, apretando el papel de envolver o dándole un pequeño tirón a las cuerdas para asegurarse de que estaban bien atadas.

—Perfecto —dijo—. Tengo que tener mucho cuidado de que no se me caiga nada, ¿sabe?

Michael, que no había dejado de mirarla desde que apareció, se dio la vuelta y le susurró a Mary Poppins:

—Pero si no tiene monedero, ¿quién va a pagar los juguetes?

—Eso no es cosa tuya —respondió secamente—. Y, además, es de mala educación murmurar. —A pesar de lo cual, Mary Poppins se apresuró a rebuscar en sus bolsillos.

—¿Qué has dicho? —le interrogó Maia con los ojos muy abiertos—. ¿Pagar? Nadie va a pagar. No hay nada que pagar, ¿verdad que no?

Y, al decir aquello, se volvió hacia el dependiente.

—Nada en absoluto, señora —le aseguró mientras le entregaba los paquetes y volvía a hacerle una reverencia.

—¿Qué te decía yo? Para qué están las Navidades sino para que todo se regale, ¿eh? —dijo, volviéndose hacia Michael—. Además, ¿con qué iba a pagarles? Allá arriba no tenemos dinero. —Y de sólo pensarlo le entró la risa —. Bueno, vámonos ya —prosiguió, cogiendo a Michael del brazo—. Es hora de irse a casa. Ya es tarde y he oído a vuestra madre deciros que volvierais a tiempo para la merienda. Además, yo también tengo que irme. Venga. —Y arrastrando tras de sí a Jane, Michael y Mary Poppins, abrió la marcha a través de la tienda hasta llegar a la puerta giratoria.

Nada más salir, Jane dijo de pronto:

—Pero si ella no tiene regalo. Ha comprado algo para todas menos para ella. Maia no tiene regalo de Navidad. —Y se puso rápidamente a buscar entre los paquetes que llevaban, a ver si encontraba algo que pudiera servir de

regalo para Maia.

Mary Poppins echó un vistazo al escaparate que tenían al lado. Le devolvía una imagen radiante de sí misma, muy elegante y atractiva: el sombrero estaba derecho, el abrigo perfectamente planchado y los guantes completaban el efecto general.

—Estate calladita —le dijo a Jane con la más antipática de sus voces. Y mientras lo decía, se sacó de un tirón los guantes nuevos y le metió a Maia uno en cada mano—. ¡Ya está! —dijo con brusquedad—. Hoy hace frío. Te vendrán muy bien.

—¡Baja ahora mismo! ¡Aquí no se toleran estas cosas!

Maia se quedó mirando los guantes, que le venían muy grandes y le colgaban flácidos de las manos. No dijo nada, pero se arrimó a Mary Poppins y, poniéndole el brazo que tenía libre alrededor del cuello, le dio un beso. Se quedaron mirándose y, luego, se sonrieron como sólo pueden sonreír dos personas que se comprenden perfectamente. A continuación, Maia se dio la vuelta y tocó levemente las mejillas de Jane y de Michael. Durante unos instantes, formando un corro en aquella esquina batida por el viento, permanecieron quietos, mirándose los unos a los otros como si estuvieran hechizados.

—Me lo he pasado muy bien —dijo en voz baja Maia, rompiendo el silencio—. No me olvidéis, por favor.

Todos asintieron con la cabeza.

—Adiós —dijo Maia.

—Adiós —dijeron los demás, aunque no había cosa que les apeteciera menos decir.

Maia se puso de puntillas, alzó los brazos y dio un pequeño salto en el aire. Comenzó a subir cada vez más alto, dando pasos en el vacío como si estuviera ascendiendo por unos escalones invisibles labrados en el cielo gris. Mientras subía, les iba saludando con la mano, y ellos le devolvían el saludo.

—¿Qué diablos pasa aquí? —oyeron que decía una voz a su lado.

—¡No es posible! —dijo otra.

—¡Absurdo! —exclamó una tercera. Una auténtica multitud se había congregado para asistir al extraordinario espectáculo que constituía el regreso de Maia a su hogar.

Un policía, apartando a la gente con la porra, se abrió paso entre la muchedumbre.

—¡A ver, a ver! ¿Qué pasa aquí? ¿Un accidente o qué?

Siguiendo la mirada de la multitud, alzó la vista.

—¡Eh! —gritó furioso, agitando su puño hacia Maia—. ¡Baja ahora mismo! ¿Qué haces ahí arriba? ¡Estás interrumpiendo el tráfico! ¡Baja ahora mismo! ¡Aquí no se toleran estas cosas… y mucho menos en un lugar público! ¡Es antinatural!

Oyeron a lo lejos la risa de Maia y divisaron un objeto brillante que le colgaba del brazo. Era la comba. Finalmente el paquete se había desecho.

—¡Qué me aspen si lo entiendo! —dijo el policía, mirando hacia arriba y rascándose la cabeza por debajo del casco.

—¡Bien merecido se lo tendría! —dijo Mary Poppins, con una voz tan brusca y feroz que cualquiera habría dicho que estaba enfadada de verdad con el policía. Pero Jane y Michael no se dejaron engañar por aquel exabrupto, pues habían visto en los ojos de Mary Poppins algo que, de haberse tratado de otra persona que no fuera Mary Poppins, no habrían dudado en calificar de lágrimas…

—¿De veras crees que somos capaces de imaginarnos todo eso? —dijo Michael cuando, una vez en casa, le contaron a su madre lo que les había ocurrido.

—Puede ser —dijo la señora Banks—. A veces imaginamos historias muy extrañas, y también muy bonitas, cariño.

—¿Y qué me dices de los guantes de Mary Poppins? —dijo Jane—. Vimos cómo se los daba a Maia. Mira, no los lleva puestos. ¡Así que tiene que ser verdad!

—¡Cómo se te ocurre, Mary Poppins! —exclamó la señora Banks—. ¡Tus mejores guantes de piel! ¿Los has regalado?

Mary Poppins soltó un resoplido.

—Mis guantes son míos y hago con ellos lo que quiero —dijo con suficiencia.

Y, acto seguido, se enderezó el sombrero y bajó a la cocina a tomar la merienda.

## 12. El viento del oeste

Era el primer día de primavera.

Jane y Michael se dieron cuenta de inmediato, porque oyeron al señor Banks cantando en la ducha, y sólo había un día al año en que lo hiciera.

Aquélla sería una mañana que no olvidarían nunca. En primer lugar, porque fue la primera vez que les dejaron bajar a desayunar al piso de abajo y, en segundo, porque al señor Banks se le perdió su cartera negra. De modo que el día empezó con dos acontecimientos verdaderamente excepcionales.

—¿Dónde está mi CARTERA? —gritaba el señor Banks en el recibidor, mientras daba vueltas sobre sí mismo, como si fuera un perro persiguiéndose la cola.

Pronto todos los demás se pusieron también a dar vueltas: Ellen, la señora Brill y los niños. Incluso Robertson Ay, haciendo un supremo esfuerzo, llegó a dar dos vueltas completas. Finalmente, fue el propio señor Banks quien encontró la cartera en su estudio y, levantándola en alto, salió corriendo al recibidor.

—Veamos —dijo, como si se dispusiera a soltar un sermón—, mi cartera la guardo siempre en el mismo sitio. Aquí, en el paragüero. ¿Quién la ha puesto en el despacho? —rugió.

—Tú mismo, querido, cuando la otra noche sacaste la declaración de hacienda —dijo la señora Banks.

La mirada que le dirigió el señor Banks expresaba tal grado de humillación que la señora Banks se lamentó de no haber tenido más tacto y haberle dicho que había sido ella quien la había puesto en el despacho.

—¡Mooooc! —El señor Banks se sonó estrepitosamente la nariz. Cogió luego el abrigo del perchero y se dirigió hacia la puerta de la calle—. Vaya —dijo en un tono más alegre—, los tulipanes ya están en flor. —Salió al jardín y aspiró una bocanada de aire—. Parece que sopla viento del oeste —añadió, dirigiendo la vista hacia la veleta en forma de telescopio que había en lo alto de la casa del almirante Boom—. Justo lo que yo pensaba, viento del oeste, tiempo cálido y soleado. No me va a hacer falta el abrigo.

Y, dicho aquello, volvió a coger la cartera y el sombrero hongo, y se marchó apresuradamente a la City.

—¿Has oído lo que ha dicho? —dijo Michael, agarrando a Jane del brazo.

Jane hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—El viento sopla del oeste —dijo lentamente.

Ninguno de los dos dijo nada más, pero a cada uno de ellos le rondaba una idea que hubieran preferido que ni se les pasara por la cabeza.

Sin embargo, no tardaron en olvidarlo, pues todo parecía seguir como

siempre y la luz primaveral iluminaba la casa de una forma tan hermosa que nadie se acordaba ya de que necesitaba una buena mano de pintura y un nuevo papel pintado. No sólo no se acordaban, sino que todos estaban convencidos de que era la mejor casa de la calle del Cerezo.

Pero, después del almuerzo, comenzaron los problemas.

Jane había bajado para ayudar a Robertson Ay a cavar en el jardín. Acababa de plantar una hilera de semillas de rábano, cuando se oyó un gran escándalo que provenía de las habitaciones de los niños, seguido del sonido de unos pies que bajaban a toda prisa las escaleras. Al poco tiempo apareció Michael, con la cara enrojecida y jadeando violentamente.

—¡Mira, Jane, mira! —gritó, mostrándole la mano. Allí estaba la brújula de Mary Poppins, cuyo disco oscilaba frenéticamente en torno a la flecha debido a las vibraciones que producía la mano de Michael, que no paraba de temblar.

—¿La brújula? —dijo Jane, interrogándole con la mirada.

Michael rompió a llorar.

—Me la ha dado —gimió—. Ha dicho que puedo quedármela para siempre. ¡Ay, aquí ocurre algo malo! ¿Qué va a pasar? Es la primera vez que me da algo.

—Puede que simplemente lo haya hecho por amabilidad —dijo Jane para tranquilizarle, pero en lo más hondo de su corazón estaba tan preocupada como Michael. Sabía perfectamente que Mary Poppins nunca malgastaba su tiempo en ser amable.

Aquella tarde, por extraño que parezca, Mary Poppins no soltó ni una sola palabra que indicara que estaba enojada. De hecho, apenas si abrió la boca. Parecía estar sumida en sus propios pensamientos y, siempre que le preguntaban algo, les respondía con voz distraída. Finalmente, Michael ya no aguantó más.

—¡Enfádate Mary Poppins, por favor! ¡Vuelve a enfadarte! Tú no eres así. Me estoy poniendo muy nervioso. —Y así era, la idea de que algo, no sabía muy bien qué, estaba a punto de ocurrir en el número diecisiete de la calle del Cerezo le tenía acongojado.

—¡Tú sigue dando la lata y ya verás lo que te pasa! —le replicó enfadada Mary Poppins con su voz de siempre.

Y aquello hizo que Michael se sintiera mucho mejor.

—Puede que no sea más que una sensación rara que tengo —le dijo a Jane —. Puede que no pase nada y sean sólo imaginaciones mías, ¿tú que crees,

Jane?

—Probablemente —dijo Jane muy despacio. Pero la verdad es que no paraba de darle vueltas a la cabeza y tenía el corazón en un puño.

Avanzada la tarde, se levantó un viento muy fuerte que empezó a lanzar ráfagas de aire contra la casa. Bajaba silbando por la chimenea, se colaba por las rendijas de debajo de las ventanas y levantaba las esquinas de la alfombra del cuarto de los niños.

Mary Poppins les dio la cena, quitó luego las cosas de la mesa y las colocó metódica y ordenadamente en su sitio. Finalmente, arregló la habitación de los niños y puso a calentar agua para el té.

—¡Ya está! —dijo, recorriendo con la mirada la habitación para comprobar que todo estaba en orden. Luego, posó suavemente una mano en la cabeza de Michael y otra en el hombro de Jane.

—Bueno —dijo—, voy a bajar un momento a darle los zapatos a Robertson Ay para que los limpie. Haced el favor de portaros bien hasta que vuelva. —Y salió, procurando no hacer ruido al cerrar la puerta.

En cuanto se fue, sintieron la necesidad imperiosa de salir corriendo detrás de ella, pero algo parecía tenerlos inmovilizados. Se quedaron quietos, con los codos hincados en la mesa, esperando a que volviera. Aun sin decir palabra, trataban de tranquilizarse el uno al otro.

—¡Qué tontos somos! —dijo de pronto Jane—. ¡No pasa nada raro! —Pero sabía muy bien que lo decía para tranquilizar a Michael y no porque pensara que era cierto.

El tic-tac del reloj que había sobre la repisa de la chimenea resonaba en la habitación. El fuego parpadeaba y crepitaba mientras se iba apagando lentamente. Y ellos dos seguían sentados a la mesa, esperando.

Por fin, Michael, muy inquieto, dijo:

—¿No crees que está tardando mucho?

El viento silbó y aulló en torno a la casa como si estuviera respondiéndole. El reloj seguía emitiendo su solemne tic-tac.

De pronto, un fuerte portazo, que parecía venir de la puerta de la calle, rompió el silencio.

—¡Michael! —dijo Jane, poniéndose de pie de un salto.

—¡Jane! —dijo angustiado Michael, cuyo rostro se había puesto completamente blanco.

Permanecieron a la escucha durante un instante y, luego, corrieron hacia la

ventana y se asomaron a la calle.

Allá abajo, justo al lado de la puerta, estaba Mary Poppins, con el abrigo y el sombrero puestos, sujetando su bolsa de alfombras con una mano y el paraguas con la otra. A su alrededor, el viento soplaba furioso, tirándole de la falda y ladeándole el sombrero. Pero Jane y Michael tenían la impresión de que aquello no le importaba, pues sonreía como si ella y el viento se comprendieran perfectamente.

Se detuvo un instante en el escalón y miró hacia atrás. Luego, con un rápido movimiento, abrió el paraguas, a pesar de que no llovía, y lo levantó de golpe.

El viento, prorrumpiendo en un grito salvaje, se deslizó bajo el paraguas, impulsándolo hacia arriba como si tratara de arrancárselo de las manos. Pero ella lo sujetó firmemente. Y eso parecía ser precisamente lo que el viento quería que hiciera, pues al instante tiró de él, y el paraguas, y con él, la propia Mary Poppins, perdieron contacto con el suelo. La fue transportando con mucha suavidad, de tal manera que sus pies avanzaban rozando casi el camino del jardín. Al llegar a la verja, la levantó por encima de ella y la subió, alzándola sobre las copas de los cerezos de la calle.

—¡Se va, Jane, se va! —gritó Michael llorando.

—¡Corre! —le apremió Jane—. Vamos a coger a los gemelos. Tienen que despedirse de ella. —Ya no tenía ninguna duda, ni Michael tampoco, de que Mary Poppins, al cambiar el viento, había decidido irse para siempre.

Cargando cada uno con un gemelo, regresaron corriendo a la ventana.

Mary Poppins estaba ya muy alta y se alejaba flotando sobre las copas de los cerezos y los tejados de las casas, aferrando el paraguas con una mano y la bolsa de alfombras con la otra.

Los gemelos empezaron a gimotear muy bajito.

Con la mano que les quedaba libre, Jane y Michael abrieron la ventana e hicieron un último intento de detener el vuelo de Mary Poppins.

—¡Mary Poppins! —gritaron—. ¡Vuelve, Mary Poppins!

Pero fuera porque no les oyó, o porque no quiso oírles, el caso es que continuó ascendiendo hacia las nubes, envuelta en el silbido del viento, hasta que, finalmente, desapareció tras una colina, y los niños ya sólo vieron los árboles, que se mecían y gemían bajo el furor del viento.

—Bueno, al fin y al cabo, es lo que nos había dicho que haría. Se ha quedado hasta que ha cambiado el viento —dijo Jane, suspirando y alejándose con tristeza de la ventana. Llevó a John hasta su cuna y le metió dentro.

Michael no dijo nada, pero mientras llevaba a Barbara a la cuna y la arropaba no paraba de sollozar.

Se alejaba flotando sobre los tejados de las casas.

—Me pregunto si volveremos a verla alguna vez —dijo Jane.

De pronto, oyeron voces que venían de la escalera.

—¡Niños, niños! —oyeron que les llamaba la señora Banks mientras abría la puerta—. Niños… estoy muy enfadada. Mary Poppins nos ha dejado…

—Ya —dijeron Jane y Michael.

—¿Es que lo sabíais? —dijo la señora Banks muy sorprendida—. ¿Os dijo ella que se iba?

Los dos hicieron un gesto negativo con la cabeza, y la señora Banks continuó:

—Es indignante. Hace un minuto estaba aquí tan contenta y ahora resulta que se larga. Sin una disculpa. Viene y me dice: «me voy» y, sin más, se va. Nunca he visto un comportamiento más absurdo, más desconsiderado y más descortés… ¿Qué ocurre, Michael? —dijo enfadada al verse interrumpida por Michael, que estaba tirándole de la falda—. ¿Qué ocurre, hijo mío?

—¿Dijo si iba a volver? —gritó, tirándole de la falda con tanta fuerza que casi hace que su madre pierda el equilibrio—. ¿Lo dijo?

—Quieres dejar de hacer el indio, Michael —dijo ella, mientras se desasía de su agarrón—. No recuerdo qué dijo, aparte de que se iba. Pero puedes estar seguro de que, si por un casual se le ocurre regresar, no volveré a contratarla. Faltaría menos, después de haberme dejado plantada, sin nadie que me ayude y sin avisar siquiera.

—¡Mamá, por favor! —dijo Jane en tono de reproche.

—Eres una mujer muy cruel —dijo Michael, apretando los puños como si en cualquier momento fuera a golpearla.

—¡Niños! ¡Estoy avergonzada de vosotros, francamente avergonzada! ¿Cómo podéis querer que vuelva una persona que ha tratado tan mal a vuestra madre? ¡Me habéis dado un disgusto de muerte!

Jane se puso a llorar.

—¡Mary Poppins es la única persona en este mundo a la que quiero! —gimió Michael, tirándose al suelo.

—¡Parece mentira, niños, parece mentira! No hay quien os entienda. Anda, haced el favor de portaros bien. No hay nadie para ocuparse de vosotros esta

noche. Yo tengo que ir a cenar fuera y es el día libre de Ellen. Tendré que decirle a la señora Brill que suba ella. —Y tras decir aquello, les besó distraídamente y se fue, con una pequeña arruga de ansiedad dibujada en la frente.

—¡Desde luego, qué cosas hay que ver! Mira que marcharse así, dejando plantados a estos pobres niños —dijo un poco más tarde la señora Brill, mientras entraba bulliciosamente en la habitación, dispuesta a ponerse manos a la obra con los niños.

—Un corazón más duro que una piedra, sí señor, eso es lo que tenía esa chica… ¡como me llamo Clara Brill! Siempre a su aire y sin mezclarse con nadie, pero si ni siquiera nos ha dejado un pañuelo bordado o un alfiler de sombrero de recuerdo. ¡Señorito Michael!, ¿quiere hacer el favor de ponerse de pie? —Jadeando ruidosamente, la buena señora prosiguió:

—Lo que no entiendo es cómo la hemos aguantado tanto tiempo, con esos aires que se daba y esos modales. ¡Pero de dónde salen tantos botones, señorita Jane! Ahora estese quieto, señorito Michael, para que pueda yo desvestirle. Y además era una chica la mar de normalita, nada del otro mundo, vamos. Pensándolo bien, me parece que vamos a estar mucho mejor sin ella. A ver, señorita Jane, su camisón está… ¿pero qué es esto que hay debajo de la almohada?

La señora Brill había sacado un pequeño paquete muy elegante.

—¿Qué es? ¡Dámelo, venga, dámelo! —Jane, temblando de emoción, se lo quitó rápidamente de las manos. Michael se puso a su lado y se quedó mirando cómo desataba la cuerda y rasgaba el envoltorio de papel marrón. La señora Brill, sin esperar a ver qué era lo que había en el paquete, se fue a ocuparse de los gemelos.

El último trozo de papel cayó al suelo y Jane tuvo por fin en las manos lo que había dentro.

—Es su retrato —dijo en un susurro, acercándoselo a la cara para verlo mejor.

¡Y así era!

Encerrado en un ondulado marco de madera había un cuadro de Mary Poppins, bajo el cual habían escrito: «Mary Poppins por Bert».

—Es el cerillero… él lo ha pintado —dijo Michael, y lo cogió para poder verlo de cerca.

Jane descubrió entonces que había una carta pegada al cuadro. La desdobló con mucho cuidado; decía:

«QUERIDA JANE,

Michael tiene la brújula, así que el cuadro es para ti.

Au revoir.

MARY POPPINS»

La leyó en voz alta hasta que llegó a las palabras que no comprendía.

—¡Señora Brill! —la llamó—. ¿Qué quiere decir au revoir?

—¿Au revoir, dices, cariño? —chilló la señora Brill desde la habitación de al lado—. Vaya, eso quiere decir… espera… que a mí eso de los idiomas extranjeros… ¿no es algo así como «Dios te bendiga»? No, no, espera, no es eso, creo, señorita Jane, que quiere decir «hasta pronto».

Jane y Michael se miraron. En sus ojos resplandecía una mirada de alegría y complicidad. Sabían lo que Mary Poppins quería decir.

Michael exhaló un profundo suspiro de alivio.

—Estupendo —dijo con un temblor—. Ella siempre cumple su palabra. —Y se dio la vuelta.

—Michael, ¿estás llorando? —le preguntó Jane.

Michael giró la cabeza y trató de sonreír.

—No, yo no —dijo—. Son mis ojos.

Jane le empujó suavemente hacia la cama y, mientras se metía entre las sábanas, le puso en las manos el retrato de Mary Poppins… muy deprisa, no fuera a ser que después se arrepintiera.

—Quédatelo esta noche —susurró Jane, y le arropó igual que lo habría hecho Mary Poppins.